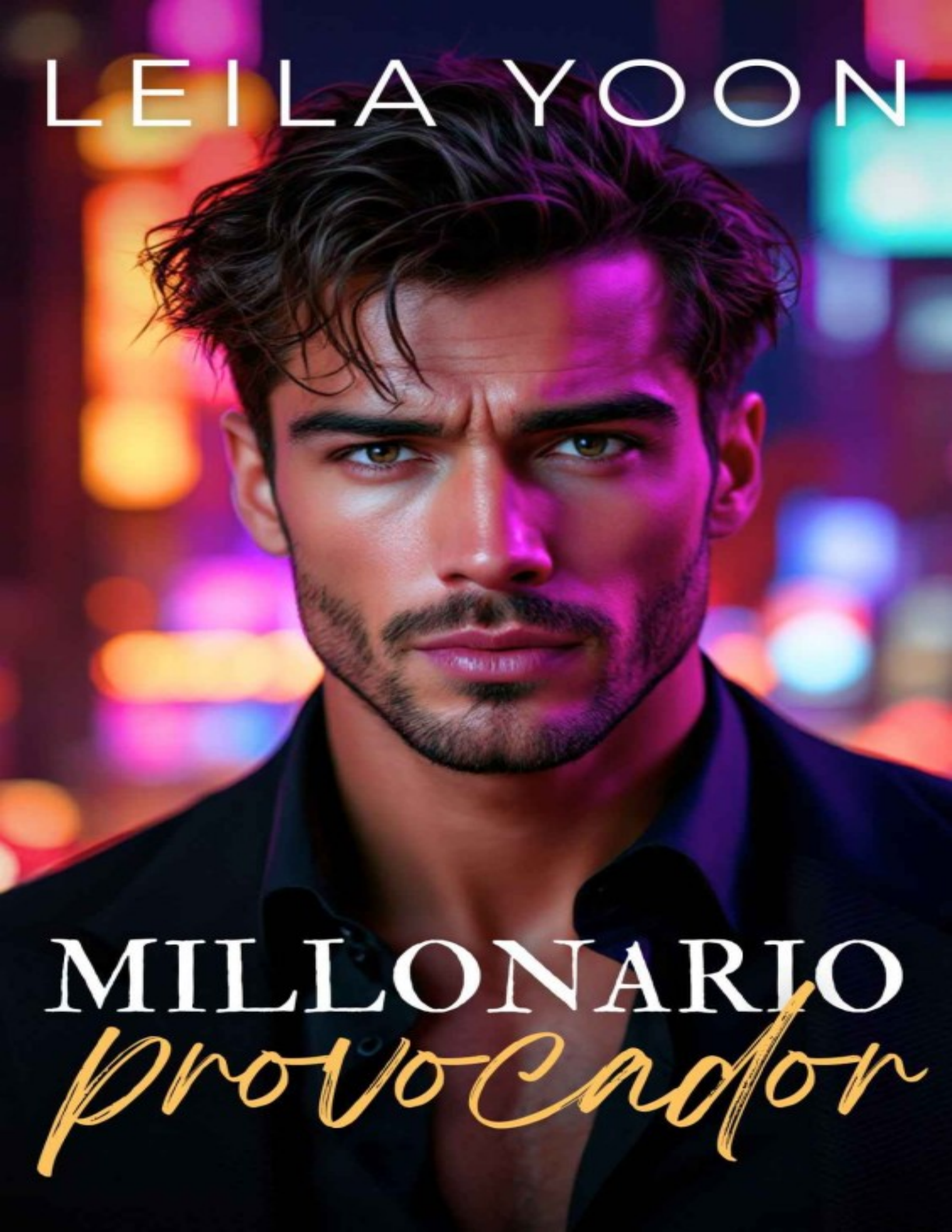
LEILA YOON
MILLONARIO
provocador

Millonario provocador

LEILA YOON

Serie Herederos millonarios de Manhattan #4

Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares, eventos o hechos reales es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de la autora, **Leila Yoon**.

El diseño y la ilustración de esta obra también son propiedad exclusiva de **Leila Yoon**.

© 2025 Leila Yoon.

ÍNDICE

EL VÍDEO QUE LO CAMBIA TODO

UN PLACER PROHIBIDO

LA IDEA MÁS PELIGROSA DEL MUNDO

EL CHANTAJE

CONFESIONES ENTRE HERMANAS

CONTRATO CON CLÁUSULA DE DESEO

EL CLUB DE LOS MILLONARIOS

EL BESO QUE NO DEBÍA OCURRIR

ESCÁNDALO EN MANHATTAN

EL PRECIO DE UNA MENTIRA

ADVERTENCIAS Y CAFÉ AMARGO

DESTINO: MILÁN

SUITE COMPARTIDA

LA FARSA PERFECTA (O CASI)

LO QUE SUENA DE VERDAD

EL SILENCIO DESPUÉS DEL PLACER

PROMESAS EN VOZ BAJA

ROJO TENTACIÓN

SIN BRAGAS, SIN MIEDO

BOLLOS Y BESOS JUNTO AL LAGO

AMENAZAS ENTRE TELAS

EL RETORNO A MANHATTAN

¿TÍA? ¿YO?

UNA ASISTENTE MUY, MUY MALA

EL SITIO PERFECTO

ASÍ ES COMO SE ROMPEN LOS SUEÑOS

SACRIFICIO

EL ARTÍCULO QUE LO CAMBIA TODO

¿ACEPTAS? ACEPTO

NADA QUE OCULTAR

YA ESTAMOS TODOS

SINOPSIS MULTIMILLONARIO INSACIABLE

UNA NAVIDAD EN MANHATTAN

SERIE REGÁLAME UN CEO POR NAVIDAD

¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?

¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

1

Belly

EL VÍDEO QUE LO CAMBIA TODO

Siempre había soñado con trabajar en Callahan & Bloom.

De pequeña, recortaba las fotos de sus catálogos y las colgaba en el corcho de mi habitación. Mientras mis amigas suspiraban por cantantes de moda, yo lo hacía por vestidos imposibles y pasarelas de París.

Soñaba con brillos. Con glamour. Con diseñar mi propia ropa para estrellas que brillaran bajo los focos.

Y, con algún día, dar un paso adelante y abrir mi propia firma de moda.

Pero la realidad era mucho menos glamurosa.

Era becaria en la empresa de mis sueños, Callahan & Bloom, sí, pero cobraba una miseria y me pasaba más horas organizando telas, preparando cafés y ayudando a los diseñadores con recados que haciendo algo mínimamente creativo.

Como trampolín al éxito no parecía gran cosa.

Más bien un agujero negro que podía tragarme viva si me dejaba.

—¿Por qué tienes esa cara de culo? —me preguntó Mery cuando dejé el portavasos de cartón lleno de cafés sobre la mesa de reuniones.

Mery era otra de las becarias que, como yo, soñaba con ver su ropa desfilar algún día por la alfombra roja… en vez de repartir capuchinos con leche de avena para diseñadores demasiado ocupados para ir a la cafetería.

—Porque esto no es lo que me imaginaba —resoplé, apartándome un mechón de la cara—. Estoy en Callahan & Bloom, sí, pero mi currículum laboral hasta ahora se resume en «chica de los cafés» y «perchero humano».

Mery rio.

—Al menos tú no tuviste que pasar por un proceso de selección al más puro estilo reality. Tres entrevistas, pruebas de vestuario, hasta un maldito test de «creatividad bajo presión». Casi me hicieron sentir que estaba en *America's Next Top Intern*.

Rodé los ojos.

Yo también había pasado por entrevistas, sí. Pero lo mío había sido distinto.

Desde el primer día, todos me habían puesto la misma etiqueta: enchufada.

Y tenían razón, en parte.

Había entrado en Callahan & Bloom gracias a un contacto.

Mi cuñado era uno de los mejores amigos de Spencer Callahan, heredero de la firma.

Sabía que había sido él quien le había pedido, como favor personal, que me contratase. Y sabía que eso había hecho que nadie me tomara en cuenta.

Los demás becarios porque me veían como una rival con ventaja.

Los diseñadores porque pensaban que estaba allí solo para calentar la silla hasta que me aburriera.

Y yo, de mientras, veía cómo la posibilidad de enseñar mis creaciones y demostrar lo que valía se convertía en humo.

Aun así, no había dejado que la situación me desesperase. Tenía un proyecto en mente. Un proyecto que ya estaba viento en popa.

Junto a Lennox Rivers, uno de mis compañeros de la universidad, habíamos creado Rebelia, y pensábamos lanzarla al mundo en los próximos meses.

Sería una firma modesta, con un concepto novedoso de moda sostenible. Diseños atrevidos, tejidos reciclados, cero miedo a arriesgar.

Lennox y yo queríamos gritar que la moda podía ser irreverente, rebelde y consciente.

Y ojo, me encantaba el estilo de Callahan & Bloom, donde todo era lujo y perfección medida al milímetro. Pero yo quería algo

distinto para mi proyecto. No quería ser una firma más en la que todo pareciera salido de un molde.

Quería personalidad.

Quería riesgo.

Quería dejar huella.

Rebelia era mi carta al mundo.

¿El problema? Que no sabía muy bien cómo hacerme un hueco en la industria.

Siempre pensé que trabajar en Callahan & Bloom me ayudaría, pero lo cierto era que yo allí no era nadie.

Era invisible.

En los meses que llevaba había hecho cero contactos.

Más allá del barman de la cafetería, que ya me conocía de memoria mi pedido y me sonreía con pena cada mañana.

Ni un diseñador se había aprendido mi nombre.

Ni un director creativo se había parado a preguntarme qué hacía allí.

Para ellos era la becaria de los cafés.

La enchufada que se coló por un favor.

La puerta de la sala de reuniones se abrió y entró todo el equipo, preparado para decidir la línea de la nueva temporada.

Yo tenía mi bloc de notas lleno de ideas para compartir con ellos, con la esperanza de que me dejaran participar. Sin embargo, nada más sentarse y acomodarse con sus cafés, Johann, el diseñador principal, me miró con desdén y, con aire arrogante, soltó:

—Bella, necesito que prepares el showroom para la visita de Vogue. Asegúrate de que todas las prendas estén colgadas, planchadas y listas para esta tarde.

Claro.

El gran talento de la becaria de la que ni siquiera se había aprendido el nombre: colgar perchas.

Me levanté, crucé la sala con la cabeza alta y salí rumbo al vestidor.

Un ejército de prendas me esperaba.

Hice de tripas corazón e intenté ver el lado bueno de la situación.

Podría aprovechar ese rato para grabar un vídeo y subirlo a mis redes sociales.

Aunque aún tenía una cifra de seguidores modesta, había crecido bastante desde que me incorporé en Callahan & Bloom.

Mis clips de «vida real de becaria» funcionaban.

Encendí la cámara y me detuve frente al vestidor. Documentaría mi trabajo para mostrar cómo se prepara un showroom antes de una sesión de fotos: prendas planchadas, accesorios listos y cada detalle en orden.

Giré el pomo y abrí la puerta.

La cámara siguió grabando cuando crucé el umbral… y antes de que pudiera decir una palabra, el objetivo enfocó algo que me dejó sin aliento.

A Spencer Callahan.

De pie, con la camisa abierta y expresión de estar rozando el cielo con la punta de los dedos.

Delante de él, de rodillas, estaba Vivienne Blake, la supermodelo más conocida del país, con la boca ocupada en su polla.

Vivienne, conocida también por estar casada con el archifamoso productor musical Adrian Cole, el tipo que llenaba estadios con giras millonarias y aparecía en todos los malditos tabloides.

No supe qué hacer mientras la imagen se grababa a fuego en mis retinas… y en la memoria de mi móvil.

Ellos no eran conscientes de mi presencia, estaban demasiado enfrascados en lo que hacían.

Lo siguiente que pasó fue algo de lo que, a día de hoy, no me siento orgullosa.

Pero fue gracias a esto que mi vida cambió para siempre.

En vez de borrar el vídeo, lo guardé. Y no solo eso. Aproveché para sacar unas cuantas fotos consciente de que en mis manos tenía una bomba.

La bomba perfecta para hacerme visible en un mundo donde, hasta ese momento, yo no era nadie.

2

Spencer

UN PLACER PROHIBIDO

La boca de Vivienne sabía muy bien qué hacer para volverme loco.

Me habían hecho muchas mamadas en mi vida, pero las suyas siempre sabían mejor. Aunque quizá no era por la mamada en sí. Sino por ella.

Porque era una de las modelos más hermosas del mundo, porque estaba casada y eso le daba a la situación una capa extra de morbo que me enganchaba más de lo que quería admitir.

Sabía que, si algún día nuestro *affair* salía a la luz, sería un escándalo.

Pero nunca fui de jugar seguro.

El peligro me excitaba.

Cerré los ojos y disfruté de la sensación de sentir cómo se la metía hasta el fondo.

Hundí los dedos en su pelo, guiándola al ritmo que quería.

Pero no quería correrme en su boca.

La detuve tirando de su melena rubia y le hice alzar la mirada hacia mí. Me encantaba ese momento: sus labios húmedos, la boca roja y sus ojos ardiendo de deseo.

Me gustaba tener el control.

—Levanta. Voy a follarte, Viv.

Ella sonrió, se puso de pie despacio y se giró.

Se levantó la falda con calma, como si estuviera presentando un espectáculo privado, y me regaló una vista privilegiada de su culo redondo, marcado por la fina tira de su tanga negro.

—Así me gusta —murmuré, acercándome hasta rozarla con la punta de mi polla—. Siempre lista para mí.

Vivienne arqueó la espalda y empujó el culo hacia atrás.

—Siempre, Spencer.

Sonreí, tiré con un gesto brusco de la fina tira de su tanga y la rompí sin remordimientos.

El chasquido de la tela desgarrándose me encendió todavía más.

Saqué un preservativo del bolsillo interior de mi chaqueta, siempre prevenido, siempre listo, lo rasgué con los dientes y me lo coloqué con un movimiento rápido.

Con una mano sujeté su cadera, con la otra me guie hasta su entrada húmeda.

Y la penetré de una embestida profunda, haciéndola gemir fuerte contra el metal del armario.

—Joder, Spencer… —jadeó, aferrándose a la superficie helada mientras yo la invadía sin darle tregua.

Hundí más mis dedos en su cintura y marqué el ritmo, duro, controlado, exactamente como a mí me gustaba.

Me la follé sin tregua, disfrutando de la forma en la que su carne se apretaba contra mí.

—Más fuerte… —suplicó, arqueando la espalda para darme mejor acceso.

Obedecí, acelerando el ritmo, marcando cada golpe con un gruñido.

Me gustaba sentirla así, bajo mi control, incapaz de pensar en nada más que en cómo la estaba follando.

Incapaz de decir nada que no fueran gemidos rotos con mi nombre.

Me incliné sobre ella, cubriéndola con mi cuerpo, hundiéndome hasta el fondo una y otra vez.

Acabó con las mejillas empotradas contra el armario mientras yo la sujetaba con fuerza por la cintura, marcando cada embestida sin descanso.

—Spencer… —jadeó.

Sentí cómo su interior se apretaba de golpe, con el pulso de su orgasmo estremeciéndola por completo. Se corrió gimiendo mi nombre, con las uñas arañando el metal y el cuerpo sacudiéndose de puro placer.

Ese espasmo me arrastró con ella.

Gruñí contra su cuello, empujando una última vez, profundo, hasta que la presión me explotó dentro del preservativo.

Me corrí con fuerza, llenándola, jadeando como si acabara de ganar otra maldita batalla.

Me quedé allí, pegado a su espalda, respirando hondo, disfrutando de la sensación de tenerla derrotada y satisfecha bajo mi control.

Después la solté, dejé que se arreglara, que me diera un beso juguetón en los labios y que saliera primero, mientras yo esperaba a que la hinchazón bajara.

Estaba jugando con fuego, sí.

Pero joder, qué bien se sentía hacerlo.

***

Una vez en mi despacho me dejé caer en la silla, completamente satisfecho.

Ni siquiera podía recordar con exactitud cómo había empezado aquella aventura.

Era cierto que fui yo quien se acercó a ella en una fiesta privada, en una mansión de los Hamptons, con copas de champán circulando y gente demasiado rica fingiendo ser interesante.

Pero había sido Vivienne quien me había arrastrado hasta una de las habitaciones vacías y me había cabalgado como si fuera la última noche de su vida.

Pensé que la cosa se quedaría ahí.

Una locura de una noche.

Un polvo furtivo en una mansión de los Hamptons que nadie recordaría.

Pero después de aquello, una noche recibí un mensaje suyo citándome en un hotel de la ciudad.

Y, desde entonces, nos veíamos dos o tres veces al mes, según su agenda.

Lo de aquella mañana había sido algo imprevisto.

Había ido hasta las oficinas de Callahan & Bloom para firmar un contrato de colaboración.

Y había aprovechado que el equipo de diseñadores estaba encerrado en una reunión para llevarla al showroom y follármela.

Sabía que aquello no podía durar para siempre, que ella estaba casada y que en cualquier momento todo podía terminar.

Lo sabía y lo aceptaba.

No había sentimientos entre nosotros.

Solo lujuria, buen sexo y la descarga de adrenalina que me daba tener a una mujer prohibida en mis brazos.

Nada más.

Nada menos.

Era un juego peligroso, sí.

Pero mientras siguiera sintiéndose así de jodidamente bien, no pensaba dejarlo.

Sabía que, como heredero de Callahan & Bloom, tenía mis responsabilidades. Y que si alguien se enteraba de dónde me había

metido, me arriesgaba a manchar no solo mi nombre, sino también el de mi familia y la firma entera.

La caída sería épica.

Escándalos en prensa.

Inversores nerviosos.

Mi padre gritándome que había jodido todo.

Lo sabía.

Y aun así, no podía parar.

Porque el morbo era demasiado dulce.

Y Vivienne, demasiado adictiva.

3

Belly

LA IDEA MÁS PELIGROSA DEL MUNDO

Estábamos en el atelier, rodeados de telas recicladas, bocetos pegados por todas las paredes y un maniquí con la última chaqueta que habíamos diseñado para Rebelia.

El altavoz sonaba bajito con una playlist de indie pop mientras Lennox ajustaba unas mangas y yo cosía unos botones a mano.

Todo parecía tranquilo… hasta que solté la bomba.

—¿Qué? ¿Vivienne Blake es infiel a Adrian Cole con Spencer Callahan? ¡Podrías vender la primicia a la prensa y forrarte, Isabel Reid! —exclamó Lennox, con los ojos como órbitas y las manos en la boca, fuera de sí.

Acababa de contarle a mi mejor amigo lo que había descubierto, y, como era lógico, había flipado en colores. No me sorprendía, yo aún no me creía del todo lo que había visto.

—Y lo mejor de todo es que tengo pruebas. —Desbloqueé el móvil, busqué entre las fotos que le había sacado y elegí una en la que no se veía nada demasiado explícito, solo para demostrarle a Lennox que aquello no era una broma.

—Joder, Belly, ni que fueras un paparazzi infiltrado —murmuró, llevándose una mano al pelo, alucinado.

—No me lo esperaba. Entré al vestidor con el móvil grabando para hacer un vídeo para Instagram… y me encontré con eso. Fue como tropezar con una escena porno en vivo. Solo que sin actores. Sin guion. Y con consecuencias muy reales.

Lennox me miró en silencio unos segundos.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé.

No lo sabía, aunque… bueno, tenía mis intenciones. Quería aprovechar aquella información en mi beneficio.

¿Por qué? Porque estaba harta de ser un pelele en Callahan & Bloom. De que nadie me tomara en serio.

Sabía que me bastaría con enseñarle esas fotos y el vídeo a Spencer para que me diera todo lo que quisiera. Podría pedirle dinero, sí, pero no era eso lo que me interesaba.

Además, tampoco era tan bruja. No quería nada gratis.

¿Qué me podría haber forrado con esa primicia? Seguro.

Pero ni todo el dinero del mundo puede ayudar a una marca en pañales a destacar. Se necesitaba influencia, visibilidad, alguien que te abriera una puerta. Y Spencer Callahan era una puerta dorada, enorme, con cartel de «solo para elegidos».

Lo que necesitaba era convertirme en su sombra y meter un pie en ese mundo exclusivo donde se toman las decisiones de verdad. Y solo se me ocurría una forma de conseguirlo.

—¿Y si lo chantajeo para que me contrate como su asistenta personal? —pregunté, alzando una ceja.

Lennox me miró como si acabara de decir que quería meterme en un club de mafiosos rusos.

—¿Estás de coña?

—No. Piénsalo. Tiene un imperio que heredar, una imagen pública que cuidar y una esposa de portada mamándosela en el vestidor. Créeme, va a hacer lo que sea para que esto no salga a la luz.

Lennox dejó las mangas para mirarme como si me hubiera vuelto completamente loca.

—¿Qué clase de chantaje beneficioso es ese?

—Uno con visión de futuro —respondí, cruzándome de brazos—. No quiero su dinero. Quiero acceso. Quiero aprender. Quiero contactos. Y si tengo que jugar sucio para entrar en el puto juego, pues lo haré.

—Estás hablando de meterte a trabajar para el tipo al que pillaste con los pantalones bajados. Literalmente.

—Exacto. Y eso me da ventaja. Mientras él piense que tengo el vídeo, va a intentar mantenerme contenta. Y yo, mientras tanto, me convierto en algo más que la chica de los cafés.

Lennox negó con la cabeza, medio divertido, medio horrorizado.

—Joder, Belly. Tienes ovarios de acero.

—No me pasé años soñando con esto para acabar planchando vestidos ajenos. Voy a aprovechar mi momento. Si queremos lanzar Rebelia en poco tiempo, necesitamos codearnos con los grandes, y tú desde tu trabajo como dependiente en una tienda de lujo y yo como becaria invisible no lo vamos a conseguir.

Lennox soltó una risa seca.

—Gracias por recordarme lo lejos que estamos del puto Olimpo de la moda.

—Pues eso. O jugamos sucio o no jugamos. Nadie nos va a regalar nada, Lennox. Y yo no pienso quedarme esperando. Todo lo que llevamos trabajando en Rebelia desde que estábamos en la universidad merece ver la luz. Merece una oportunidad real. Y si tengo que usar el vídeo más incómodo de la historia para conseguirla… lo haré.

Me quedé en silencio un segundo, dejando que las palabras calaran en mí también. Porque no era solo ambición. Era todo lo que habíamos pasado.

Recordé aquellas noches encerrados en la biblioteca, comiendo ramen de sobre mientras hacíamos bocetos en los márgenes de los apuntes. Las horas robadas al sueño para coser a mano una falda con retales reciclados, solo porque no podíamos permitirnos comprar tela buena.

Recordé las veces que Lennox se pasaba directo de su turno en la tienda al taller improvisado que montamos en mi habitación, o las veces que yo casi me dormía de pie en clase porque había pasado la noche cosiendo botones para un encargo que ni siquiera nos pagaron.

Y, aun así, nunca paramos.

Porque teníamos una cosa que nadie podía quitarnos: ganas. Ganas de hacer algo diferente. De crear algo nuestro. De gritarle al mundo que la moda podía ser rebelde, creativa y sin filtros.

Rebelia no era solo un proyecto. Era nuestro grito de guerra.

Y ya iba siendo hora de que alguien lo escuchara.

—Pues adelante, perra sin miedo. Ve y rómpelo todo.

Sonreí.

—Eso pensaba hacer.

Seguí cosiendo los botones mientras me preguntaba cómo se tomaría Spencer la visita sorpresa.

No lo conocía mucho, pero mi hermana, que había cenado con él en más de una ocasión y que tenía un radar infalible para los capullos con traje, me había dicho una vez algo que se me quedó grabado:

—Spencer puede ser encantador, pero yo nunca lo convertiría en mi enemigo porque cuando algo le molesta es capaz de destruirlo hasta que no queda ni rastro.

Y yo estaba a punto de plantarme delante de él con una sonrisa y un vídeo que podía hacer temblar los cimientos de Callahan & Bloom.

¿Estaba siendo imprudente?

Puede.

Pero a veces, para conseguir lo que quieres, tienes que arriesgar, y yo estaba más que lista para apostar todo lo que tenía.

4

Spencer

EL CHANTAJE

Manhattan se extendía al otro lado del ventanal, con sus rascacielos brillando bajo el sol y ese movimiento constante que nunca se detenía.

Desde el piso treinta y cinco de la sede de Callahan & Bloom, todo parecía funcionar como un mecanismo bien engrasado: lejos del caos, del ruido, del tráfico.

Frente a mí, la mesa de cristal estaba cubierta con los primeros bocetos para la colección otoño-invierno del año siguiente. La de este año acababa de presentarse oficialmente y la primavera-verano

siguiente ya estaba en producción, lista para llegar a tiendas en unos meses.

Era ese momento del calendario en que tienes tres tiempos en la cabeza a la vez: vender lo que ya está en escaparates, producir lo que acabas de cerrar y crear lo que todavía no existe. Una locura.

El equipo creativo me había pasado un moodboard preliminar, una mezcla de referencias visuales, tejidos sugeridos y una paleta de color que, honestamente, me parecía insípida.

Demasiado segura.

Demasiado predecible.

Demasiado… Callahan & Bloom 2019.

Y yo no pensaba repetirme.

Quería algo nuevo, algo que marcara distancia con lo anterior sin perder la esencia.

Estaba tachando un par de ideas del panel cuando sonó el interfono.

—Señor Callahan —dijo la voz de mi secretaria—, la señorita Reid está aquí. Dice que quiere verle.

Fruncí el ceño.

—¿Clementine?

—No. Isabel Reid.

Me apoyé en el respaldo, dejando el bolígrafo sobre la mesa. ¿Isabel Reid? No tenía ni idea de quién era. Ese nombre no me sonaba de nada.

Tardé un par de segundos en atar cabos.

Belly Reid. La becaria. La hermana pequeña de Clementine, la mujer de Julian, uno de mis mejores amigos. Fue él quien me pidió que le hiciera un hueco en la empresa. «Es lista. Tiene talento. Solo necesita una oportunidad.»

Le hice el favor.

Y no volví a pensar en ella.

Entonces no sabía que, en poco tiempo, sería incapaz de sacármela de la cabeza. Porque se convertiría en un puto grano en el culo para mí.

—Dile que pase —respondí, sin molestia pero sin entusiasmo.

Cuando la puerta se abrió, lo primero que pensé fue que se parecía mucho a su hermana. Ya me pasó la vez anterior, cuando vino a verme para hacer una entrevista. No gasté mucho tiempo en ella, esa era la verdad, aunque confieso que me fijé en eso, en lo mucho que se parecía.

Era igual de atractiva, aunque a su manera. Tenía la misma melena oscura y sus mismos ojos grandes y expresivos, pero no tenía la serenidad elegante de Clementine. En lugar de esa calma que parecía envolverlo todo cuando ella entraba en una habitación, Belly desprendía un magnetismo nervioso, eléctrico.

Cuando cruzó la puerta, no vaciló ni un segundo. Caminó con paso firme hasta la silla frente a mi escritorio y se sentó como si aquello fuera su territorio.

Llevaba los labios curvados en una media sonrisa que sabía descifrar.

Vestía un pantalón negro de tiro alto que marcaba su cintura con descaro y una camisa blanca ligeramente abierta, remangada hasta los codos. El conjunto era simple, pero sabía llevarlo.

Cuando me clavó la mirada, con la espalda recta y los ojos brillando de intención, supe que no estaba allí para nada bueno.

—Señor Callahan —dijo—, necesito hablar con usted. Es importante.

Fruncí el ceño, intentando anticipar lo que quería. Pero no pude. No tenía ni idea de a qué venía todo aquello.

—¿Y de qué se trata exactamente, señorita Reid? —pregunté, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Tengo algo que creo que debería ver.

Dijo la frase con una calma que no encajaba con su edad, ni con su puesto, ni con el hecho de que estábamos en mi despacho y no al revés.

Sacó el móvil del bolsillo trasero, lo desbloqueó y lo dejó suavemente sobre la mesa, frente a mí.

Un solo toque en la pantalla y el vídeo empezó a reproducirse.

Tardé un segundo en reconocer lo que estaba viendo.

Otro más en recordar dónde y cuándo.

Y al tercero, la mandíbula se me tensó.

Me incliné para coger el móvil, pero ella fue más rápida. Lo deslizó hacia su lado con una sola mano, sin perder la expresión neutra.

—No se moleste, señor Callahan —dijo con voz firme—. Tengo copias de este vídeo. Y de varias fotos también. Están guardadas en la nube, en dos cuentas distintas. Y por si acaso, en un pendrive que no llevo encima.

Me quedé congelado en el acto, comprendiendo de pronto de qué iba aquello.

Era el inicio de un chantaje.

Una extorsión.

¿Cómo pudimos ser tan descuidados?

Tragué saliva, conteniéndome. Había enfrentado crisis peores. Solo tenía que controlarlo. Cortarlo de raíz.

Le lancé una mirada dura.

—Está bien —dije, apoyando los codos sobre la mesa—. ¿Cuánto quiere por su silencio? ¿Veinte de los grandes bastarán?

Veinte mil. Un cheque rápido. Discreción garantizada. Problema resuelto.

O eso pensaba yo.

—¿Se cree que estoy aquí por su dinero? —respondió, sin pestañear—. Se equivoca del todo. Lo que quiero es otra cosa. Quiero trabajar con usted. Directamente. A su lado. Contráteme como su asistente personal.

La frase cayó como una bomba silenciosa en medio del despacho.

—¿Quiere… ser mi asistente personal?

Asintió con vehemencia, sin apartar los ojos de los míos.

—Mire, seré franca con usted. No soy el tipo de persona que se aprovecha de una situación como esta… pero estoy harta de ser la becaria invisible. Quiero trabajar a su lado, conocer a gente importante, aprender de verdad cómo funciona esta industria desde dentro. No quiero su dinero. Quiero acceso. Quiero una oportunidad real. Y si para conseguirla tengo que recordarle lo que grabé… lo haré. —Se apoyó en el respaldo, cruzando las piernas con total

calma—. Podemos hacer esto por las malas, o podemos hacerlo fácil. Usted decide, señor Callahan.

Abrí la boca de par en par. Aquella situación me pareció… surrealista. Podía entender que alguien quisiera aprovecharse de mi fortuna. Lo lógico era que quisiera pedirme dinero para callar.

Pero allí estaba ella, pidiéndome un puesto de trabajo.

—Yo no tengo asistentes personales —dije, volviendo a recostarme en la silla—. Tengo a mi secretaria, y a varios ayudantes. No necesito una.

Ella no se movió ni un milímetro.

—Entonces invéntese el puesto —respondió, sin perder la calma —. O llámelo como le dé la gana. Pero quiero estar allí donde pasan las cosas. A su lado.

La miré, confuso. Necesitaba entender a qué venía aquello.

—¿Por qué? —pregunté al fin—. ¿Por qué quiere hacer esto de verdad?

Se inclinó hacia delante.

—Porque quiero sacar mi propia firma. Porque sé que tengo talento, ideas y algo distinto que decir. Pero aquí dentro soy invisible. Nadie me escucha. Nadie me mira. Me paso los días planchando vestidos y sirviendo cafés mientras mi cabeza está llena de diseños que nadie verá si sigo en la sombra.

Se puso de pie. Lo hizo con calma.

—Tiene setenta y dos horas para pensarlo —añadió, alisándose la camisa con un gesto mecánico—. Y si decide decir que no… bueno, ya sabrá lo que toca.

Dio media vuelta, lista para salir.

Pero justo antes de abrir la puerta, se detuvo.

Giró un poco el rostro, lo justo para que su voz llegara hasta mí sin mirarme directamente.

—Ah, y una cosa más. Si me pasa algo en estos tres días… si desaparezco, o muero en extrañas circunstancias, quiero que sepa que tengo a alguien preparado para sacarlo todo a la luz.

Me quedé en silencio. Como un idiota.

Como si de pronto alguien me hubiera colocado en el papel de mafioso de pacotilla en una película barata.

¿En serio pensaba que sería capaz de algo así?

¿De hacerla desaparecer? ¿Matarla, como si esto fuera El Padrino versión pasarela?

La puerta se cerró tras ella y yo me pasé una mano por la mandíbula, sin moverme de la silla.

Vale.

Lo primero que iba a hacer, antes de pensar si ceder o plantarle cara, era ir a ver a Julian.

Y averiguar por qué coño su cuñadita tenía los ovarios de venir a chantajearme como si esto fuera su puta empresa.

***

Julian Hawthorne era el heredero y actual director de Imperium Publishing, uno de los sellos editoriales más prestigiosos de Manhattan.

Su vida transcurría entre contratos millonarios, negociaciones con autores difíciles y reuniones estratégicas que podían decidir el rumbo de la industria literaria.

Y yo me planté en su despacho con cara de pocos amigos y cero intención de fingir que venía a tomar café.

No estaba solo. Cameron, uno de nuestros amigos en común, estaba allí, repantigado en una butaca con su aire desenfadado de siempre.

Éramos cinco en el grupo. Nos conocimos en una mentoría hace años y, con el tiempo, nos volvimos inseparables.

Por eso acepté hacerle el favor a Julian.

Y por eso, ahora, estaba pagando las consecuencias.

—¡Me has jodido la vida, Hawthorne! —escupí nada más entrar, con el ceño fruncido y los ojos encendidos.

Julian levantó las manos, en son de paz.

—A ver, tranquilízate. Tendrás que explicarme a qué te refieres, porque no tengo ni idea de lo que estás hablando.

Empecé a pasearme por la sala, pasándome las manos por el pelo con nerviosismo.

—Me dijiste que contratara a Belly, ¿recuerdas? La hermana de Clementine. «Dale una oportunidad, no pierdes nada», dijiste. Pues bien… la contraté. Y ahora resulta que sí he perdido. He perdido mi jodida tranquilidad.

Julian me observó arqueando una ceja.

—Explícate, porque no entiendo de qué mierda hablas. ¿Cuál es el problema?

Solté una carcajada amarga.

—El problema es que me ha pillado.

Julian y Cameron compartieron una mirada rápida.

—¿Pillado en qué? —preguntó Cameron con cautela.

Inspiré hondo antes de hablar.

—Estaba acostándome con una modelo...

—¿Y? —Julian frunció el ceño—. Eso no es ninguna novedad.

—Está casada. Y Belly… Belly me descubrió.

Un silencio espeso nos sobrevoló.

—Bien —murmuró Julian, cruzándose de brazos—. ¿Y qué ha hecho?

—Amenazarme. Dice que, si no cumplo con sus exigencias, lo hará público. Que contará todo, fotos incluidas. ¡Sería un escándalo!

—¿Y qué exige exactamente? —Cameron se inclinó hacia delante, intrigado.

Me dejé caer en una de las butacas libres, a su lado.

—Quiere que la convierta en mi asistenta personal. —Me tapé la cara con las manos y resoplé—. ¿Te lo imaginas? ¡Esa mala pécora pegada a mí todo el puto día!

Julian reprimió una sonrisa, aunque sus ojos brillaban de diversión.

—Pues parece que tu nuevo «problema» tiene más carácter del que pensabas.

Lo fulminé con la mirada.

—Esto no tiene maldita gracia. ¡Esa chica puede arruinarme la reputación en dos segundos! ¡Y es culpa tuya!

Julian alzó las cejas, impasible.

—Vamos a ver, Spencer. Entiendo que si Belly tiene esas imágenes es porque fuiste descuidado.

—¿Perdona? —espeté.

—Lo que oyes. No es la primera vez que te metes en líos, pero sí la primera que te pillan. Y si te pillan, el problema no es solo de la cámara. Es tuyo.

Me removí en la butaca, furioso. No por lo que decía, sino porque tenía razón.

—Fue un mal momento. No pensé que alguien pudiera entrar. Estábamos solos.

—¿En serio? ¿En una empresa con más de cien empleados? ¿Con visitas, showrooms, cámaras y becarios por todas partes? —Julian negó con la cabeza—. Joder, Spencer, no lo pensaste bien.

Cameron intervino, divertido:

—Tío, a ver, si vas a follar en algún sitio accesible, qué menos que asegurarte de cerrar la puerta con llave.

—¿Quieres hacerme un favor, Cameron? Cállate.

—Solo intento aportar —dijo, encogiéndose de hombros con una sonrisa.

—No aportes más. En serio. Ahora resulta que soy el culpable de que una becaria cualquiera me chantajee con un vídeo grabado a traición.

Julian alzó una ceja.

—Bueno… técnicamente sí lo es.

—Julian, no me jodas —bufé—. Si estoy metido en este lío es porque te quise hacer un favor. Así que espero que ahora me ayudes a solucionarlo.

—¿Cómo?

—Habla con ella. Hazla recapacitar. Que vea que no puede ir por ahí jugando a ser mafiosa con amenazas y condiciones. Dile que se le ha ido la olla.

Julian se rascó la barbilla, pensativo.

—No creo que eso funcione.

—¿Por qué no?

—Porque Belly es… testaruda. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja, no hay quien la saque de ahí. Y créeme, si te ha dado ese ultimátum, es porque ya tiene muy claro lo que quiere.

—A mí. Al borde de un infarto.

Julian me sostuvo la mirada, serio.

—Está bien. Le pediré a Clementine que hable con ella. Pero no prometo resultados.

Asentí con un suspiro, sin saber si eso era una solución o gasolina para el incendio.

Me levanté sin añadir nada más, con la cabeza hecha un puto nudo y la sensación de estar metido en una partida que no había elegido jugar.

Una cosa tenía clara: la próxima vez que Julian me pidiera un favor, lo mandaría a la mierda.

5

Belly

CONFESIONES ENTRE HERMANAS

Acababa de salir de la ducha cuando llamaron a la puerta. Enrollé una toalla a mi cuerpo, me puse las zapatillas y me dirigí hacia la entrada. Al mirar por la mirilla vi que se trataba de mi hermana Clementine.

Genial.

Justo lo que necesitaba: una visita sorpresa de la parte sensata de la familia.

Abrí. Solo me hizo falta ver su rostro tenso para saber que aquella no era una visita para ponerse al día.

—¿Qué has hecho, Isabel?

Uy. Nombre completo. Mal asunto.

—¿No piensas decir «hola» antes de empezar a interrogarme?

Entró sin esperar invitación, como siempre. Se quitó el abrigo y lo colgó en mi perchero con un gesto que decía *no puedo con tus mierdas, pero soy tu hermana mayor y aquí estoy*.

—Te estás metiendo en un marrón, Belly. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—¿Puedo vestirme antes de que empieces a echarme la bronca?

No respondió.

—Julian ha hablado conmigo. Dice que Spencer está fuera de sí. Que lo has chantajeado.

Me encogí de hombros.

—No es chantaje si no le pides dinero.

—¿Entonces cómo lo llamas tú?

Me dejé caer en el sofá, ajustando la toalla.

—Llamémoslo… intercambio justo. Él me da acceso al mundo de los peces gordos, y yo guardo su pequeño secreto.

Clementine cruzó los brazos.

—No puedes ir por ahí grabando a la gente y luego usarlo como moneda de cambio. ¿Sabes que es ilegal? Podría denunciarte por esto.

—¿Y arriesgarse a que el vídeo salga a la luz? Lo dudo. Spencer no va a mover un dedo mientras tenga algo que perder.

—Belly…

—No lo hice a propósito, Clem. No fui con la intención de pillarle con los pantalones bajados. Solo quería grabar un vídeo para Instagram. Pero una vez tienes algo así entre manos… o lo ignoras, o lo usas. Y yo estoy cansada de ignorar oportunidades.

Clementine me miró como si estuviera intentando reconocerme.

—Joder, te has vuelto una mafiosa.

—No. Me he vuelto lista.

Se sentó en el sofá, y se pasó una mano por el pelo.

—¿Te parece justo hacerle esto a la persona que te dio una oportunidad? Llevabas años soñando con trabajar en Callahan & Bloom y ahora que lo consigues… lo pones todo en juego como si te diera igual.

—Tú lo has dicho. Quería trabajar en Callahan & Bloom. No pasarme el día cargando perchas, preparando cafés y siendo invisible.

Clementine me miró sin decir nada.

—No es culpa de Spencer que nadie te tome en serio.

—Tampoco es culpa mía que decida follarse a una modelo casada en un lugar público.

Parpadeó.

Una vez. Dos.

—¿Una modelo casada?

—¿Es que Julian no te lo dijo? Lo pillé con Vivienne Blake.

Sus ojos se abrieron de par en par, visiblemente sorprendida.

—¿Vivienne Blake? ¿La de las portadas? ¿La que está casada con Adrian Cole?

—Esa misma.

—¿Es que Spencer se ha vuelto loco? Todo el mundo sabe que Adrian Cole está zumbado y es capaz de cualquier cosa. Si llega a enterarse va a cortarle las pelo… —se detuvo a mitad de frase, se dio cuenta de que eso no era lo importante, carraspeó—. Da igual. Eso no es el punto. El punto es que no puedes ir por ahí chantajeando a la gente como si fueras una delincuente de pacotilla.

—No estoy chantajeando a nadie. Estoy negociando.

—¿Negociando con un vídeo sexual? —replicó, dando un paso hacia mí y frunciendo el ceño.

Se quedó un segundo en silencio. Y entonces, antes de que pudiera seguir con su discurso de hermana responsable, le solté:

—Deberías apoyarme. Yo te apoyé cuando decidiste mentirle a Julian con tus jueguitos sexuales por teléfono.

Clementine se puso roja como un tomate.

Literalmente.

Sus mejillas pasaron del blanco al rojo fuego en menos de un segundo.

—¿Perdona? —dijo en un susurro afilado.

—Lo que oyes —respondí, cruzándome de brazos—. ¿O ya se te has olvidado de aquella noche en la que me contaste que le hacías llamadas con voz cambiada para que no supiera que eras tú?

—¡Eso no tiene nada que ver!

—Claro que sí. Ambas usamos la voz para manipular a un millonario atractivo. Tú lo hiciste por calentón. Yo, por necesidad.

Clementine abrió la boca. La cerró. Y luego volvió a abrirla.

—No me lo puedo creer…

Antes de casarse con Julian, su historia con él había sido de todo menos normal.

Durante meses, mantuvieron una relación a distancia sin que él supiera quién era ella realmente.

Ella le ocultó su identidad por miedo, por inseguridad… por muchas razones que solo ella entendía. Pero lo cierto es que se enamoraron así, entre verdades a medias y llamadas cargadas de tensión.

Y yo había aprovechado esa información porque, vale, puede que lo mío fuera cuestionable, pero lo suyo tampoco era para ir dando lecciones de moral por la vida.

—Oye, me imagino que estás aquí porque Julian te ha pedido que me hagas cambiar de opinión, pero eso no va a pasar. No he llegado tan lejos para echarme atrás ahora. Hay algo que quiero conseguir y la única manera de hacerlo es esta. Ya sabes lo mucho que estoy trabajando en *Rebelia*. Si consigo que Spencer me deje entrar en su círculo, aunque sea como su asistenta personal, puedo moverme en los espacios donde realmente pasan las cosas. Donde se deciden colaboraciones, lanzamientos, inversiones. Quiero estar en el centro, no en la periferia. Y esto es lo más cerca que he estado nunca.

Ella me miró en silencio. No me interrumpió. Solo dejó que soltara todo lo que me estaba quemando por dentro.

—¿Y sabes qué? Puede que esté jugando sucio, pero no me estoy robando nada. No le estoy quitando nada. Solo quiero una oportunidad de demostrar lo que valgo. Y si tengo que usar un vídeo como moneda de entrada, lo voy a hacer. —Me crucé de brazos—. Así que no me des ese discursito de moral, porque tú también hiciste

lo que tuviste que hacer para proteger lo tuyo. Y yo estoy haciendo lo mismo.

Clementine me sostuvo la mirada. No dijo nada. Solo asintió, despacio, como si acabara de verme de verdad por primera vez.

—Vale —dijo al fin, en un suspiro—. Pero ten cuidado, Belly. Spencer no es Julian. Y tú no eres yo.

Lo sé. No te preocupes, lo tengo todo controlado.

Clementine me miró con esa cara suya de *ni de coña te creo*, pero no dijo nada.

Yo aproveché para cortar el momento, le pedí que esperara un segundo, me cambié en tiempo récord, me sequé el pelo con prisas y la arrastré hasta una cafetería de la esquina para calmar los ánimos con café y bollería.

No hablamos mucho, pero tampoco hizo falta. Entre sorbo y sorbo, entendí que, aunque no compartiera mi plan, no iba a interponerse.

Y eso, para mí, ya era suficiente.

***

Horas después estaba sola en casa de nuevo. Tenía el portátil abierto, estaba retocando uno de los diseños nuevos de Rebelia, una chaqueta oversize con cortes asimétricos que Lennox y yo llevábamos días discutiendo, mientras de fondo sonaba una serie de abogados que ni estaba siguiendo. Solo necesitaba ruido para no pensar.

Entonces vibró el móvil.

Un número desconocido.

Lo desbloqueé sin mucha expectativa… y en cuanto leí el mensaje, supe exactamente quién era.

DESCONOCIDO

Mañana a primera hora en mi despacho.
No llegues tarde.

Spencer Callahan.

Sonreí, sin poder evitarlo.

La partida acababa de empezar.

6

Spencer

CONTRATO CON CLÁUSULA DE DESEO

Esperaba la llegada de Belly en mi despacho con cara de pocos amigos. ¿Había decidido ceder a su chantaje? Sí. ¿Porque me diera la gana? No.

Porque no tenía más cojones.

La imagen de Vivienne de rodillas frente a mí seguía grabada en ese maldito vídeo. Y por muy blindado que estuviera mi apellido, un escándalo así podría tumbarme. O, peor aún, arrastrar a la firma conmigo.

No pensaba dejar que una becaria se saliera con la suya. Pero hasta que encontrara la manera de darle la vuelta a la jugada, tendría que tragármelo.

Por eso estaba allí, sentado detrás de mi escritorio, con la mandíbula apretada y la paciencia bajo mínimos.

Solo quedaba esperar a que apareciera la señorita Reid con su sonrisita de me ha salido bien la jugada.

Y ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

Ella apareció tres minutos tarde, cómo no, aunque entró como si estuviera llegando a una puta entrevista de Vogue.

Llevaba unos vaqueros oscuros ajustados, un top blanco metido por dentro, simple pero ceñido, y una blazer oversize en tono crema.

El pelo recogido en un moño desenfadado.

Y en la mano, un café para llevar que me tendió como si esto fuera una cita informal y no una situación de chantaje encubierto.

—Latte con leche de avena y un toque de vainilla —dijo, dejándolo frente a mí con una sonrisa—. Le pregunté a tu secretaria

y me dijo que era tu favorito.

No contesté.

Ni la miré.

Me limité a empujarle un sobre blanco por encima del escritorio. Ella se sentó al otro lado, cruzó las piernas como si estuviera en el sofá de su casa y levantó una ceja.

—¿Y esto?

—Algo que debes firmar—dije, seco—. Un contrato de trabajo y otro de confidencialidad. Van juntos.

Ella lo cogió, lo abrió con calma y hojeó las primeras páginas. Frunció el ceño al llegar a la parte que quería que leyera.

—¿Qué clase de cláusula es esta? —preguntó, levantando la vista.

—Muy simple —dije, sin rodeos—. Si el vídeo o las fotos salen a la luz, aunque sea por accidente, tendrás que pagarme un millón de dólares como compensación directa.

Ella parpadeó.

—¿Va en serio?

—Muy en serio. Si voy a contratarte por obligación, qué menos que cubrirme las espaldas. No quiero que, si el día de mañana por algún motivo se te cruzan los cables, decidas subir el vídeo como acto de venganza, iluminación artística o por puro aburrimiento.

—Qué poco confías en mí —dijo, apoyándose en el respaldo con gesto exagerado.

—No sé por qué será… —respondí, inclinándome hacia ella—. Quizás que me hayas chantajeado para conseguir que te contrate tenga algo que ver. Llámame loco.

Ella puso los ojos en blanco, hizo un mohín de *ay, qué dramático eres*, y volvió a mirar el contrato. Pasó hoja por hoja sin prisa, como si fuera la dueña del maldito despacho, y cuando llegó al final, firmó con trazo rápido y seguro.

—Listo —dijo, dejando el boli sobre la mesa con un clic seco.

—Perfecto —respondí, guardando el documento sin cambiar la expresión.

—¿Y por qué empezamos hoy?

Le di un sorbo al café que había traído, lo dejé sobre la mesa y saqué la carpeta negra que me habían traído del equipo creativo a

primera hora.

—Tengo algo que revisar —respondí, sacando lo que había dentro para dejarlo sobre la mesa—. Son los moodboards nuevos. Le dije al equipo creativo que la propuesta anterior no me convencía, y esto es lo que han traído como alternativa.

Ella se inclinó un poco, con el interés ya dibujado en la cara, observando la primera lámina.

Colores tierra. Oversize. Capas. Referencias nórdicas que ya estaban demasiado vistas.

—¿Esto es en serio? —murmuró, con el ceño fruncido—. ¿Otra vez lo escandinavo-minimalista-desangelado? Ya cansa. Esto lo he visto en cinco firmas distintas el año pasado. Y mejor hecho.

Alcé las cejas, sorprendido. Había puesto en palabras justo lo que yo pensaba. Pero ella ni siquiera me miró, pasó a la siguiente lámina con la misma concentración afilada.

—Aquí hay algo —dijo, señalando una textura de lana deshilachada mezclada con piel vegana—, pero no termina de cuajar. Tiene fuerza, pero la han domesticado. Como si alguien hubiera

tenido una buena idea y luego se hubiera cagado encima al ejecutarla.

Me recliné en la silla, sin apartar los ojos de ella.

Vaya, no había esperado que viniera con argumentos.

Pensé que iba a limitarse a asentir, a jugar a ser útil para justificar su sitio. Pero no.

Estaba analizando como si fuera parte del equipo de dirección creativa.

Y lo peor es que lo hacía bien.

—¿Y tú qué harías con esto? —pregunté, cruzando los brazos.

Ella levantó la vista, por primera vez, y sonrió.

—Romperlo todo y empezar desde cero.

—¿Tan mal te parece?

—No. Solo es demasiado correcto. Y lo correcto aburre.

Volvió a mirar las láminas, como si ya estuviera redibujándolas en su cabeza.

—Les falta garra, concepto… riesgo —añadió, pasando los dedos por el borde de una de las hojas—. Todo está demasiado pensado para gustar sin molestar. Y cuando diseñas con miedo, se nota. Esto no inspira. Solo rellena escaparates.

No podía estar más de acuerdo con ella. Aunque no se lo dije en voz alta. Me limité a volver a poner las láminas en la carpeta y enviar un correo al equipo creativo para que siguieran trabajando.

Cuando terminé, levanté la vista.

—Bien —dije, apoyando los codos sobre la mesa—. Primera tarea del día superada.

Ella sonrió, satisfecha.

—¿Vas a darme una estrellita o ya pasamos al siguiente nivel?

—Pasamos al siguiente nivel —respondí, cerrando el portátil—. Vas a venir conmigo.

—¿A dónde?

—A supervisar la campaña que estamos montando con *Harper's Bazaar*. Están usando el Hall de entrada del edificio Chrysler como localización. Quiero asegurarme de que todo esté como debe.

Ella alzó una ceja, divertida.

—¿Harper's Bazaar? ¿Así, de primeras? Qué nivelazo.

—No te emociones —dije, levantándome de la silla—. Tú solo vas a mirar. Te vas a quedar calladita y quietecita mientras yo reviso que nadie esté cagándola con la iluminación, el estilismo o el enfoque creativo. Es una de las campañas más importantes de la temporada. No quiero fallos.

—Bueno, eso es mejor que planchar los vestidos o aguantar los berrinches de Johann por un dobladillo torcido —replicó, encogiéndose de hombros.

El chófer nos recogió en la entrada del edificio y nos llevó hasta el Chrysler, lo que nos llevó más tiempo de lo esperado por culpa de un atasco monumental en Lexington Avenue.

Un ciclista se enganchó con un taxi, hubo gritos, cláxones y hasta una señora que golpeó el capó con su bolso.

Maravilloso.

Cuando llegamos, las modelos ya estaban en maquillaje, los focos montados, y el equipo de producción corriendo de un lado a

otro como si estuvieran salvando vidas en lugar de preparar una sesión de fotos.

Todo parecía controlado…

Pero yo sabía que las apariencias engañaban.

No me equivoqué.

Ni diez minutos habían pasado cuando estalló la bomba.

La modelo principal, Anya Kovács, húngara, portada de todas las revistas importantes en los últimos dos años, salió del camerino con el abrigo estrella de la colección puesto… y cara de querer prenderle fuego.

—No pienso ponerme esta mierda —soltó, alzando la voz con un acento marcadísimo, mientras caminaba directa hacia el director creativo de la revista—. No voy a salir en una portada vestida como una abuela rica y deprimida.

El estilista palideció. El fotógrafo paró en seco. La editora de *Harper's Bazaar* frunció los labios con la intensidad de quien se está debatiendo entre diplomacia y asesinato.

Y yo me limité a cerrar los ojos un segundo.

Conté hasta tres. Porque cinco era demasiado.

—¿Cuál es el problema?

Anya se giró hacia mí como si me estuviera haciendo un favor al dirigirme la palabra.

—Este abrigo es horrible. No favorece. Parece sacado del armario de una millonaria excéntrica que se ha rendido ante la vida. No pienso salir en portada con esto encima.

Contuve el suspiro. El estilista balbuceó algo, la editora cruzó los brazos y el silencio se volvió tan denso que podía cortarse con las tijeras de costura.

Y entonces, sin darme tiempo a abrir la boca, Belly se adelantó. No me dio tiempo a recordarle la consigna: *calladita y quietecita*, antes de que las palabras salieran de su boca.

—A ver, ¿puedo decir una cosa? —preguntó con voz dulce. Anya la miró de arriba abajo, claramente a punto de soltarle un *¿y tú quién coño eres?*, pero Belly no se inmutó—. Tienes razón. El abrigo, con el look que llevas, parece sacado de una serie británica de drama familiar —añadió, mirando a la editora y al estilista sin perder

la calma—. Pero el problema no es la prenda. Es cómo la han combinado.

Dio un paso hacia el perchero de apoyo, revisó un par de opciones sin prisa, y sacó un top negro de tirantes finos, con estructura metálica en el escote.

—Pruébate esto debajo. Desabrochamos el abrigo hasta la cintura, ajustamos con el cinturón plateado, y le subimos el bajo a la falda dos dedos.

Para sorpresa de todos, Anya aceptó hacer los cambios y desapareció detrás del biombo sin rechistar.

El estilista la siguió con cara de *¿cómo coño no se me ocurrió eso a mí?*, y la editora de *Harper's Bazaar* soltó un leve «hmm» aprobatorio, que en su escala emocional equivalía a un aplauso.

Yo me quedé en silencio. Mirando a Belly.

Tranquila. Segura. Como si no acabara de meterse de lleno en una campaña que le quedaba dos escalones por encima.

—¿Algo más que quieras cambiar? ¿La iluminación? ¿El concepto? ¿El nombre de la firma, quizá? —dije en voz baja, acercándome a ella.

—Por ahora voy servida —respondió, sin apartar la vista del set —. Pero si te molesta que te esté salvando el culo… solo tienes que decirlo.

Se me escapó una sonrisa, lo confieso, porque aquella chica podía ser un grano en el culo, y odiaba lo que había hecho para conseguir el puesto, pero había que admitir que tenía talento. No solo había leído la escena, resuelto el problema y controlado a una modelo que solo respondía a su agente y a su ego.

Lo había hecho con seguridad, con rapidez… y sin perder la sonrisa.

Y por muy en contra que estuviera de cómo había llegado hasta aquí, una cosa estaba clara: Belly Reid sabía lo que se hacía.

Y no venía solo a calentar la silla.

Aunque eso no significaba que pensara olvidar cómo había entrado.

Ni que fuera a fiarme de ella.

7

Spencer

EL CLUB DE LOS MILLONARIOS

El reservado del hotel *Luxury* era un maldito oasis en medio de Manhattan: terciopelo caro, paredes de madera oscura, botellas alineadas como soldados y ese aire de exclusividad que solo Leo Moretti podía permitirse en su maldito hotel.

Ellos ya estaban allí. Los cuatro de siempre.

Julian Hawthorne, traje oscuro y corbata perfecta, con esa cara de funeral que le viene de dirigir su grupo editorial.

Leo Moretti, el anfitrión. Heredero del imperio hotelero familiar, dueño de ese hotel y de medio país en suites de cinco estrellas.

Cameron Blake, con su eterna pinta de deportista retirado. Antes nadaba en los Juegos Olímpicos; ahora dirigía los gimnasios y centros de alto rendimiento de su familia como si aún estuviera compitiendo.

Adam Sinclair, móvil en la mano, traje impecable y cero expresiones en la cara. El heredero de una multinacional tecnológica y de un fondo de inversión que hacía temblar a Wall Street.

—Mira quién llega… —canturreó Leo, levantando su copa de whisky con una sonrisa de tiburón—. El chantajeado oficial de Manhattan.

Cameron soltó una carcajada inmediata.

—Joder, Moretti, te superas cada día. Aunque yo lo resumiría en algo más simple: *el CEO con jefa*.

Adam, sin apartar la vista del móvil, añadió con su tono seco y preciso:

—Lo interesante no es que te hayan chantajeado, Callahan. Lo interesante es que hayan pasado dos semanas y no hayas hecho nada para revertirlo.

Levanté una ceja, irritado.

Por supuesto todos conocían mi situación. Cameron y Julian se habían encargado de sacarla a colación en nuestras reuniones, y ahora era tema de sobremesa para este maldito club privado.

—Es lo que pasa cuando uno no controla sus impulsos —intervino Julian, con ese tono de juez y parte que le salía tan bien—. Y cuando además la persona que te pilla es mi cuñada.

Leo casi se atragantó de la risa.

—No me lo recuerdes, Hawthorne. Aún no supero que la hermana de Clementine haya pasado de becaria invisible a convertirse en la dueña de los huevos de Spencer.

—Idos a la mierda —gruñí, llevándome la copa a los labios.

—Riley dice que quiere hacerle un club de fans —añadió Leo, divertido—. Está enganchada a este culebrón más que a *The Crown*.

—Audrey igual —remató Cameron, sin inmutarse—. Según ella, Belly es la protagonista absoluta y tú solo el secundario que gruñe en cada capítulo.

Las carcajadas de los tres retumbaron en el reservado. Yo apreté la mandíbula tan fuerte que me crujieron los dientes.

—Me alegra saber que mis desgracias sirven de entretenimiento a vuestras novias —escupí, dejando el vaso vacío sobre la mesa con un golpe seco.

—Si te sirve de consuelo, a Clementine la situación no le hace gracia. Está preocupada por las posibles represalias. —Julian no pudo evitar el tono frío.

—JA, no me digas que al igual que su hermana me cree capaz de contratar a dos sicarios para deshacerme de ella.

—¿Belly te cree capaz de eso? —preguntó Cameron, aguantándose la risa.

—Me lo insinuó —dije encogiéndome de hombros. Aún recordaba la escena con cierta perplejidad.

—No es eso —dijo Julian, serio—. Pero sabe cómo te las gastas cuando alguien te cabrea. Y algo me dice que mi cuñada te tiene exactamente donde más te duele.

Puse los ojos en blanco.

—Pues dile a tu esposa que se relaje —respondí seco—. Aunque su hermana sea un incordio, no pienso hacer nada.

Hubo un silencio que olía a escepticismo.

Sabía que todos pensaban que mentía. A fin de cuentas, soy un tío rencoroso y me muevo con sed de venganza cuando me tocan las narices.

Pero la verdad era otra. En esas dos semanas Belly no me había jodido tanto como esperaba.

Era descarada, me seguía a todas partes, era impertinente y daba su opinión aunque yo no la pidiera. Pero, joder, era buena. Tenía visión, talento, y aunque nunca lo diría en voz alta, empezaba a pensar que un puesto como «becaria invisible» se le quedaba pequeño.

La sensación era nueva y fastidiosa. Me irritaba admirarla. Me irritaba que su presencia me obligara a repensar cosas que creía resueltas.

Eso no significaba que perdonara que hubiera convertido mi reputación en una moneda de cambio, pero bueno. Tenerla como asistenta personal no estaba resultando tan horrible como había previsto.

—En realidad —dije, bajando la voz—, ahora mismo quien me preocupa no es ella. Es otra persona.

—¿Quién? —preguntó Cameron, ladeando la cabeza.

—Vivienne. —La palabra me salió seca—. Quedé con ella para cerrar lo nuestro. Después de todo lo que ha pasado, no quiero seguir con nuestra aventura. Pero ella se niega a aceptarlo.

Se hizo un silencio incómodo. Las risas se habían quedado en suspensión como vasos olvidados en la mesa. Todos sabían quién era Vivienne: modelo internacional y esposa de un tío con poderosos cojones en la industria musical.

—¿Y por qué no quiere? —preguntó Cameron.

—Según ella porque le gusto mucho y quiere seguir viéndome. Según yo, porque está aburrida de su vida y le encanta jugar con fuego para sentirse viva. —Lo dije sin rodeos—. Ha sido divertido mientras duró. Follar con una de las mujeres más deseadas del mundo tiene su maldita épica, pero no puedo seguir. Esta vez nos pilló Belly, pero la próxima puede ser otra persona con cero escrúpulos y ganas de acabar con todo. No puedo arriesgar que algo así suceda.

—Bueno —intervino Leo, encogiéndose de hombros—, si tú lo tienes claro, no hay mucho que ella pueda hacer. Ignórala y se acabará cansando. Créeme, sé de lo que hablo.

Lo dijo con esa mezcla de suficiencia y nostalgia. Leo fue un mujeriego empedernido hasta que la vida le forzó a moderarse. Su consejo sonaba a lección aprendida.

Resoplé.

—Esa es mi intención, pero mentiría si dijera que no tengo miedo. Vivienne es impredecible, y nunca sabes con qué viene. Es el tipo de mujer que siempre consigue lo que quiere, aunque tenga que romper cosas o arrastrar a otros por el camino. ¿Quién me mandaba a mí acostarme con ella? —añadí sin poder evitar una sonrisa amarga—. Ahora tengo que arreglarlo.

Hubo un murmullo de comprensión, y justo cuando Leo iba a soltar otra de sus frases de sabio reformado, sentí la vibración del móvil en el bolsillo.

Lo saqué. Un mensaje nuevo.

BELLY

Por cierto, mañana tenemos reunión con el equipo de inversores de Londres. ¿Te preparo un resumen o prefieres improvisar como siempre?

Sonreí sin querer.

—¿Qué pasa? —preguntó Cameron al verme la cara.

—Nada —mentí, bloqueando el móvil.

Pero lo cierto es que esa sonrisa me había pillado por sorpresa. Y eso era peligroso.

Porque Belly seguía siendo la becaria que me chantajeó.

La que me metió en este puto lío.

La que no tenía miedo a mirar al diablo a los ojos si eso la acercaba un paso a su objetivo.

No debía dejar que la situación se me fuera de las manos, por mucho que las cosas con Belly Reid fueran difíciles de controlar.

8

Belly

EL BESO QUE NO DEBÍA OCURRIR

Me miré en el espejo una última vez, asegurándome de que todo estuviera en su sitio.

Aquella noche tenía que acompañar a Spencer a un evento: un cóctel exclusivo organizado por The Fashion Trust, una fundación que reunía a diseñadores emergentes con peces gordos de la industria. Básicamente, la pasarela perfecta para codearte con editoras de Vogue, creativos de campañas millonarias y algún que otro inversor que soltaba pasta si le caías bien.

Y yo pensaba caer bien.

Había elegido para la ocasión uno de los vestidos diseñados en Rebelia.

Se trataba de una pieza negra, corta, con espalda descubierta, escote asimétrico y detalles metálicos en los laterales que simulaban grapas industriales.

Un equilibrio entre punk y sofisticado.

Rebelde, pero elegante.

Exactamente lo que Lennox y yo queríamos transmitir con la marca.

Nos pareció buena idea que lo llevara en exclusiva, convencidos de que, en cuanto alguien me preguntase de dónde era, tendría la excusa perfecta para hablar de nuestra firma.

Una jugada de infiltración.

Cogí el móvil, le hice una foto rápida al look para subirla a Stories y respiré hondo.

Estaba nerviosa. Era la primera vez que llevaba ropa de Rebelia en un evento público.

El ping del móvil me avisó de que el coche de Spencer acababa de llegar.

Cuando crucé la puerta del edificio, el chófer ya me esperaba con la puerta abierta.

Y dentro del coche… él.

Spencer Callahan, traje oscuro, camisa sin corbata, reloj de miles de dólares y esa cara de superioridad que dan los años de saber que puedes tenerlo todo.

Levantó la vista cuando me vio entrar.

Y por primera vez desde que trabajaba con él… se quedó callado.

—¿Vamos? —dije, acomodándome a su lado.

Tardó un segundo en responder.

Su mirada bajó por mis piernas, subió por el escote, se detuvo en los detalles metálicos del vestido.

—¿De quién es eso? —preguntó por fin, con una voz sonó más grave de lo habitual.

—Diseño propio —respondí, alzando una ceja—. De mi firma.

Él alzó una ceja, con curiosidad.

—Deberías contarme más sobre esa firma.

—¿Te interesa?

Me miró de reojo, con esa media sonrisa que usaba cuando quería parecer inofensivo.

—Me interesa todo lo que pueda darme problemas.

Apoyé el codo en la ventanilla y le sostuve la mirada.

—Entonces deberías seguirme en Instagram.

Se rio por lo bajo.

—¿Así haces networking tú? ¿Con un follow?

—Funciona mejor que muchos apretones de manos hipócritas —respondí, encogiéndome de hombros.

Entonces vi su móvil apoyado sobre su muslo.

Lo cogí sin preguntar, como si fuera mío.

Ignoré la forma en la que se tensó al tocarle la pierna.

Ignoré todavía más el cosquilleo que me recorrió cuando lo hice.

Abrí Instagram, busqué mi perfil y le di a «seguir». Luego le devolví el móvil con calma, como si no acabara de saltar una chispita rara en el aire.

—Rebelia es la marca de moda que he creado con mi mejor amigo —dije sin más, sin adornos.

Él frunció el ceño.

—¿Mejor amigo es eufemismo de pareja?

Me reí.

—Créeme, estoy muy alejada de su ideal.

—¿Por qué?

—Para eso debería tener un rabo entre las piernas.

Lo vi morderse la sonrisa, como si no quisiera admitir que le había hecho gracia.

Y, entonces, pasé a hablarle de Rebelia.

De su filosofía.

De lo mucho que nos habíamos esforzado en todos los diseños.

De la presentación que estábamos preparando para dentro de poco tiempo.

Él no dijo nada, solo escuchaba mientras hablaba de materiales reciclados y de producción local y sostenible.

Cuando llegamos al edificio donde se celebraba el evento, ni me di cuenta.

Estaba tan metida en lo mío que fue el chófer quien nos interrumpió.

—Señor Callahan, señorita Reid, ya hemos llegado.

Spencer no se movió. Siguió mirándome un segundo más, como si aún estuviera procesando todo lo que acababa de contarle.

—No te pega ser tan idealista —dijo por fin.

—¿Y a ti te pega hacer mamadas con supermodelos casadas en un vestidor? —respondí con una sonrisa inocente.

Abrió la puerta sin contestar.

Pero vi cómo se le tensaba la mandíbula.

Touché.

***

El evento era una pasada.

Había mucha gente influyente: editoras de moda, creativos, fotógrafos, algún que otro famoso venido a menos y muchos tiburones con traje que olían oportunidades a kilómetros.

Y como había previsto, en un par de horas había repartido más tarjetas de Rebelia de las que tenía pensado llevar.

Me las estaban quitando de las manos. Literalmente.

A mi lado, Spencer ponía los ojos en blanco cada vez que alguien preguntaba por mi vestido.

En una de esas ocasiones me susurró al oído, tan cerca que me provocó un escalofrío.

—¿No te parece raro que mi asistenta vaya por ahí promocionando otra firma de ropa que no sea la mía?

—¿En serio? Pues no, no me lo parece en absoluto —respondí sin mirarle, fingiendo que seguía centrada en el canapé de salmón

que tenía en la mano—. Mi contrato no dice nada de exclusividad estética, jefe.

—Voy a tener que revisarlo.

—Hazlo. Pero si me vetas llevar Rebelia, te aviso: pienso venir desnuda.

Silencio.

Y entonces, su maldita sonrisa. Esa que aparecía cuando se le cruzaban pensamientos que no debía tener.

—Acabas de darme un motivo más de peso para hacerlo.

Fingí escandalizarme, llevándome una mano al pecho.

—¿Acabas de insinuar que solo quieres prohibirme Rebelia para verme en pelotas?

No respondió.

Solo me dedicó una sonrisa peligrosa.

De esas que vienen con advertencia implícita y un poco de morbo por debajo.

Y ahí fue cuando empecé a preguntarme desde cuándo Spencer me hacía ese tipo de… provocaciones.

Llevaba casi un mes siendo su asistenta personal y las cosas entre nosotros habían mejorado sustancialmente.

A pesar de mi chantaje inicial, él no había intentado vengarse. Al menos por ahora.

Me había dado oportunidades. Me había escuchado. Me había dejado formar parte de decisiones reales.

Y, la verdad, lo admiraba.

Su gusto por la estética era brillante.

Se notaba que el buen gusto venía de familia.

Pero hasta entonces… no había notado esa electricidad.

Esa forma en la que me miraba.

Como si se le estuviera pasando por la cabeza algo que no tenía nada que ver con moda…y todo que ver conmigo sin ropa.

Seguíamos así, cruzando miradas que quemaban, cuando él de pronto se tensó.

Se puso pálido.

Literalmente.

Y giró la cara con una rapidez que me descolocó. Era el tipo de movimiento que hace uno cuando se encuentra con alguien al que preferirías no ver.

Yo parpadeé, sin entender nada.

Hasta que la vi.

Vivienne Blake.

Cuerpo de escándalo. Sonrisa de portada.

Vestido rojo sangre que gritaba mírame.

Y, por supuesto, el marido pegado al brazo. Adrian Cole en persona. Traje impecable, mirada afilada y esa energía de tío que está acostumbrado a tener el control de todo.

Productor musical de medio Hollywood, responsable de giras millonarias y con fama de romper cosas cuando se cabrea.

—Vaya, vaya —dije en voz baja, con una sonrisa afilada—. ¿Te escondes de tu mamadora oficial?

Spencer me lanzó una mirada asesina.

—Belly, cierra la boca.

Me reí entre dientes y observé a Vivienne y Adrian desenvolviéndose entre la multitud, hasta que los ojos de ella se clavaron en la espalda de Spencer como quien reconoce a su juguete favorito en medio de un salón abarrotado.

—Lo siento, jefe, pero creo que ya no puedes seguir escondiéndote.

Spencer no se giró.

—Haz como que no estamos.

—Difícil, porque viene hacia aquí.

—¿Qué?

—Que se acerca.

Entonces se plantó justo detrás de él.

Y le tocó la espalda con una uña perfectamente esculpida.

Spencer se giró despacio, como si no supiera perfectamente quién era. Activó su sonrisa de «soy encantador y no tengo nada

que esconder» y soltó:

—Oh, Vivienne. Qué sorpresa. No sabía que vendrías esta noche.

Ella alzó una ceja.

—Confirmamos asistencia en el último momento. ¿Podemos hablar en privado?

—Ahora… —miró a ambos lados, claramente incómodo—. No creo que sea el sitio para que tú y yo hablemos.

—Entonces lo haremos aquí en medio para que nos escuche todo el mundo.

—Ehhh… vale, vale. Hablemos en un lugar más íntimo. Pero me llevaré a mi asistenta personal conmigo.

Ella la miró de soslayo como si fuera una mancha en la alfombra de Dior.

—¿Necesitas supervisión ahora, Spencer?

—Necesito testigos —respondió él, serio—. Por si acaso me olvido de algo después.

Vivienne apretó los labios. Le ardía el ego, se notaba.

—Perfecto —dijo al fin—. Que venga tu sombra, entonces. No me importa.

Por la forma en la que Spencer actuaba, era obvio que lo suyo con la supermodelo no había terminado bien.

No hacía falta ser Sherlock para darse cuenta de que había sido él quien cortó…

Y ella no lo llevaba nada bien.

Nos alejamos los tres hacia una esquina del salón, junto a una de esas mesas altas con dos copas solitarias abandonadas. Spencer se apoyó en el borde y se cruzó de brazos.

—Habla —dijo, seco.

Vivienne clavó su mirada en él.

—No respondes mis llamadas.

—No tengo nada que responder. Todo lo que tenía que decirte te lo dije la última vez. No quiero seguir con esto.

—Yo también te dije todo lo que tenía que decirte. No pienso aceptarlo. Quiero seguir viéndote y sé que tú me deseas igual que yo a ti. ¿Cuál es el problema?

Parpadeé incómoda, apartando la mirada.

Aquello se estaba poniendo demasiado… intenso.

Y lo peor era que sabía que la respuesta a esa pregunta me incluía.

Porque estaba convencida de que si Spencer había cortado con Vivienne… había sido después de mi chantaje.

Después de mí.

—¿Eso acaso importa? —respondió él, bajando la voz—. No quiero seguir con nuestra relación. Tú estás casada con Adrian y si él se entera…

—No se enterará.

—Pero si lo hace, me destruirá.

Vivienne dio un paso más cerca, la voz afilada.

—¿Y quién dice que no puedo destruirte yo?

Abrí los ojos como platos.

Joder.

¿Acababa de amenazarlo?

—Vivienne…

—Spencer —interrumpió ella, con una sonrisa gélida—. Solo quiero que sigamos disfrutando de lo que tenemos. Solo es sexo, y ambos nos lo pasamos muy bien.

Él bajó la vista, negó con la cabeza. Y entonces, soltó:

—Hay otra razón por la que no quiero seguir contigo.

—¿Ah, sí? —alzó una ceja, con cinismo—. ¿Y cuál es esa gran razón?

Hubo un segundo de silencio.

Tenso.

Pesado.

Incómodo.

—He conocido a alguien —dijo él, despacio.

Yo lo miré de reojo, pensando: venga ya, menuda excusa de mierda. Vivienne soltó una risa seca.

—No te creo. Eso es lo que le dices a todas cuando quieres salir corriendo.

—Esta vez es verdad.

—¿Sí? Pues dilo. Di su nombre.

Spencer tragó saliva. Y entonces… me señaló. Con un dedo.

Sin rodeos.

—Es ella.

El corazón se me paró un segundo.

¿Perdón?

Vivienne se giró hacia mí tan rápido que casi me tira con la mirada.

—¿¿Ella?? —preguntó con evidente desprecio, mirándome de arriba a abajo como si no pudiera creerse que alguien como yo pudiera hacerle sombra.

Y a ver, no me sorprendía.

Ella era una supermodelo.

Yo… pues no.

Ni piernas infinitas, ni pómulos tallados, ni un contrato con Dior.

—Spencer, ¿qué estás diciendo? —pregunté, con una sonrisa nerviosa que intentaba disimular las ganas de meterme bajo la mesa.

—Cielo —dijo él, usando ese maldito tono de tío encantador que sabe que está soltando una bomba—, sé que no quieres hacerlo público porque eres mi asistenta personal y eso daría mucho de qué hablar, pero es necesario que Vivienne lo sepa. Para que entienda que estoy contigo.

Me cogió de la mano con una sonrisa peligrosamente tranquila.

Y yo solo pensé en que iba a matarlo cuando nos quedásemos a solas.

—No me lo creo —espetó Vivienne, cruzándose de brazos—. Todo esto es una excusa barata para dejarme.

—¿Y qué necesitas para creerme?

Ella lo miró desafiante, con los labios apretados.

—No lo sé. Si de verdad lo vuestro es tan sólido como dices… bésala. Aquí. Delante de todos.

Mi estómago dio un vuelco.

Oh, no.

No, no, no, no.

—Spencer… —empecé, bajito, en modo advertencia.

Pero él ya se había girado hacia mí.

Seguía sujetándome la mano, y ahora también me sostenía la mirada.

Firme.

Serio.

Y entonces, sin darme tiempo a decir nada más, acercó su boca a la mía.

En mi cabeza, el caos era absoluto, pero mi boca no dijo nada. Y mi cuerpo… tampoco se apartó.

Sus labios rozaron los míos con decisión y fue como si, de pronto, todo se desvaneciera.

El caos de la fiesta, Vivienne… hasta nosotros mismos.

Solo existía la sensación de tener sus labios sobre los míos. Suaves, blanditos, perfectos para besar.

Y joder, cómo besaba.

Acomodó sus labios entre los míos, los entreabrió con pericia, y antes de darme cuenta ya me había metido la lengua dentro de la boca.

Sin pedir permiso.

Sin avisar.

Y no necesitaba hacerlo.

Porque cuando su lengua rozó la mía, fue como si algo hiciera clic en mi cabeza.

O más bien, como si todo explotara.

Y dejé que la mía le siguiera el juego. Hambrienta. Con ganas.

Nuestras lenguas se encontraron en mitad del caos, chocando y deslizándose como si llevaran tiempo buscándose. No era un beso dulce, ni torpe. Era sucio. Directo.

Como si estuviéramos librando una batalla caliente.

Una batalla que yo no tenía intención de perder.

Sentí una sacudida en el estómago y un hormigueo insistente entre los muslos cuando sus manos se aferraron en mi cintura, pegándome a él.

Y fue entonces cuando lo noté. El bulto. Firme. Claro. Presionando contra mi cadera sin disimulo.

El pulso se me disparó. El calor subió desde el pecho hasta el cuello, y se concentró donde ya ardía desde antes: en mi sexo. Un calor espeso, eléctrico, que no sabía si me daba miedo o me encantaba.

Y así fue como Spencer y yo nos besamos por primera vez.

En medio de un evento.

Con una supermodelo delante.

Y la industria de la moda entera a dos metros de distancia.

¿Qué podía salir mal?

9

Spencer

ESCÁNDALO EN MANHATTAN

Supe que besar a Belly había sido un error en el mismo instante en que separé mis labios de los suyos y el silencio de la sala me envolvió.

Y no es que de pronto se hubiera quedado vacía, sino que todos los asistentes tenían la cabeza vuelta hacia nosotros con cara de estupefacción.

Aunque para cara de estupefacción… la de Vivienne.

Nunca la había visto tan blanca. Ni siquiera cuando casi nos pilla su marido en aquel hotel de Los Ángeles.

—Esto no se va a quedar así —espetó, dándose media vuelta sin esperar respuesta.

Y se marchó. Con el culo bien apretado, la barbilla alta y las uñas clavadas en la palma de la mano.

Belly seguía paralizada.

Seguía ahí, delante de mí, con los labios hinchados por el beso y los ojos como platos.

Antes de que pudiera decir nada, tiré de su mano hacia la salida.

Lo último que necesitaba después de haber dado el espectáculo era que Belly empezara a preguntar, a enfadarse, a soltar alguna de sus frases ingeniosas en medio del puto salón.

—¿Spencer? —murmuró mientras la arrastraba pasillo abajo, entre camareros con bandejas de champán y fotógrafos que ya apuntaban con sus cámaras como buitres.

—Cállate —dije entre dientes, sin mirarla.

Salimos a la calle como si acabáramos de robar algo.

El chófer nos vio aparecer y abrió la puerta sin hacer preguntas. Se lo agradecí en silencio. Subimos. Cerré. Y solo entonces solté su mano.

—¿Se puede saber qué coño ha sido eso? —estalló Belly, girándose hacia mí—. ¡¿Un beso de emergencia?! ¿¡Una excusa para dejar a tu ex!? ¿¡Una escena improvisada en mitad de un puto evento!?

—Fue lo que necesitábamos en ese momento.

—¡No me metas en tu mierda!

—Ya estabas metida, Belly —dije en voz baja—. Desde el minuto en que grabaste ese vídeo. De hecho, mis problemas con Vivienne son culpa tuya, así que no puedes enfadarte por haberte usado para sacármela de encima.

—Ah, claro. Culpa mía. Porque yo te bajé la bragueta y te puse la polla en la boca, ¿no? —soltó, mirándome con los ojos en llamas

—Si no me hubieras amenazado, no me encontraría en esta situación —gruñí—. No habría tenido que romper con ella de forma tan abrupta. Lo habría hecho poco a poco, para que se fuera desenganchando de mí.

—¿Desenganchando de ti? ¿De verdad te oyes? ¿Qué eres, una droga? ¿Una app premium con prueba gratuita de 7 días?

—Mira, puede que te cueste creerme, pero soy muy bueno en el sexo. Una vez me pruebas, solo quieres más y más. Lo sé. Es una maldita maldición a la vez que uno de mis mejores talentos.

Belly soltó una risa seca.

—Eres un maldito engreído.

—Tampoco sé por qué te quejas tanto. Solo fue un beso.

—¿Solo un beso? Me metiste la lengua hasta la campanilla.

—Bueno, no te vi protestar. De hecho… participaste.

—¡Porque me pillaste por sorpresa!

—Pues para ser por sorpresa, se te dio de puta madre.

Ella me fulminó con la mirada justo cuando el coche giró una esquina y las luces de la ciudad parpadearon tras la ventanilla. Seguíamos en marcha. El chófer, por suerte, parecía sordo. O fingía serlo.

—¿Y ahora qué? —soltó ella, cruzando los brazos—. Todo Manhattan debe pensar que estamos liados.

—Mejor. Así Vivienne me dejará tranquilo… y su marido no sospechará.

—¡Pero esto es un puto desastre! Yo quería aprovechar la noche para dar a conocer Rebelia, no para que piensen que conseguí el puesto de asistenta a base de chupársela a mi jefe.

—Bueno —dije, con una sonrisa torcida—, ciertamente lo conseguiste por una mamada… aunque no la hicieras tú.

Se giró tan rápido hacia mí que casi me lanza el bolso a la cara.

—Eres imbécil.

—Oh, venga, no es para tanto. A la gente le gustan estos escándalos. Es probable que eso haga que tengan incluso más interés por tu firma ahora.

—¿Te estás oyendo, Spencer? —dijo, con la voz cargada de rabia contenida—. ¿De verdad crees que es buena publicidad que parezca que me estoy follando al jefe?

—En este sector todo es publicidad. Si tienes un vestido de escándalo y un morbo alrededor… lo tienes todo.

—Yo no quiero morbo, quiero respeto.

Belly apretó los dientes, se volvió hacia la ventana y murmuró algo que no alcancé a oír. Pero por el tono, no era precisamente un piropo.

El coche seguía avanzando por Park Avenue. Afuera, las luces del tráfico pintaban sombras en su cara.

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena —dije, sin apartar la vista de ella—. En esta industria, los escándalos se olvidan más rápido que una colección de entretiempo.

—A ti te dará igual porque llevas el apellido Callahan —replicó sin mirarme—. Pero yo no tengo un puto imperio detrás que me limpie la imagen cada vez que la cago. A mí me van a juzgar. A mí van a señalar.

—¿Y qué? Que hablen. Cuanto más hablen, más ruido haces. Y en este sector, el silencio es la muerte.

—Pues si eso piensas, ¿por qué accediste a mi chantaje? Que publicara tus vídeos en redes, según tu lógica, te habría hecho trending topic y vendido más trajes, ¿no?

—Una cosa es ser protagonista de un escándalo… y otra muy distinta es hacer un suicidio mediático. Hay líneas que ni yo cruzo.

Ella resopló, pero no dijo nada.

Yo me incliné un poco hacia su lado.

—Por otro lado, deberías calmarte. Iba a proponerte algo que te iba a gustar, pero ahora no sé si te lo mereces.

Me lanzó una mirada rápida.

—¿El qué? ¿Tienes otra brillante idea de marketing que quieras que llevemos a cabo? Podría montarte dentro de este coche, bajar la ventanilla y dejar que todos te vean disfrutando.

Lo dijo cabreada. Con los dientes apretados y el tono de quien quiere herirte, no excitarte.

Pero joder.

La imagen de ella montándome, con ese vestido de Rebelia subido hasta la cintura y sus uñas clavándose en mis hombros… fue suficiente para que se me pusiera dura en menos de tres segundos.

Primero el beso.

Ahora esto.

Mi polla no entendía que estábamos en medio de una pelea.

El chófer carraspeó desde el asiento delantero.

Yo negué con la cabeza, fingiendo estar perfectamente tranquilo.

—Qué creativa estás hoy, Reid —murmuré, sin mirarla—. Pero no se trata de eso. Ya sabes que en dos semanas es el *Milano Fashion Summit*, ¿no? —Ella asintió, desconfiando—. Quiero que vengas.

El *Milano Fashion Summit* era uno de esos eventos exclusivos donde se reunían diseñadores, inversores y directores creativos para cerrar colaboraciones antes de fin de año.

Frunció el ceño.

—¿Perdona?

—Eres mi asistenta personal, ¿no? Sería raro que no lo hicieras. Además —añadí, girando un poco la cabeza hacia ella—, en este tiempo trabajando juntos… debo admitir que he empezado a valorarte más de lo que pensaba.

Ella me miró, entre sorprendida y escéptica.

—¿Eso es tu forma retorcida de decir que soy útil?

—Es mi forma retorcida de decir que no me estorbas tanto como al principio.

—Guau. Qué halago tan conmovedor. Me dan ganas de llorar.

El coche frenó justo frente a su edificio. El chófer bajó el volumen de la radio y se giró como si esperara que alguno dijera algo. No lo hicimos.

Belly soltó el cinturón con un clic seco. Agarró el bolso sin mirarme. Tenía el gesto tenso, la mandíbula apretada, y aun así, joder, seguía viéndose espectacular.

Justo cuando iba a abrir la puerta, me incliné ligeramente hacia ella.

—Nos vemos el lunes en el trabajo a las nueve en punto. Sé puntual y tráeme uno de esos cafés que tanto me gustan. Ah, y disfruta del fin de semana si es que consigues dejar de pensar en mí.

Ella giró la cabeza con lentitud, me atravesó con la mirada… y para mi sorpresa, me levantó el dedo corazón. Despacio. Preciso. Imposible no verlo.

—Que te jodan, Callahan —dijo, antes de girarse con dignidad, alejarse y desaparecer dentro del edificio.

Yo me reí para mí mismo. En voz baja. De ese modo en el que te ríes cuando sabes que te acaban de mandar a la mierda… pero te ha encantado.

Me recosté en el asiento, aún sonriendo.

—Joder… —murmuré—. Qué mujer.

El chófer retomó la marcha sin decir una palabra, como si ya estuviera acostumbrado a escenas de ese tipo.

Yo apoyé la cabeza en el respaldo, dejé que la ciudad se deslizara por la ventanilla, y me llevé la mano a los labios.

El beso seguía ahí.

Como una huella.

Como un maldito recordatorio.

Hacía tiempo que un beso no me hacía sentir… tantas cosas imprevistas.

Imprevistas y… peligrosas.

Demasiado peligrosas.

10

Belly

EL PRECIO DE UNA MENTIRA

A la mañana siguiente, sábado, tocó ir al *atelier*.

Los fines de semana los pasaba allí, entre telas, patrones y cafés fríos olvidados en alguna esquina.

Nada más entrar me encontré a Lennox concentrado en la pantalla de su ordenador. Y no precisamente mirando diseños.

Me acerqué por detrás, curiosa, y leí el titular de la web abierta en su navegador.

¿ROMANCE EN CALLAHAN & BLOOM? SPENCER CALLAHAN Y SU ASISTENTA PERSONAL, CAZADOS EN UN BESO APASIONADO DURANTE UN EVENTO.

—Oh, mierda… —murmuré, sintiendo cómo se me helaba la sangre.

Lennox giró la cabeza hacia mí, con los ojos abiertos de par en par.

—Buenos días, becaria del año. No sabía que te habías pasado oficialmente al club de las portadas.

—No es lo que parece —dije, dejándome caer en la silla más cercana y tapándome la cara con las manos.

—Ajá, claro. Besar a tu jefe en mitad de una gala no es lo que parece.

—Fue una emergencia.

—¿Una emergencia? —repitió, divertido—. ¿Qué, se te incendió la lengua y él la apagó con la suya?

—Cállate, Lennox.

Él hizo el gesto de cerrarse la cremallera y yo me concentré en la foto que salía junto al reportaje.

Se nos veía a los dos entregados al momento.

Parecía que estábamos en mitad de una película romántica, no de un desastre público.

Sus manos en mi cintura, mis dedos en su chaqueta, los labios pegados…

Suspiré, odiando a Spencer una vez más. Llevaba toda la noche insultándolo en silencio por haberme metido en ese berenjenal.

Estaba a punto de contarle a Lennox lo que había ocurrido cuando la puerta del atelier se abrió de golpe.

Clementine entró por ella con cara de pocos amigos y una preocupación máxima.

Había olvidado cerrar la puerta con llave.

Y en su mano… un periódico sensacionalista con la foto de mi beso con Spencer en portada.

—¿Te importa explicarme esto, por favor? —dijo Clementine, levantando el periódico como si fuera un arma—. Porque llevo toda

la mañana esquivando llamadas de periodistas con ansias de sangre.

Por supuesto, todo el mundo sabía que mi hermana era la escritora bestseller del momento.

Reina de las listas de The New York Times, autora de novelas románticas que vendían millones, y casada con Julian Hawthorne, el director de una de las editoriales más potentes de Manhattan.

Vamos, que el apellido Reid-Hawthorne pesaba.

Y yo acababa de convertirlo en sinónimo de escándalo de oficina con lengua incluida.

—No lo planeé, Clem —dije, levantando las manos—. Te juro que no tenía intención de besar a nadie en público.

—¿Ah, no? Pues según esta foto, parecía que estabas bastante comprometida con la causa. —Golpeó el periódico contra la mesa, y la imagen del beso volvió a mirarme, impresa con una nitidez que daba miedo.

—Él me besó a mí —insistí—. Fue por una situación… complicada.

Antes de que Clementine pudiera soltar su sermón, empecé a contárselo todo del tirón, sin respirar casi.

Le dije que Vivienne había aparecido en mitad del evento, con su vestido rojo de portada y esa cara de «vengo a arruinarte la noche». Que quería hablar con Spencer, y que él, al verme cerca, decidió arrastrarme con él como si fuera su guardaespaldas emocional.

También le conté que la modelo no paraba de insistir en que seguían juntos, que no aceptaba que lo suyo había terminado. Y entonces, Spencer, en un ataque de genialidad, soltó delante de ella que estaba conmigo.

Clementine me miró como si acabara de decirle que me había apuntado a un club de mafiosos rusos.

Y claro, lo siguiente que hice fue contarle lo peor: que, como Vivienne no le creía, él decidió «demostrárselo» besándome.

Ahí.

En medio de la sala.

Delante de todo el mundo.

—Dios, no puedo creerlo —murmuró al fin—. Todo esto es culpa tuya, Belly. Nunca debiste chantajear a ese hombre.

Yo bufé.

—El chantaje no tuvo nada que ver con esto, simplemente la situación se salió de control.

—¿Que se salió de control? —repitió, alzando la voz—. Medio Manhattan cree que estás liada con tu superior, Belly. El lunes tengo una entrevista con Vanity Fair, y ya me han advertido que van a aprovechar para preguntarme por esto.

—¿Y qué quieres que haga si Spencer decidió besarme delante de todo el mundo? —dije, alzando las manos—. No puedo rebobinar el momento.

—Podrías haberlo evitado.

—¿Cómo? ¿Teletransportándome fuera del evento?

—Podrías haberte apartado, al menos.

—Sí, claro, Clementine, porque mi cerebro en ese momento estaba tan lúcido que pensé «oh, voy a gestionar este escándalo con

elegancia mientras el hombre más poderoso de la sala me estampa la boca delante de todos.»

—¿Y qué se supone que tengo que decir cuando me pregunten? —replicó ella, con el tono crispado de quien ya se imagina el desastre.

—«Sin comentarios». O «la vida privada de tu hermana no le incumbe a nadie». No sé, Clem, improvisa —dije, pasándome las manos por el pelo.

—Improvisar no funciona cuando tienes a cinco periodistas con grabadoras delante, Belly.

—Pues ensaya una sonrisa y di que estoy feliz y enamorada —contesté, sarcástica—. Así al menos suena a una de esas comedias románticas que escribes.

—Bueno, mirad la parte positiva —dijo Lennox interrumpiéndonos, con esa calma irritante suya—. Gracias al escándalo, el vestido que llevabas en el evento se está vendiendo como rosquillas.

Ambas lo miramos al mismo tiempo.

—¿Qué? —pregunté, frunciendo el ceño.

Él giró la pantalla hacia nosotras.

—Mira. Anoche teníamos tres pedidos del modelo «Shadow Rebel», y ahora hay más de doscientos. Sin contar los mensajes en Instagram de chicas preguntando si pueden conseguirlo antes de Navidad.

Casi me da un infarto.

Me incliné hacia la pantalla, incrédula.

El número de ventas subía en tiempo real.

Uno más. Y otro. Y otro.

—¿Entonces era cierto? ¿Un escándalo mediático se traduce en éxito comercial?

—¿No has leído los comentarios en redes? —dijo Lennox—. Todo el mundo habla de tu vestido, por encima del morreo que te diste con tu jefe.

Le robé el sitio frente al ordenador para poder leer mejor.

Tenía razón.

Todo eran comentarios de mujeres alabando mi outfit, pidiendo el enlace, compartiendo la foto y diciendo cosas como «necesito ese

vestido para mi próxima ruptura» o «la becaria se viste mejor que las modelos».

Al final tendría que darle las gracias a Spencer por la publicidad gratuita.

—Eso ahora no es importante —la voz de Clementine me devolvió a la realidad—. En serio, Belly, ten cuidado con lo que haces.

—¿A qué te refieres?

—Una cosa es fingir tener un lío con Spencer —dijo, mirándome con seriedad— y otra muy distinta es tenerlo de verdad. No sé si me sigues…

—Te sigo perfectamente —respondí, alzando una ceja—. No pienso enamorarme de ese capullo, si es lo que estás insinuando.

—No lo subestimes —añadió ella—. Spencer Callahan no es un tipo cualquiera. Sabe cómo hacerte sentir especial, incluso cuando solo está jugando.

Bufé, cruzándome de brazos.

—Tranquila, Clem. No soy una de sus muñecas de porcelana. Si intenta jugar conmigo, voy a saber mover las piezas mejor que él.

—Eso espero, porque Spencer es uno de los mejores amigos de Julian, y no me gustaría tener que cortarle las pelotas con unas tijeras de podar.

Clementine clavó los ojos en mí, y no pude evitar reírme a medio asta por lo hortera de la imagen mental.

Aunque entendí lo que quería decir.

Y lo respetaba.

Por otro lado, yo no tenía intenciones de liarme con Spencer.

Por mucho que ese beso hubiera sido épico.

Por mucho que lo hubiera recreado más veces de las que me gustaría durante la noche, imaginando cómo habría seguido si no nos rodeara medio Manhattan.

Sacudí la cabeza, intentando borrar la imagen.

Yo tenía un plan, algo mucho más importante que acabar entre las piernas de un hombre, por muy atractivo que fuera.

Rebelia lo era todo para mí.

Mi proyecto, mi oportunidad, mi camino.

Y no pensaba dejar que un beso, ni Spencer Callahan, con toda su arrogancia y sus trajes a medida, se interpusiera entre lo que había venido a conseguir.

11

Spencer

ADVERTENCIAS Y CAFÉ AMARGO

Quedé con Adam el domingo para almorzar.

Los demás no se unieron al plan, por supuesto. Ya tenían planes con sus chicas. A fin de cuentas, solo quedábamos los dos solteros. Los últimos en pie.

El sitio era uno de esos restaurantes minimalistas de Midtown donde todo parece demasiado blanco, el camarero te llama *sir* con acento británico y una copa de vino cuesta lo mismo que una comida completa en cualquier otro lugar.

Adam Sinclair encajaba perfectamente allí.

Traje gris oscuro, camisa blanca sin una arruga, y ese aire de frialdad que ni el vino podía calentar.

Llegó puntual, por supuesto. Adam siempre llega puntual.

Se sentó frente a mí, dejó el móvil sobre la mesa, y me miró con esa expresión suya neutra, imposible de descifrar.

—Así que… la prensa está encantada contigo —dijo, abriendo el menú sin apartar la vista.

Por supuesto tuvo que mencionarlo. En el grupo de mensajería en el que estábamos todos, no habían dejado de burlarse todo el fin de semana sobre eso.

Leo había mandado un meme con mi cara y el texto «Kiss & Bloom.»

Cameron respondió con un vídeo de aplausos lentos.

Julian solo escribió: «Clementine está furiosa. Dice que si mi cuñada sale en otro titular, te va a arrancar los ojos.»

Y Adam, por supuesto, no dijo nada.

Él nunca lo hacía. Prefería guardarse los comentarios para soltar el cuchillo en persona.

—Solo fue un beso. No sé a qué viene tanto revuelo —dije, recogiendo el menú con desgana.

Adam me miró como si le acabara de decir que el Empire State se había convertido en un parque de bolas.

—Te besaste con tu asistenta personal frente a un centenar de personas en un evento público. ¿Solo un beso?

—Ya os lo expliqué —respondí, apoyando los codos sobre la mesa —. Fue lo único que se me ocurrió para deshacerme de Vivienne.

Adam dejó el menú a un lado y se inclinó un poco hacia mí, con esa expresión suya que mezcla juicio y paciencia en proporciones letales.

—Lo único… —repitió despacio—. Porque, claro, entre todas las opciones posibles, besar a una empleada era la más lógica.

—Pues sí —respondí, con total naturalidad—. Vivienne no me deja en paz. Incluso se atrevió a hablarme en un salón lleno de gente, con su marido a pocos metros de distancia. Vivo con miedo de que ese psicópata lo descubra y me arranque la piel a tiras con las manos.

Adam se echó a reír.

—Eso es justo por lo que yo nunca repito con la misma mujer dos noches seguidas —dijo, dándole un trago al vino recién servido—. Prevención emocional. Y física.

—Sí, ya lo sé —repliqué, con una sonrisa torcida—. Tu método antiexplosiones.

—Tú ríete, pero mi método está pensado para evitar complicaciones —replicó Adam, sin inmutarse—. Solo me acuesto con mujeres que conozco en aplicaciones, y siempre me aseguro de no conocerlas de verdad. Nada de cenas, nada de llamadas, nada de segundas rondas. Todo claro desde el principio.

—Ese método es tan frío como tú. ¿Nunca has querido repetir con ninguno de esos ligues?

—Nunca —respondió, sin pestañear—. El sexo es sexo. Un desahogo necesario para el cuerpo, pero sobrevalorado en lo emocional.

—Joder, Sinclair, hablas como si estuvieras describiendo ir al gimnasio —dije, soltando una carcajada.

—Sea como sea, funciona —replicó, con esa calma clínica suya—. Deberías probarlo. Y, sobre todo, mantener alejada tu polla de la

boca de la gente con la que trabajas. Jamás se me ocurriría mezclar negocios con placer.

Suspiré sin decir nada.

Así era Adam: el tipo de persona capaz de separar los sentimientos del sexo como si tuviera un interruptor interno.

Y ojo, que yo también era así. O al menos lo había sido siempre.

Pero lo suyo estaba a otro nivel.

No había grietas. Ni emociones fuera de lugar. Ni resaca emocional después de una noche.

Era un cabrón perfectamente calibrado.

Un robot con traje italiano y libido bajo control.

Yo, en cambio me dejaba llevar con demasiada facilidad. Por eso había terminado así con Vivienne: porque en lugar de dejarlo en una aventura de una noche, había decidido repetir.

Una y otra vez.

Me creí que podía controlarlo, que sabía separar el deseo del desastre.

Y ya ves.

Si eso no era perder el control, no sé qué lo era.

Adam me observó en silencio mientras yo jugaba con el borde de la copa.

No dijo nada, pero su mirada lo decía todo.

Me conocía demasiado bien.

—No te juzgo —murmuró al fin—. Todos tenemos nuestras debilidades. La diferencia es que las mías no salen en los periódicos.

—Gracias por el recordatorio —repliqué, con sarcasmo.

—De nada —dijo, sonriendo apenas—. Supongo que lo de Vivienne fue una lección.

—Sí, una muy cara.

—Entonces ya sabes —añadió Adam, acomodándose en la silla con su calma de cirujano—, aprende la lección y no vuelvas a repetir el error ahora con tu asistenta.

Asentí sin ganas, aunque los dos sabíamos que no lo decía en serio.

Adam vivía en un mundo donde las emociones eran ecuaciones exactas; el mío era un incendio constante.

El camarero se alejó con nuestras copas vacías, y yo me quedé mirando el reflejo del vino que quedaba en el fondo.

Aprende la lección.

Fácil decirlo.

Difícil hacerlo cuando en tu cabeza vuelve una y otra vez la misma imagen: Belly con ese vestido negro, sus labios hinchados por mi culpa, esa forma en la que me miró justo antes de separarse.

Joder.

Si eso era un error, me pregunté por qué coño estaba deseando cometerlo otra vez.

12

Spencer

DESTINO: MILÁN

Miré el reloj por enésima vez. Belly llegaba tarde, y nos llamaban para embarcar en menos de media hora. Lo peor no era el retraso. Lo peor era la puta incertidumbre.

Odiaba esperar.

Estaba en la sala VIP de la terminal internacional del JFK, sentado en un sillón de cuero de la cafetería tomándome un café. A mi alrededor, tipos trajeados y mujeres con bolsos que costaban lo que una matrícula universitaria hojeaba informes, hablaban por teléfono o fingían que no les sudaba todo.

El vuelo a Milán salía a las 09:10, y aunque teníamos prioridad en todo, mi reloj marcaba las 08:34 y Belly no daba señales de vida.

Ya estaba escribiéndole un mensaje cuando la vi entrar.

Paso rápido, gafas de sol, móvil en una mano y trolley en la otra.

Vestía vaqueros ajustados, camiseta blanca corta y una americana negra que le daba un aire más casual que profesional. El pelo recogido en un moño alto, los labios pintados, y esa sonrisa que me daban ganas de estamparle un beso... o de morderle.

—¿Qué parte de «a las ocho y cuarto aquí» no entendiste? —dije en cuanto llegó a mi lado.

—La parte en la que el taxista se mete por el acceso equivocado y me deja en la terminal de carga como si yo fuera una maleta extraviada —respondió ella, sin perder la sonrisa—. He tenido que cruzar medio JFK andando. Si me da un infarto, ya sabes por qué.

—Podrías haber avisado —gruñí.

—Veo que madrugar te sienta fatal. ¿Puedo tomarme un café o también necesitas controlarme la cafeína?

—Haz lo que quieras, pero cuando llamen para embarcar, como no estés lista, te juro que te dejo aquí.

—Uy, qué malhumorado estás hoy. Quizá en lugar de café deberías tomarte una tila —dijo, señalando mi taza.

—La culpa no la tiene el café. Simplemente viajar… me estresa.

—¿Por qué?

—Odio la parte de transición entre salir de aquí y llegar al destino. Tener que controlar horarios, el avión y todo lo que puede salir mal… me provoca ansiedad.

—Eres un yonki del control. Tómate la vida menos en serio o morirás antes de cumplir los cuarenta —me guiñó un ojo—. Voy por mi café.

¿Le miré el culo mientras se alejaba hacia el mostrador de la cafetería?

Sí, lo hice.

¿Y por qué?

Porque estaba ahí. Porque se movía con esa mezcla de descaro y ligereza que solo tienen las mujeres que no piden permiso para

existir. Porque cada vez que se alejaba, me daban ganas de seguirla. Y porque, joder, no soy de piedra y tenía un culo magnífico.

Lástima que no pudiera admirarlo durante mucho tiempo.

—Spencer, qué casualidad —dijo una voz conocida.

Me giré sin entusiasmo.

Vivienne.

Llevaba un vestido beige, gafas oscuras y los labios pintados de rojos como una amenaza.

—Vivienne —dije, con un tono tan plano que ni el suelo del aeropuerto.

—¿Vas a Milán? —Asentí sin entusiasmo—. Yo también. Qué coincidencia. Aunque claro, en nuestro mundo… todo acaba coincidiendo, ¿no?

No respondí. No hacía falta. Porque justo en ese momento, Belly volvió con su café. Me miró, la miró a ella y la vi dudar.

Antes de que se le ocurriera salir corriendo para escapar de la situación, la cogí de la muñeca y tiré de ella hasta sentarla en la butaca de enfrente.

Vivienne no se perdió la escena.

Su expresión se ensombreció nada más verla.

—Vaya, tú también estás aquí —dijo con una sonrisa que olía a pólvora—. Qué adorable coincidencia.

—Sí, el universo es así de generoso —respondió Belly, sentándose sin dejar de mirarla—. ¿Tú también vas a Milán?

—Me invitaron al Milano Fashion Summit, supongo que es ahí donde vais. Uno de los participantes quiere que desfile en la presentación de su colección —dijo Vivienne, como quien menciona que va a recoger un premio Nobel.

—Qué suerte tienen algunas —respondió Belly, apoyando el codo en el reposabrazos, sin apartar la vista.

—Unas más que otras, ¿no? Imagino que acostarte con el jefe debe haberte abierto unas cuantas puertas.

Vi cómo a Belly se le tensaba la mandíbula. Pero no se inmutó.

—Bueno, tú dirás. Aquí la que tiene el máster en sexo oportunista eres tú —soltó, sin pestañear—. Yo aún no me he arrodillado en el trabajo.

Vale. Ya.

—Basta —dije, mirando a Vivienne más que a Belly—. No tengo intención de empezar este viaje con una guerra. No es el lugar ni el momento.

Vivienne resopló. Me miró con irritación, se recolocó el bolso en el hombro y se alisó el vestido como si se estuviera sacudiendo el polvo de la dignidad.

—Nos vemos en Milán —dijo, sin dirigirse a nadie en particular. Ni falta que hacía.

Cuando desapareció entre la gente, me volví hacia Belly.

—¿A qué ha venido esa pelea de gatas?

—Ella empezó —respondió Belly, encogiéndose de hombros

—Pues te pediría por favor que la próxima vez no le sigas el juego. Vivienne no es el tipo de persona con la que debas enemistarte.

—Un poco tarde para eso, ¿no? Teniendo en cuenta que ya me odia… por tu culpa.

—Sea como sea, que nos la hayamos encontrado aquí cambia las cosas. En Milán tendremos que ser precavidos.

—¿Precavidos?

—Sí. Ya sabes, con nuestra historia de amor falsa.

—¿Eso significa que vas a volver a darme un beso de tornillo sin consultar antes?

La miré. Su ceño estaba fruncido, aunque me pareció ver cierto brillo de provocación en sus ojos.

—Depende, ¿quieres que lo haga?

Belly frunció aún más el ceño.

—De eso nada, aún sigo traumatizada por el que me diste el otro día. Preferiría no repetir la experiencia, gracias.

—Pues para haberte traumatizado, parecías disfrutarlo.

Iba a responder, pero entonces sonó la megafonía:

—Atención, pasajeros del vuelo 614 con destino a Milán. El embarque para la clase Business y pasajeros prioritarios comienza en este momento por la puerta 4.

Belly se levantó sin mirarme, cogió su trolley y echó a andar con toda la calma del mundo. La seguí, consciente de que tenía por delante un vuelo de ocho horas junto a una provocación con moño alto, lengua afilada y cero intención de hacérmelo fácil.

***

Ocho horas de vuelo después, trayecto en taxi de por medio, llegamos al hotel.

Al final el vuelo se pasó bastante rápido, ya que Belly había insistido en que viera con ella una serie que tenía descargada en su iPad.

Yo nunca he sido mucho de series, y eso le dije, claro. Pero diez minutos después de empezar el primer capítulo, ya estaba enganchado.

No por la trama.

Ni por los personajes.

Sino porque verla reír, comentar escenas en susurros y lanzarme miradas cómplices como si estuviéramos haciendo algo prohibido, era más adictivo que cualquier guion.

Cuando quise darme cuenta, llevábamos tres capítulos, dos cafés, y ella se había quedado dormida con la cabeza apoyada en mi hombro.

No dije nada.

No me moví.

Y no sé en qué momento exacto me sorprendí deseando que el vuelo no acabara tan pronto.

Ahora, frente al hotel de cinco estrellas en pleno centro de Milán, con la ciudad vibrando al otro lado del cristal, Belly bajó del taxi antes que yo y estiró los brazos como si acabara de despertar de una siesta en su cama, no de cruzar medio continente.

—Vale, reconozco que no ha sido tan terrible —dijo, mirando hacia el edificio—. Aún tengo circulación en las piernas y no he querido matarte más de una vez. Progreso.

—Gracias por tu generosa tolerancia.

Entramos en el lobby del hotel, con las maletas rodando sobre el mármol pulido y ese olor a caro que solo tienen los sitios donde todo está diseñado para hacerte sentir importante.

Belly no dejaba de mirar hacia el techo acristalado ni de señalar mentalmente cada rincón que querría postear en sus redes. Yo solo quería registrarnos, ducharme y quitarme de encima el cansancio que ni el café del avión había conseguido apagar.

Nos acercamos al mostrador y pedimos nuestras habitaciones. Mientras la recepcionista revisaba el registro, sentí un perfume familiar demasiado cerca... Uno que ya tenía grabado en la memoria como advertencia.

¿Vivienne? ¿Otra vez?

—Vaya, qué casualidad encontrarte aquí también.

Me giré lentamente. Ahí estaba.

—Qué pesada la casualidad —murmuré.

En ese momento, la recepcionista levantó la vista de la pantalla.

—Sí, señor Callahan, tenemos dos habitaciones a su nombre. Planta seis, suites comunicadas.

Vivienne arqueó una ceja. No dijo nada, pero la mirada que le lanzó a Belly fue suficiente para que el aire del lobby se congelara dos grados.

Mierda. ¿En serio? ¿De todos los hoteles de Milán teníamos que coincidir en el mismo?

No me quedó más remedio que actuar.

—Perdone —dije, girándome hacia la recepcionista antes de que entregara las tarjetas—. Ha debido de haber un error. Solo necesitamos una habitación. Una suite doble.

Belly se giró tan bruscamente que casi me golpea con el bolso.

—¿Qué haces?

No la miré. Mantuve la vista en la recepcionista, que ahora dudaba entre teclear o llamar a seguridad.

—Una habitación, gracias. Ya sabe, cosas de pareja —añadí, con una media sonrisa ensayada que no me creía ni yo.

Visiblemente confusa, la recepcionista tecleó en el ordenador y luego farfulló algo en italiano antes de volver a hablar en inglés con acento marcado.

—Suite 708. Piso siete. Ya está todo ajustado, señor Callahan.

Belly me lanzó una mirada que decía *te has vuelto completamente gilipollas*, pero no dijo nada.

Y entonces, como si el universo necesitara rematar el chiste, la voz de Vivienne volvió a sonar a nuestras espaldas.

—Qué curioso… Yo estoy en la 707. Una puerta de distancia. Otra bonita casualidad.

Belly se quedó helada. Yo también, aunque no lo dejé ver.

Vivienne nos sonrió como quien se despide de una pareja feliz antes de empujarla por las escaleras.

—¿Nos vemos por el pasillo? —añadió, y se alejó con el sonido afilado de sus tacones marcando cada paso.

Cuando desapareció, Belly se giró hacia mí con los brazos cruzados.

—¿Se supone que ahora tenemos que compartir habitación?

—¿Qué quieres que le haga? No estaba en mis planes que Vivienne apareciera aquí también.

—¿Seguro? Porque empiezo a pensar que estáis sincronizados por GPS.

—Tampoco es para tanto —dije, arrastrando mi maleta hasta el ascensor—. Estas suites son enormes, seguro que hay espacio de sobra para que podamos dormir los dos sin tener que matarnos.

Ella me lanzó una mirada que pretendía decir ¿seguro?, y yo me limité a mostrarme fuerte, porque no, desde luego compartir suite con Belly Reid no estaba en mis jodidos planes.

¿Pero qué podía hacer yo si el destino había resultado ser tan cabrón como para colocarme en la habitación contigua a Vivienne?

Nada.

Solo aguantar el tipo.

Y no perder la cabeza en el intento.

13

Belly

SUITE COMPARTIDA

Cuando la puerta del ático se abrió, solté el aire sin darme cuenta de que llevaba varios segundos conteniéndolo.

Vale, Spencer tenía razón.

La suite era *enorme*.

Un salón de techos altos, con ventanales que daban a una vista panorámica del Duomo iluminado. En el centro, un sofá de terciopelo gris tan grande que podías perderte en él, una mesa de comedor de mármol con cuatro sillas tapizadas y, al fondo, una puerta doble que debía conducir al dormitorio principal.

No era una habitación de hotel. Era un apartamento de lujo suspendido sobre la ciudad.

—Bueno… —murmuré, soltando la maleta y girando sobre mí misma—, me esperaba algo mucho peor.

—¿Temías encontrar una cama individual y una bombilla parpadeante? Esto es un hotel de cinco estrellas, no un hostal de mochileros.

Me dejé caer en el sofá, hundiéndome en los cojines mullidos.

—Pues yo me quedo con el sofá —dije, estirando las piernas—. Es tan cómodo que no pienso moverme de aquí.

—¿Con el sofá? —repitió, arqueando una ceja—. ¿Por qué no dormir en la cama? Podemos compartirla.

—Porque tengo sentido común. No pienso dormir contigo.

—No veo el problema —respondió él con calma, avanzando un paso—. Prometo quedarme en mi lado. Y, si me acerco demasiado, siempre puedes echarme.

Solté una risa nerviosa, tumbándome en el sofá para demostrar lo maravilloso que era. Porque lo era.

—Gracias, pero no. Prefiero dormir aquí —dije, acomodando la cabeza en el respaldo.

No era que no confiara en él.

Era que no confiaba en mí.

Él me sostuvo la mirada un par de segundos más, en silencio, y luego simplemente se dio la vuelta. Sin discutir. Sin insistir.

Desapareció detrás de las puertas del dormitorio, dejando tras de sí el eco suave de sus pasos y ese perfume caro que parecía invadirlo todo.

Suspiré.

Compartir suite con Spencer Callahan no tenía por qué ser un problema.

Era solo trabajo. Un viaje. Una habitación.

Y, sin embargo, tumbada en aquel sofá gigantesco, no podía evitar preguntarme por qué sentía que sí lo era.

***

La noche fue una mierda.

Dormí poco.

Y no fue culpa del sofá, que era tan cómodo y enorme que podrías hacer yoga, si te diera por eso.

Fue culpa de Spencer.

De saber que estaba al otro lado de la puerta.

Cada vez que cerraba los ojos, lo imaginaba cruzándola.

Descalzo. En silencio. Con esa mirada suya de «sé exactamente lo que estoy a punto de hacerte».

En unas escenas me follaba en el sofá.

En otras, contra la pared o sobre la mesita de té.

En algunas, simplemente me abría las piernas y me comía como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Y en otras… bueno, yo le devolvía el favor. De rodillas. Con la boca. Con hambre.

Un desastre.

Literal.

Y seguro que la culpa de aquello era por el beso ficticio que me dio el otro día, que había activado en mí algo que no tendría que estar ahí.

Porque despertarme sudando en medio de la noche con las bragas empapadas por culpa de un capullo con más ego que neuronas activas no es precisamente el sueño americano.

Tampoco lo era verle salir del dormitorio a las ocho de la mañana, con el pelo revuelto y solo un pantalón de chándal bajo la cadera.

Sin camiseta.

Sin vergüenza.

Y con esa puñetera sonrisa suya como si supiera todo lo que había soñado.

—Buenos días —dijo, rascándose el pecho con un bostezo lento —. ¿Has dormido bien?

—Perfecto —mentí, apartando la mirada antes de que se me cayera la baba—. Dormir en un sofá siempre ha sido mi fantasía.

—Ajá, ¿por eso gemías en sueños ayer?

—¿Qué? ¡Yo no gemí en sueños!

—Oh, sí lo hiciste. Te escuché a través de la puerta cerrada. Debió de ser muy interesante para colarse entre las paredes.

Me atraganté con mi propio aire.

—Te lo estás inventando.

—¿Ah, sí? Entonces por qué susurrabas mi nombre, ¿eh?

—¿Perdona? Eso sí que es mentira.

—¿Seguro? Porque sonaba a «Spencer… así… más…» —repitió él, con una imitación absurda y cara de capullo profesional.

—Te juro que si me vuelves a decir una sola palabra sobre eso, voy a asfixiarte con este cojín —amenacé, señalando el más gordo del sofá.

Sonrió. Tranquilo. Chulito.

—Ya. Pero reconócelo, Reid. Soñaste conmigo.

—Estaba soñando con matarte. En diferentes escenarios. Algunos incluyen un descuartizamiento lento.

—¿Y en alguno salía desnudo?

Le lancé el cojín. No lo esquivó.

Solo se rio mientras lo recogía del suelo, tan fresco como siempre.

—Vístete, anda —dijo, apoyándose en el marco de la puerta con ese tono suyo de jefe que manda aunque no lo parezca—. Bajamos a desayunar y a las diez tenemos que estar en el Salón Galleria. Tenemos presentación con los inversores japoneses. No quiero llegar tarde ni verte bostezando delante de un tío que puede soltar cinco millones solo por educación.

—¿Y tú vas a bajar así, medio en pelotas? —pregunté, señalando su torso con toda la intención.

—No. Pero si te gusta lo que ves, puedo quedarme así un rato más.

—Callahan…

—Reid…

Nos quedamos un segundo en silencio.

Yo, sentada en el sofá con el pelo hecho un desastre.

Él, medio desnudo y tan tranquilo como si no me hubiera pillado gritando su nombre de madrugada.

—Dúchate —dijo al final, dándose la vuelta—. Pero no tardes, princesa. Aquí los japoneses no esperan. Y mi paciencia tampoco.

***

La mañana fue un torbellino imparable.

Primero, la presentación con los inversores japoneses en el Salón Galleria, donde todo era elegancia, sonrisas medidas y reverencias. Spencer estuvo impecable. Yo, nerviosa pero aguantando el tipo. Y los japoneses… fríos como mármol, pero con ojos que lo escaneaban todo.

Después de eso, una ronda de preguntas donde yo básicamente me dediqué a tomar notas y fingir que no me sudaban las manos.

Spencer se movía como pez en el agua. Tranquilo y firme. Hubo un momento en el que uno de los directivos le pidió repetir una frase y el traductor no hizo falta: lo dijo en japonés fluido.

¿Spencer hablaba japonés? ¿Es que aquel hombre lo hacía todo bien?

Porque entre el acento perfecto, el traje sin una arruga y la forma en que manejaba los silencios, parecía una maldita campaña de marketing con patas. Yo solo pensaba en lo injusto que era que alguien así existiera.

Pero claro, la tranquilidad duró poco.

Porque Vivienne apareció a la hora del almuerzo.

Vestido blanco. Gafas enormes. Sonrisa falsa.

Y ese andar suyo de «estoy por encima de todos aunque tenga el alma podrida».

Coincidimos en el mismo restaurante del recinto. Ella iba con su equipo, pero no dejaba de girarse cada vez que Spencer abría la boca.

Cada maldito movimiento que hacíamos era observado como si estuviéramos sobre una pasarela invisible.

—Nos está mirando —murmuré mientras cortaba mi ensalada sin apetito.

—Déjala —respondió Spencer sin mirarla—. Le encanta pensar que todavía tiene poder.

—¿Y no lo tiene?

—Solo si le das importancia.

Levanté la vista, lo observé. Tranquilo, sereno… pero con ese músculo en la mandíbula marcándose cada vez que notaba su mirada en la nuca.

Sí, claro. Muy zen todo.

Terminamos de comer bajo su radar invisible, sin decir nada más, y seguimos la jornada con la visita al showroom de Ferrari Studio, donde el equipo creativo de Callahan & Bloom tenía una presentación privada con los diseñadores italianos que colaboraban en la colección cápsula de otoño.

Todo era vidrio, mármol y poses estudiadas.

Modelos imposibles caminaban con ropa que parecía haber salido de un sueño muy caro y con costuras perfectamente alineadas.

Yo tomaba notas, hacía fotos, organizaba muestras y trataba de mantener la cara de «estoy encantada de estar aquí» mientras me dolían los pies, el cuello y las ganas de vivir.

A eso de las cinco, cuando ya no me sentía los dedos, uno de los diseñadores italianos, un tal Luca, joven, guapo y con sonrisa de pasta de dientes, se acercó a mí para preguntarme si era diseñadora también.

—Estoy lanzando mi propia firma —respondí con una sonrisa educada.

—Se nota. Tienes ojo —dijo, bajando la mirada a mi conjunto. Una americana negra de hombros marcados y un pantalón de pinzas oversize de Rebelia.

Le di mi tarjeta.

Spencer lo vio todo desde el otro lado de la sala.

No dijo nada.

Pero cuando me acerqué después para comentarle que ya estaba todo listo para volver al hotel, me soltó en voz baja:

—¿Estás aquí para trabajar o para ligar con diseñadores italianos?

—¿Celoso?

—No. Solo quiero asegurarme de que no te despistas.

—Tranquilo, jefe. No me despisto. Solo multiplico oportunidades —respondí, y me di la vuelta antes de que soltara alguna de sus frases de alfa molesto.

***

A eso de las once, cuando ya nos disponíamos a volver a nuestra habitación con el alma cansada de un día eterno, tuvimos la mala suerte de coincidir, otra vez, con Vivienne.

No me lo podía creer.

De verdad.

¿Era Milán o una maldita sitcom donde la ex loca aparece cada vez que uno intenta respirar? En el ascensor, por supuesto. Porque al universo le encanta verme sufrir.

Spencer y yo entramos en silencio, medio muertos, listos para subir a la suite y quitarnos el día de encima. Las puertas se cerraron. Respiré.

Y justo cuando iba a apoyar la cabeza en la pared, alguien metió la mano entre las puertas en el último segundo.

Era ella.

Vivienne Blake.

—Vaya —dijo, sonriendo encantada—. Qué coincidencia.

Spencer no contestó.

Tampoco yo.

Pero ella, por supuesto, no estaba de humor para silencios incómodos.

—Parece que el destino no hace más que ponernos en el mismo sitio, ¿no?

—O igual es que te sabes el horario de todo el puto hotel —murmuré sin mirarla.

—Ay, querida —respondió ella, como si me hablara desde un pedestal invisible—. No me des tanto crédito. Solo estoy donde

tengo que estar. Lo que pasa es que vosotros también estáis en todas partes.

Miró a Spencer, que seguía sin decir ni una palabra. Solo apretaba los dientes.

—Por cierto —añadió con una sonrisa ladeada, como quien comenta algo sin importancia—, ayer no se oyó nada desde vuestra habitación.

Me giré hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Y eso a ti qué más te da?

—Nada —respondió, alzando una ceja—. Solo me pareció… curioso. Quiero decir, con lo fogoso que es Spencer, me sorprendió no escuchar ni un gemidito. Y mira que yo lo conozco bien. Cuando está con una mujer, lo da todo. Una vez rompimos una cama. Y el servicio de habitaciones tuvo que subir otra en plena madrugada.

Y justo ahí, Spencer habló. Por fin.

—Ayer estábamos cansados —dijo, tranquilo, pero con los ojos encendidos—. Fue un día largo. Pero no te preocupes, Vivienne… Tenemos pensado recuperar el tiempo perdido esta noche.

Las puertas del ascensor se abrieron justo en ese momento. Y sin darme tiempo a reaccionar, Spencer me agarró del codo y me sacó de ahí.

Ni una palabra más.

Solo el eco de sus pasos decididos, mi taconeo a rastras y la sonrisa congelada de Vivienne en la nuca.

Entramos en la suite.

Cerró la puerta de golpe.

Yo me solté de su mano, aún procesando todo.

—¿Pero qué ha sido eso?

Se giró. Serio. Muy serio.

—Vamos a tener que hacerlo.

—¿El qué?

—Ruido —dijo él, sin parpadear—. Fingir que estamos follando. Si no, no nos va a dejar en paz.

Me quedé quieta. Ni respiré.

—¿Estás de coña?

—¿Tú la has oído? No va a parar hasta que piense que estamos follando como locos en esta habitación.

—¿Y tú quieres darle el gusto?

—Quiero que se calle. Y si eso implica que crea que estoy empotrándote contra el cabezal de la cama… pues que lo crea.

Nos miramos.

Largos segundos.

Yo con la boca entreabierta.

Él con la mandíbula apretada.

Y esa tensión flotando en el aire. Caliente. Pegajosa.

—Vale… ¿y cómo lo hacemos?

Spencer no pestañeó.

—Tú gimes. Yo golpeo la pared. Y en tres minutos Vivienne estará con la cara retorcida y los celos saliéndole por las orejas.

Me quedé quieta, dudando.

Era absurdo.

Era ridículo.

Y, aun así… el solo hecho de imaginarlo ya me tenía el pulso a mil.

—Vale —dije al fin, tragando saliva—. Vamos a hacerlo.

14

Belly

LA FARSA PERFECTA (O CASI)

Entramos en la habitación y cerró la puerta de un portazo.

Se giró hacia mí con esa mirada suya de tengo un plan y vas a odiarlo.

—Vale —dijo en voz baja, como si estuviéramos tramando un atraco—. Es hora del espectáculo. Tú te tumbas en la cama y finges que te estoy haciendo ver las estrellas. Yo empujaré la cama contra la pared para que haya ruido. Fácil.

—Esto es una locura.

—Esto es lo que hay —respondió, con total seriedad—. Cuanto más creíble, mejor.

Rodé los ojos, pero me quité los tacones, subí a la cama y me tumbé con una mano sobre la frente como si estuviera en un drama de época.

—Venga —dije, conteniendo la risa—. Haz lo tuyo.

Spencer empujó la cama con fuerza contra la pared. Sonó un golpe seco.

Yo solté un gemido.

Más o menos.

—Ahhh… Sí… Spencer… más…

Él se quedó quieto.

—¿Qué coño es eso?

—¿Qué?

—Eso. Ese sonido. ¿Estás gimiendo o imitando a un gato atropellado?

—¡Oye!

—No, en serio —dijo, aguantándose la risa—. Parece que te estás quejando porque te ha dado un calambre. No estás disfrutando, estás sufriendo.

Bufé, indignada. Volví a tumbarme, esta vez más centrada. Me aclaré la garganta como si fuera a cantar en un musical y me puse en modo vamos a fingir que me estás follando como dios manda.

Spencer empujó la cama con fuerza contra la pared.

Yo gemí.

—Ahhh… sí… oh, Spencer… joder… sigue… —dije, con dramatismo.

Otro empujón.

—Sí… así… no pares…

Otro golpe.

—Oh, Dios… ¡sí, ahí… ahí! Mmm…

Y entonces se detuvo.

Lo miré y él estaba mirándome desde el borde de la cama, con los brazos cruzados y la expresión seria. Muy seria.

—¿Qué? —pregunté, incorporándome un poco.

—De verdad, Reid… ¿eso es lo mejor que sabes hacer?

—¿Perdona?

—No me creo que suenes así cuando te lo estás pasando bien de verdad.

—¿Y tú qué sabes cómo sueno?

—Ayer por la noche, en sueños, no parecías una actriz porno con alergia.

—Eres imbécil.

—Y tú no te estás esforzando —añadió, sin moverse—. Vamos, Reid. Dame algo que me convenza. O Vivienne no se lo tragará.

Bufé otra vez, cerrando los ojos y respirando hondo.

Vale. Una más.

Intenté imaginar cómo sería hacerlo. Cómo se sentiría tener a Spencer Callahan encima. Dentro. Empujando con ese cuerpo perfecto y esa boca sucia.

Vamos. Visualiza. Visualiza.

—Ah… sí… —gemí, intentando meterme en el papel—. Más… joder, así… no pares…

Pero no colaba. No me lo creía ni yo.

Abrí los ojos y Spencer seguía ahí, mirándome, sin decir nada, pero con la mandíbula tan apretada que parecía a punto de reventar.

Se acercó despacio.

Se paró al borde de la cama y yo no me moví.

Y entonces, su voz bajó, firme, directa al centro de gravedad de mis bragas.

—Si no eres capaz de fingir como Dios manda… voy a tener que enseñarte cómo suenas de verdad.

Mi corazón se detuvo medio segundo. Y luego arrancó. A mil.

—¿Qué?

—Eso. Que a este paso voy a tener que arrancarte los gemidos de verdad. Para que aprendas.

Se sentó en el colchón, lento, sin apartar los ojos de los míos, sin una sonrisa, sin una broma.

—Vamos, Reid —susurró—. Inténtalo de nuevo. —Su voz me rozó la boca—. Si no me convences no me dejarás más opción que actuar en consecuencia.

Tragué saliva despacio, sin dejar de mirarlo, y gemí, un sonido débil, torpe, patético.

Fue un intento tan ridículo que hasta a mí me dio vergüenza. Y sus ojos se oscurecieron. Como si algo se le encendiera por dentro.

—¿Esta es tu forma de invitarme a que lo haga? —preguntó él, en voz baja.

No respondí.

Y segundos después, como si mi silencio fuera una afirmación, se inclinó sobre mí y cubrió mis labios con los suyos.

Su lengua invadió mi boca al instante, sin pedir permiso, sin darle espacio a la duda, como si ya supiera que lo iba a permitir… como si llevara tiempo esperando hacerlo.

Y yo lo recibí sin resistencia, con hambre, con ganas, con una necesidad tan real que me dolía en los huesos.

Su lengua se enredó con la mía en un beso sucio, profundo, caliente. Nada dulce. Nada suave.

Era deseo en estado puro, empujando, chocando, reclamando espacio dentro de mi boca como si fuera suya.

Me mordió el labio. Le devolví el mordisco. Y entonces él gruñó, como si yo acabara de encenderle algo que llevaba tiempo conteniéndose.

Empezó a descender por mi cuerpo, lento, decidido, dejando una línea de besos calientes por encima de la ropa.

Pasó por mi cuello, mi clavícula, el centro de mi pecho, sin prisa, como si disfrutara del camino más que del destino.

Cuando llegó a mi pubis, lo besó por encima de la ropa como si fuera un altar.

Y entonces, sin mirarme, sin preguntar, me bajó los pantalones. Despacio. Hasta dejarme completamente expuesta a su boca, a su intención, a todo lo que venía después.

Con un movimiento ágil me bajó también las bragas y segundos después ya lo tenía entre las piernas, con su lengua cruzando mis pliegues y arrancándome un gemido al acariciar mi clítoris.

Y esta vez el gemido sonó de verdad.

Nada fingido.

Nada actuado.

Solo placer. Crudo. Incontrolable.

Y él lo supo. Porque gruñó contra mí, con la boca todavía ahí, como si ese sonido fuera su maldita recompensa.

Su lengua empezó a moverse con más intención.

Dibujaba círculos lentos sobre mi clítoris, y luego cambiaba el ritmo, el ángulo, el todo. Como si conociera mi cuerpo mejor que yo. Como si supiera exactamente qué hacer para volverme loca.

Metí los dedos en su pelo, sin pensar, tirando un poco. No podía evitarlo. Me estaba haciendo perder el control.

—Joder, Spencer… —grité, con la voz rota.

Él gruñó otra vez, y ese sonido me vibró directo en el sexo.

Y justo cuando creía que no podía más, que el orgasmo estaba ahí, a punto de romperme en dos, metió un dedo dentro. Luego otro.

Y me corrí.

Me corrí con un gemido que ni siquiera reconocí como mío, con la espalda arqueada, el corazón saliéndoseme por la boca y las piernas temblando.

Me quedé unos segundos así, sin aire, sin habla, sin saber ni en qué día vivía.

—Eso —dijo mirándome desde abajo con una sonrisa torcida—. Así suenas de verdad.

Hice ademán de incorporarme, todavía medio ida, pero él me empujó suavemente por la cadera.

—Ni se te ocurra moverte —dijo, firme—. Te has corrido demasiado rápido.

—¿Perdona?

—Si Vivienne está escuchando, esto tiene que durar más. Así no cuela.

Y sin darme opción, volvió a colocarse entre mis piernas.

—Spencer…

Pero ya tenía la lengua sobre mí otra vez. Despacio. Muy despacio. Como si me estuviera lamiendo solo para provocarme.

—No creo que pueda —susurré, con la voz entrecortada—. Estoy demasiado sensible.

—Me da igual —respondió él, sin levantar la cabeza—. Voy a hacer que puedas.

Su lengua se deslizó por mi clítoris con una suavidad casi cruel. Y sí, me estremecí. Porque dolía un poco. Pero también encendía algo. Como si mi cuerpo estuviera confundido, intentando decidir si quería escapar o correrse otra vez.

Entonces succionó. Despacio. Con fuerza medida. Justo ahí.

Y mi espalda se volvió a arquear.

—Spencer… joder…

Él sonrió contra mi piel.

Y supe que no iba a salir viva de esta.

Su lengua siguió, firme, constante, como si conociera cada reacción de mi cuerpo. Como si estuviera leyendo mi maldita mente.

No era solo sexo.

Era castigo.

—No… —murmuré, con los dedos aferrados a las sábanas—. No puedo…

Pero él no paró.

Y la maldita presión volvió. Esa que se forma lento, como una ola. Pequeña al principio. Y luego, de golpe, gigante.

Sus dedos se deslizaron dentro otra vez, despacio, mientras su lengua seguía ahí, con esa maldita precisión.

—Mierda… —gemí, perdiendo la noción del tiempo, del lugar, de todo—. Me vas a matar…

—No —susurró contra mí—. Te voy a hacer gritar de verdad.

Y lo hizo.

Me apretó justo ahí, con los dedos dentro y la lengua lamiéndome con tanta suavidad que dolía y excitaba al mismo tiempo.

Y entonces el orgasmo me arrasó.

Gemí. Grité. Me agarré a su cabeza como si me estuviera cayendo al vacío. Las piernas me temblaban, el cuerpo entero me

ardía, y cada músculo se me contrajo como si mi alma se estuviera saliendo del cuerpo.

Me corrí otra vez. Más fuerte. Más largo.

Y cuando creía que iba a desmayarme, él levantó la cabeza, con la boca húmeda, los ojos oscuros, y esa sonrisa suya de «ahora sí».

—Ya está —susurré, jadeando, con los ojos cerrados—. Ya puedes parar. A estas alturas ya no creo que siga dudando.

Pensé que se apartaría.

Pero no.

Sus manos volvieron a sujetarme de las caderas, firmes.
Y antes de que pudiera abrir los ojos, ya tenía la boca sobre mí otra vez.

—Spencer… —murmuré, sin fuerza—. No puedo más…

—Sí que puedes —dijo contra mi piel—. Y voy a demostrártelo.

Y me lo demostró.

Con la lengua. Con los dedos. Con esa maldita boca que parecía hecha solo para romperme desde dentro.

Me hizo gemir otra vez.

Me hizo gritar.

Me hizo rogarle.

Esa noche me corrí tantas veces que perdí la cuenta.

Tantas que me quedé sin voz.

Tantas que acabé temblando en sus brazos, sin energía ni para moverme.

Esa noche, con Spencer Callahan entre mis piernas, tuve más orgasmos que en toda mi jodida vida.

15

Spencer

LO QUE SUENA DE VERDAD

Belly estaba dormida.

Despatarrada en mi cama, medio tapada con la sábana, el pelo revuelto, las mejillas todavía encendidas.

Y joder… no podía dejar de mirarla.

No era que se viera sexy dormida. Que también.

Era otra cosa.

Era la puta sensación de victoria en mi pecho. Como si me acabara de pasar un videojuego en nivel legendario.

Nunca me había sentido así después de follar. Aunque, bueno, *técnicamente* no follamos. Pero fue mucho más que eso.

Mucho más sucio.

Y mucho mejor.

Apoyé la espalda en la cabecera, con las manos detrás de la cabeza, y solté el aire despacio.

La habitación olía a sexo. A piel. A ella.

Todavía podía saborearla en mi boca.

Y lo peor era que no me sentía culpable. Ni incómodo. Ni con esa urgencia de vestirme e irme que me entraba siempre con otras.

Con ella no.

Con ella quería quedarme.

¿Desde cuándo me pasa eso?, me pregunté. *Desde nunca, idiota.*

La miré otra vez.

Tenía el cuerpo completamente relajado, como si se le hubiera apagado el sistema por sobrecarga.

Y es que me aseguré de dejarla sin batería.

Me la comí como si fuera lo último que iba a probar en esta vida.

Y cada maldito segundo valió la pena.

El sabor. Los sonidos. Las reacciones.

Cómo se agarraba a las sábanas. Cómo me decía *joder, Spencer, no pares* con la voz rota.

Cómo se corría. Joder…

Tuve que cerrar los ojos un segundo porque solo de pensarlo se me volvió a poner dura.

Tranquilo, campeón. Ya la has dejado KO.

Pero eso no era lo que me tenía dándole vueltas a la cabeza.

Era otra cosa.

Era lo *mucho* que me gustó hacerlo.

No solo porque estuviera buena. Era porque era ella.

Belly Reid.

La chica que me llevaba sacando de quicio desde que entró en mi despacho con ese maldito chantaje.

La chica impertinente que nunca sabía cerrar la boca.

Y ahora la tenía desnuda en mi cama.

Con la piel llena de mis besos.

Con las piernas temblando por mi culpa.

Y sí. Me sentí como un puto Dios. Pero también… raro.

Como si esto no hubiera sido solo parte del plan.

Como si, en lugar de hacerlo para engañar a Vivienne, nos hubiéramos olvidado de que había un plan en primer lugar.

¿Y si…?

¿Y si esto lo cambia todo?

Me pasé una mano por la cara, intentando centrarme.

No pensaba enamorarme de Belly Reid.

No era parte del trato.

No era parte de *mi* plan.

Pero ahí estaba. Dormida. Tranquila. Inofensiva por una vez.

Y yo la quería volver a tocarla.

Otra vez. Y otra. Y otra.

No por el espectáculo.

Ni por Vivienne.

Sino por mí.

Porque me había encantado hacerle eso.

Y porque sabía que a ella también.

Apagué la lámpara de mi mesilla y me acomodé a su lado, todavía con la cabeza dando vueltas.

16

Belly

EL SILENCIO DESPUÉS DEL PLACER

Abrí los ojos con una sonrisa de satisfacción en los labios.

Dios… hacía tiempo que no dormía tan bien.

La luz de la mañana se colaba por los ventanales, cálida, suave, perfecta. Estiré las piernas, notando el leve dolor entre ellas y… sonreí otra vez. Vale, puede que no me hubiera follado a Spencer Callahan en sentido estricto, pero lo de anoche había sido lo más cerca que había estado de ver a Dios con la lengua.

Me giré, aún medio dormida, buscando su cuerpo.

Pero no estaba.

La cama estaba vacía.

Fruncí el ceño, despacio, como quien no quiere admitir que la magia se ha evaporado. Me incorporé, me pasé una mano por el pelo revuelto y miré el móvil. Tenía un mensaje suyo.

SPENCER

Me han llamado para una reunión urgente a primera hora. Nada importante. No hacía falta que vinieras. Te espero a las 9:30 en el Museo del Diseño para la presentación privada. Llega puntual.

Parpadeé un par de veces, procesando.

Ni una sola mención a lo que había sucedido anoche.

Me mordí el labio, preguntándome si para él aquello no había significado nada. Porque vale, todo había empezado como una excusa para engañar a Vivienne, pero después de correrme por cuarta vez… yo ya no estaba fingiendo.

No sé en qué momento dejamos de actuar, pero sé perfectamente cuándo empecé a desear que no se acabara.

Y ahora… ni una mención. Ni un *«¿cómo estás?»*, ni un «*¿te ha quedado voz después de gritar mi nombre toda la noche?»*. Nada.

Solo un lugar, una hora y una orden.

Joder.

Resoplé, me levanté de la cama y fui directa a la ducha, todavía con la sensación de su boca entre las piernas y un nudo en el estómago que no sabía si era rabia, decepción… o ganas de más.

A las nueve y media en punto, me presenté en el Museo del Diseño, donde teníamos una presentación privada para Callahan & Bloom con uno de los estudios emergentes más potentes de Milán.

Nada más entrar, lo vi.

Traje gris claro y camisa blanca sin corbata. Estaba de espaldas, hablando con dos tipos del equipo creativo y una mujer con pinta de directora de arte que no paraba de asentir con cara de *hazme un hijo, Callahan*.

Me acerqué despacio, manteniendo la calma, los tacones golpeando el suelo de mármol con ritmo firme.

Él me oyó. Lo sé. Porque giró la cabeza un segundo, me miró… y me saludó con un simple:

—Reid.

Nada más.

Ni una sonrisa.

Ni una mirada de *te recuerdo gimiendo mi nombre anoche*.

Solo *Reid*, con tono distraído, como si fuéramos dos colegas que se habían cruzado en una maldita reunión de trabajo.

Se volvió de nuevo hacia los demás, retomando la conversación sobre conceptos visuales, colaboraciones y propuestas para una cápsula limitada.

Y yo me quedé ahí.

Plantada.

Con la cara de «¿en serio, capullo?».

Vale. Muy bien. Si quería jugar a ser el jefe profesional y frío, adelante.

Yo también sabía actuar.

Así que me pasé la mañana sonriendo, tomando notas y diciendo *ajá* como si no recordara exactamente cómo se sentía su lengua recorriéndome entre las piernas.

Asentí con interés fingido a cada explicación técnica. Comenté texturas, valoré paletas de colores, incluso solté un par de ideas con voz dulce y postura impecable, mientras él me ignoraba como si no me hubiera hecho gritar su nombre pegada a una almohada doce horas antes.

Sin embargo, después de un almuerzo apresurado, en la exposición sobre moda experimental japonesa a la que nos invitaron, ya no aguanté más.

Estaba hasta las narices de sus silencios. De su indiferencia medida. De su puta cara de póker.

Aproveché un momento en el que él revisaba unos paneles interactivos con uno de los diseñadores y me acerqué como si nada. Le puse una mano en el brazo. Sonrió, medio distraído.

Y ahí fue cuando lo agarré con fuerza, lo giré sobre sus talones y lo arrastré por un pasillo lateral hasta un almacén sin señalizar.

—¿Qué coño haces? —susurró él, con los ojos entrecerrados.

Empujé la puerta, lo metí dentro y la cerré tras nosotros con un golpe seco.

Estábamos solos.

Rodeados de cajas, percheros con muestras y silencio.

Levanté la mirada y lo fulminé con los ojos.

—¿Es que de verdad no vamos a hablar de lo que sucedió ayer? —Su expresión cambió al instante—. ¿Me comiste como si fuera la última cena y esta mañana decides actuar como si no me conocieras?

Esbozó una media sonrisa.

—¿Es que deberíamos hablar de eso? —respondió, ladeando la cabeza con calma—. Hicimos que Vivienne Blake cerrara su puta boca. Si te fijas, hoy no nos la hemos vuelto a cruzar. —Se acercó un poco más, sin dejar de mirarme—. Porque fue por eso, ¿no? ¿O es

que tu coño me echa de menos? —añadió en voz baja, con esa sonrisa suya que sabía exactamente dónde apretar.

Lo odié un poquito.

—No te flipes, Callahan. Solo fue sexo oral, no una maldita experiencia religiosa.

—Curioso… porque anoche parecías bastante convertida —murmuró, dando otro paso hacia mí—. Si llego a metértela, igual acabas pidiéndome matrimonio.

—Sea como sea —dije, apretando la mandíbula y recuperando el control—, ¿no es algo de lo que deberíamos hablar?

—Ajá. Bueno, pensaba hacerlo esta noche. No quería perder la concentración esta mañana.

—Quién lo diría. Que pierdes la concentración tan fácilmente. Si no recuerdo mal, te encanta que te la chupen en lugares públicos.

Él bajó la mirada un segundo, escaneó el almacén… y sonrió, de lado, con esa maldita sonrisa suya que sabía a peligro, a advertencia, a te voy a joder y te va a encantar.

—Vaya… ahora que lo dices, este sitio se parece bastante al vestidor donde me pillaste con Vivienne. ¿Me has traído aquí para recrear lo que viste? No me digas que sueñas conmigo desde entonces.

Sentí un hormigueo entre las piernas. Mierda, me había puesto cachonda demasiado rápido.

—Eres imbécil —solté, aunque la voz me salió más caliente de lo que pretendía—. Y paso de ti.

Antes de que pudiera responder, su mano ya estaba debajo de mi vestido.

Ni siquiera lo vi venir. Solo sentí sus dedos subiendo por mi muslo, firmes, decididos, sin pausa, hasta meterse dentro de mi braguita.

Y ahí… me tocó. Un solo roce. Preciso. Justo en el centro.

Tragué saliva. Mierda. Estaba mojada. Mucho. Spencer lo notó al instante, y sonrió como si acabara de ganar una apuesta que llevaba clara desde el principio.

Retiró la mano con calma, sin prisa, como si no acabara de meterme los dedos entre las piernas en medio de un maldito

almacén.

Levantó la mirada, me sostuvo los ojos… y se llevó los dedos a la boca. Los lamió. Lento. Deliberado. Provocador.

—Sí… segurísimo que pasas de mí —murmuró con una sonrisa torcida—. Pero tu coño opina distinto. ¿Sufre de síndrome de abstinencia después de una noche conmigo?

Mi corazón bombeaba tan fuerte que lo sentía en las orejas.

—No te hagas el listo —dije, intentando mantener el control mientras mis piernas amenazaban con ceder—. Solo significa que tengo un cuerpo funcional. Nada más.

—Funcional no es la palabra que usaría —susurró él, acercándose un poco más—. Más bien adicto. Sensible. Receptivo.

Estaba a centímetros. Literalmente. Su boca flotaba cerca de la mía, como si quisiera besarme. O devorarme. O ambas.

Y justo entonces, una voz llegó desde el pasillo, rompiendo el hechizo.

—¿Spencer? ¿Estás ahí?

Nos quedamos congelados.

Él soltó una risa baja, apenas un suspiro.

—No te preocupes —murmuró, sin dejar de mirarme—. Esta noche seguimos con esta conversación.

Me guiñó un ojo, se pasó la lengua por el labio inferior como si acabara de saborearme… y salió del almacén como si nada.

Como si no me hubiera dejado empapada, con las bragas torcidas y el pulso por las nubes.

Yo me quedé quieta.

Cachonda.

Frustrada.

Y furiosa.

—Capullo —murmuré en voz baja, cerrando los ojos un segundo.

Una parte de mí quería matarlo.

La otra… quería que ya fuera de noche.

17

Spencer

PROMESAS EN VOZ BAJA

Belly no estaba en la habitación.

Había salido hacía unos minutos para una videollamada con Lennox, «prometo que solo son veinte minutos, tengo que cerrar algo urgente de Rebelia», me dijo antes de salir con el portátil bajo el brazo y el moño revuelto.

Perfecto. Un rato de silencio.

Yo necesitaba terminar un informe para el consejo de administración antes de medianoche. O eso me había dicho a mí mismo.

La verdad era que no podía dejar de pensar en ella.

Ni en cómo le temblaban las piernas cuando le metí los dedos.

Ni en cómo me miró después, con el labio entre los dientes y las ganas pegadas al cuerpo.

Y sí, tenía ganas de terminar rápido, para meterle los dedos otra vez… y otra cosa también.

Volví a la hoja de cálculo. Ajustes de costes de producción. Margen bruto. Rentabilidad proyectada. Bla bla bla.

Estaba justo en la parte de «forecast semestral» cuando sonó el móvil.

Miré la pantalla. Era Julian.

Resoplé, dejé el portátil a un lado y deslicé para contestar.

—Dime, Hawthorne. ¿Vienes a darme otro discurso sobre cómo no liarme con la hermana de tu mujer?

—¿Desde cuándo me lees la mente?

Yo sonreí un segundo, pero se me borró en cuanto escuché su tono.

—¿Qué pasa?

—Clementine —dijo, con voz más baja—. Está muy preocupada. Lleva dos días sin dormir, pensando en lo que puede pasar en Milán. Con Vivienne, contigo, con Belly… con todo.

—Julian, Belly es una mujer adulta. No debería ser responsabilidad de Clementine mantenerla a salvo cada vez que hace una locura.

—Lo sé —suspiró—. Pero es su hermana. Y ya sabes cómo es Clem. La protege incluso cuando no hace falta. Y ahora… Ahora necesita tranquilidad —añadió—. Está embarazada, Spencer.

Me congelé. Así, de golpe.

—¿En serio?

—Sí. Solo lo sabemos ella y yo. Aún es pronto, así que no le digas nada de esto a Belly. Pero está tan nerviosa con todo esto que… bueno, no quiero que se le complique nada. Estos días está más sensible. Llora por todo. El otro día se echó a llorar porque se le cayó el café y manchó una página del manuscrito que estaba editando. Ni siquiera me dejó consolarla. Solo se encerró en el baño durante media hora. Y no quiero que el estrés por Belly le afecte.

—Oye, lo entiendo, tío —respondí, más serio—. De verdad. Pero lo que yo haga con Belly no le incumbe a tu esposa. Me alegro muchísimo por vosotros, y será una jodida pasada ser tío de ese bebé cuando nazca. Pero su embarazo no es motivo para que yo tenga que andar con pies de plomo cada vez que Belly y yo nos cruzamos miradas peligrosas.

—No te estoy diciendo que le pongas un candado a tu polla —gruñó Julian—. Solo que no la metas en un lío. Al menos no ahora.

Suspiré, pasándome la mano por la mandíbula.

—Créeme, si por mí fuera… nada de esto habría sido un lío. Pero ya estoy metido de lleno y no voy a basar mis acciones en las hormonas de tu mujer.

—Spencer…

—No, escucha —interrumpí, más firme—. Sé que Clementine lo está pasando mal. Y entiendo que quieras protegerla. Pero Belly es lista, sabe lo que hace, y lo que nos traemos entre manos no es asunto de Clementine. Ni asunto tuyo.

—¿Eso significa que te la vas a tirar?

—Eso significa que si lo hago, será porque los dos queremos… no porque nadie tenga derecho a opinar al respecto.

Silencio.

—Cuando Clementine se entere va a querer arrancarte los huevos y hacértelos tragar en una cena familiar —dijo Julian al fin, seco.

Sonreí, apoyándome contra el respaldo.

—Qué imagen mental tan inspiradora. ¿Con puré de patatas o directamente crudos?

—No te rías, capullo.

—No me río. Solo me estoy preparando psicológicamente para la futura castración

Justo en ese momento se abrió la puerta de la habitación. Belly entró, con el portátil en la mano y la cara más relajada.

—Ya estoy —dijo con una sonrisa—. Perdón, se alargó más de lo previsto.

Me incorporé y asentí.

—Tengo que colgar —murmuré.

—Spencer, espera —dijo Julian al otro lado, más serio—. Al menos prométeme que no serás un capullo con ella.

No respondí.

Solo miré a Belly, que ya dejaba el portátil sobre la mesa y me lanzaba una mirada curiosa.

—Adiós —solté, y colgué sin más.

Ella se acercó despacio, frunciendo el ceño.

—¿Con quién hablabas?

—Con tu cuñado.

—¿Julian? —preguntó, ladeando la cabeza.

Asentí, sin demasiadas ganas de alargar la conversación.

—¿Y qué quería?

—Está preocupado —dije, encogiéndome de hombros—. Dice que tu hermana cree que voy a sobrepasarme contigo.

Belly soltó una carcajada seca.

—¿Sobrepasarte? ¿Eso es un eufemismo elegante para follarme hasta dejarme tiritando?

—No lo dijo con esas palabras… pero sí, más o menos —respondí, llevándome una mano a la nuca—. Cree que debería mantener las manos quietas.

—Ajá —dijo, cruzándose de brazos—. ¿Y tú piensas hacerle caso?

La miré.

Y sonreí.

Lento.

Peligroso.

Inevitable.

—¿Tú quieres que lo haga?

—Ni de coña —contestó.

Éramos pura tensión.

Estaba ahí, al alcance de mi mano, con esa boca desafiante y esa mirada que me pedía que la empotrara contra cualquier superficie plana.

Pero entonces vi el informe.

Seguía abierto en el portátil. A medio terminar.

Tenía que entregarlo esa noche sí o sí. Si no, el consejo de administración me iba a comer vivo en la reunión del lunes.

Joder.

Suspiré, pasándome una mano por la mandíbula.

—Si por mí fuera, ahora mismo estarías desnuda en esa cama con las piernas temblando —dije, sin rodeos.

—¿Y qué te lo impide?

Se lo señalé con la barbilla.

—Callahan & Bloom. Presupuesto. Forecast. Margen neto. Esas mierdas.

Ella puso los ojos en blanco, pero sonrió.

—Así que… ¿qué propones?

—Termino esto en una hora, te llevo a cenar para coger fuerzas… y cuando volvamos —me incliné hacia ella, bajando la voz —, pienso sobrepasarme contigo hasta que no puedas ni andar.

Belly alzó una ceja, divertida.

—Tienes una hora, Callahan. Ni un minuto más.

—Hecho.

Y entonces, por primera vez en días, deseé terminar un puto informe a tiempo.

18

Belly

ROJO TENTACIÓN

Salí de la ducha envuelta en vapor y con la piel todavía ardiendo.

El vestido colgaba de una percha, justo detrás de la puerta. Rojo. Explosivo. Diseñado por mí para una ocasión especial. Y esta lo era.

Tejido fluido, espalda descubierta, abertura lateral hasta el muslo y escote lo bastante insinuante como para que Spencer se atragantara con el primer bocado de la cena.

Me lo puse sin ropa interior.

Ni sujetador. Ni bragas.

Porque sí. Porque podía.

Porque me encantaba jugar con fuego.

Me planté frente al espejo y me miré: cabello suelto, labios a juego con el vestido, mirada afilada. Tenía pinta de problema. Y esa noche… iba a serlo.

Sonreí para mí, ladeando la cabeza.

—Prepárate, Callahan. Esta cena la vas a recordar. Y lo que venga después… también.

Salí del baño descalza, con el vestido rojo acariciándome las piernas y la humedad aún pegada a la piel.

Spencer ya estaba de pie junto a la ventana, dándole el último sorbo a un whisky que brillaba con el reflejo de las luces de Milán. Llevaba traje negro y camisa blanca sin corbata.

Se giró al oír mis pasos.

Y se quedó quieto.

Su mirada me recorrió de arriba a abajo como si acabara de decidir que quería arrancarme el vestido con los dientes.

Lenta. Cargada de intención.

Y con ese brillo en los ojos que decía esta noche vas a gritar mi nombre otra vez.

—Si no te necesitara con energía para lo que pienso hacerte, te empotraría ahora mismo contra esa pared —dijo Spencer, en voz baja.

Solté una risa suave.

—Entonces no perdamos el tiempo.

***

Cuando llegamos al restaurante, el maître nos condujo hasta la mesa.

Era uno de esos sitios lujosos, con manteles impecables, camareros que hablaban bajito y copas que parecían más caras que mi alquiler.

Nos sentaron junto a un ventanal con vistas al Duomo.

Todo demasiado perfecto.

Spencer pidió sin mirar la carta. Yo solo señalé un plato y pedí vino.

—¿Ese vestido es de Rebelia? —preguntó Spencer.

Asentí, dándole un sorbo al vino. Estaba buenísimo.

—Diseñado y cosido con estas manitas. ¿Te gusta?

—Me encanta —dijo, con los ojos bajando lentamente hasta el escote—. Pero tengo curiosidad por saber qué tipo de lencería llevas debajo.

Dejé la copa en la mesa.

—¿Y quién te ha dicho que llevo algo?

Spencer se quedó quieto. Luego, se echó hacia atrás en la silla, apretando la mandíbula.

—Joder… —murmuró, con la voz más grave—. Estás jugando muy sucio, Reid.

—Quería estar preparada para lo que venga después —respondí, con una sonrisa lenta—. Y la ropa interior solo estorba.

Spencer soltó el aire por la nariz, como si intentara mantenerse cuerdo.

—¿Siempre eres así de provocadora o solo cuando sabes que hay una erección bajo la mesa?

Me encogí de hombros.

—No es culpa mía que te pongas duro tan fácil.

Spencer apoyó los codos en la mesa, se inclinó hacia mí, con esa sonrisa que venía con promesa incluida.

—No es que me ponga fácil, Reid. Es que vas sin bragas, con ese vestido, y mirándome como si quisieras que te follara encima de esta mesa.

—Me encantaría, aunque creo que podrían detenernos por eso —respondí, jugando con el borde de la servilleta—. Y no quiero pasar la noche en comisaría.

Justo entonces, el camarero apareció con el primer plato.

Lo dejó delante de nosotros con una sonrisa cortés, murmuró algo en italiano y se retiró sin levantar sospechas.

Yo cogí el tenedor con calma, como si no acabáramos de tener una conversación digna de ser censurada.

—Por cierto —dije, mientras apartaba con elegancia un poco de risotto—. Qué día tan tranquilo, ¿no? Ni rastro de Vivienne.

Spencer levantó una ceja, todavía con el cuerpo medio tenso.

—Sí. Una maravilla. Casi me da pena que no nos haya interrumpido durante los entrantes.

—Debe estar muriéndose de rabia después de escucharnos anoche —añadí, bajando la voz, con una sonrisa que sabía exactamente lo que hacía.

Spencer soltó una carcajada baja, de esas que venían desde el pecho.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. Imagínatela, pegada a la pared con las uñas clavadas en la pintura, escuchando cómo me corría una y otra vez mientras no dejaba de gemir tu nombre.

Spencer soltó el aire por la nariz, divertido.

—Ojalá eso sirva para tenerla alejada una temporada.

Asentí en silencio, jugueteando con el borde del plato.

Hubo un par de segundos de pausa. Un bocado lento. Una mirada al vino.

Y entonces lo solté, sin pensarlo demasiado:

—¿Por qué elegiste acostarte con ella? O sea… lo entiendo. Es preciosa, una de las mujeres más deseadas del mundo. Pero está casada, ¿no? ¿Para qué meterse en un lío así?

Spencer no respondió de inmediato.

Apoyó los codos en la mesa, giró la copa entre los dedos y se quedó mirando el vino como si ahí dentro estuviera la excusa perfecta.

—Al principio… solo iba a ser una vez —dijo, al fin—. Por morbo. Porque era la jodida Vivienne Blake, ¿no? ¿No es el sueño de cualquier hombre tirarse a una supermodelo como ella? Pensé que sería un polvo más. Un secreto. Una historia que contarles a mis amigos algún día, si me pillaba borracho y sin filtros. Pero las cosas se complicaron. Cada vez estaba más enganchado a ella. No emocionalmente, no por lo que era… sino por lo que me hacía sentir. Era adictiva. Y en cierto punto, ni siquiera sabía cómo parar. Supongo que tu chantaje fue… la forma de salir de esa espiral. Lo necesitaba, aunque en ese momento no lo supiera. Me diste la excusa perfecta para cortar de raíz.

—Y ella no te lo puso fácil.

Spencer soltó una risa seca, sin gracia.

—Bueno, ya lo has visto. Supongo que no lleva bien que sea yo quien diga «hasta aquí». Ni siquiera creo que le guste tanto, pero es

la típica persona que siempre consigue lo que quiere, ¿sabes? Y yo era parte de eso. Un capricho más.

—¿Y crees que convenciéndola de que estás con otra te dejará marchar?

Spencer bajó la mirada un segundo, pensativo. Luego me miró de nuevo, más serio.

—No lo sé. Espero que sí. Que se canse cuando encuentre otro juguetito con el que sustituirme.

Me quedé callada un instante. Mirándolo.

Y sin saber muy bien por qué, lo solté.

—Fui un poco cabrona al hacerte ese chantaje. Lo siento.

Spencer arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Te estás disculpando? ¿Tú? ¿Isabel Reid pidiendo perdón?

—No te flipes —dije rápido, intentando no parecer tan blanda—. Solo digo que… igual me pasé un poco. No soy el tipo de persona que va por ahí extorsionando a los demás para conseguir lo que quiere.

—Ya, bueno, no te pega el papel de mafiosa —dijo Spencer, con una sonrisa torcida—. Te pega más el de tía con ovarios que no espera a que le abran las puertas solo por tener un enchufe.

Asentí despacio.

—Y no era esa mi intención. Sé que soy buena. Y como no salían oportunidades… decidí fabricarme una. Estoy harta de ver a mediocres triunfar por contactos mientras gente con talento se queda planchando perchas en un showroom. Así que sí, usé lo que tenía. ¿Está bien? No. ¿Lo volvería a hacer? Probablemente.

Spencer se quedó mirándome. Sin decir nada al principio.

Y luego asintió, despacio.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Ojalá todos los chantajes tuvieran este resultado.

—¿Te refieres a tenerme sin bragas delante de ti en una cena cara?

—Exacto —respondió, sonriendo—. Y con planes muy poco legales para el postre.

Me reí, negando con la cabeza.

—Vale, Casanova, antes de que te emociones más de la cuenta… hay que dejar una cosa clara.

Spencer alzó una ceja, divertido.

—¿Qué cosa?

Lo miré, seria.

—Lo nuestro es solo sexo. Ya está. Sin compromiso, sin dramas, sin expectativas raras. Nos lo pasamos bien, nos follamos como si no hubiera un mañana… y punto.

Spencer me sostuvo la mirada unos segundos, sin perder esa media sonrisa suya.

—¿Temes que me enamore de ti?

—Temo que lo compliquemos —respondí, firme—. Y ahora mismo, no quiero nada que se parezca a complicado. Mi única prioridad es Rebelia. No quiero dramas, no quiero emociones de por medio, no quiero acabar llorando por un tío que solo quería pasar el rato. Ya he puesto demasiado en juego como para distraerme ahora.

Él asintió, sin tomárselo a mal.

—Entiendo.

—¿De verdad?

—Sí —dijo, dejando la copa sobre la mesa—. Porque si algo me pone más que follarte… es ver cómo peleas por lo tuyo. Así que tranquila, sin corazones ni mierdas. Solo sexo, Reid. Tú marcas las reglas.

Asentí despacio, sin apartar la mirada de la suya.

Él cogió la copa otra vez, como si el tema ya estuviera zanjado.

Pero no lo estaba. No del todo.

Porque mientras brindábamos por un acuerdo sin emociones, mi cuerpo ya estaba contando los segundos para volver a estar bajo el suyo. Y en el fondo, muy en el fondo, una parte de mí sabía lo que no quería reconocer:

Que cuando juegas a no sentir nada… es cuando más fácil es acabar perdiéndolo todo.

19

Belly

SIN BRAGAS, SIN MIEDO

Nada más cerrar la puerta de la suite detrás de nosotros, el aire se volvió denso y peligroso.

Bastó una mirada para que nuestras bocas se unieran como si hubiéramos estado conteniéndonos durante horas.

Spencer me empujó suavemente contra la pared, sin dejar de besarme, sin darme respiro.

Su lengua entró directa, con hambre, con ganas, con esa urgencia que me encendía desde dentro.

Su mano bajó por mi cintura, lenta, firme, y se coló bajo el vestido sin pedir permiso.

Me abrió las piernas con una sola presión de los dedos.

Y entonces, rozó con la yema el centro exacto de mi humedad.

—Llevo toda la puta noche esperando esto —murmuró contra mi boca, su voz sonó ronca, grave—. Desde que dijiste que no llevabas nada debajo, no he pensado en otra cosa que en meterte los dedos aquí.

Gemí. Su boca volvió a la mía justo cuando uno de sus dedos se hundió en mí sin aviso, haciéndome jadear fuerte.

—Y estás tan jodidamente mojada… —susurró, mordiéndome el labio inferior—. Pareces hecha para esto.

Me aferré a sus hombros, con las piernas temblando y el corazón a mil.

—Cállate y haz que me corra, Callahan.

—Eso iba a hacer.

Spencer me miró con los ojos encendidos, se pasó la lengua por los labios y bajó la mirada a mi entrepierna como si ya supiera

exactamente lo que iba a hacer.

—Tú solo disfruta —murmuró.

Y entonces se puso de rodillas frente a mí.

Me sujetó por las caderas, tiró suavemente del vestido hacia arriba, dejando mi piel completamente expuesta.

Me abrió las piernas con calma, y luego bajó la cabeza sin decir nada más. Cuando su lengua me tocó por primera vez, me arqueé de golpe. Un solo roce, directo sobre el clítoris, y ya estaba jadeando.

Spencer no se detuvo. Todo lo contrario.

Empezó a lamerme despacio, firme, con esa maldita precisión que tenía para volverme loca.

Cada movimiento de su lengua era un puñetero ataque a mis nervios.

Subía, bajaba, giraba en círculos suaves, y luego volvía a presionar justo en el punto exacto que me hacía perder el control.

—Spencer… joder… —jadeé, agarrándome a su pelo.

Él gruñó contra mí, y ese sonido vibró justo donde más lo sentía.

Me separó un poco más las piernas y metió un dedo, luego otro, sin dejar de lamerme con esa lengua suya que parecía diseñada solo para eso. Para destruirme.

El ritmo se volvió más rápido, más intenso.

Su lengua no paraba, sus dedos me follaban con fuerza, y yo ya no podía ni pensar.

—Voy a… —empecé a decir, pero no terminé.

El orgasmo me explotó de golpe, brutal, arrancándome un grito que no pude contener.

Me corrí con las piernas temblando y el corazón saliéndose del pecho.

Spencer no se apartó.

Me lamió hasta el último espasmo, hasta que no me quedó aire, hasta que me tuve que dejar caer contra la pared, con las manos aferradas a su cabeza como si el suelo pudiera abrirse bajo mis pies.

—Joder… —murmuré, sin voz, con las piernas flojas y el cuerpo aún en shock—. Como me gusta tener tu lengua entre mis piernas.

Spencer alzó la cabeza despacio, con esa sonrisa suya que ya era puro vicio.

Se limpió la comisura con el pulgar, sin dejar de mirarme.

—Créeme, Reid… a mí me gusta más tenerla ahí que en cualquier otro sitio.

—Podrías quedarte a vivir entre mis piernas —susurré, todavía sin aire—. Te hago un sitio.

Él se rio, bajo, ronco, y se puso de pie, pegándose a mí.

—Quizás me lo piense si me das algo a cambio.

—¿Algo como qué?

Spencer no respondió.

Se desabrochó el cinturón con calma, sin apartar la mirada de la mía.

Luego el botón. Luego la cremallera.

—Como esto —murmuró.

Se bajó el pantalón y los bóxers en un solo gesto, dejando su polla completamente expuesta, dura, lista, amenazante.

Me mordí el labio sin disimulo.

—Me parece justo.

Me puse de rodillas frente a él, despacio, con los ojos clavados en lo que tenía delante.

Y joder…

Era más grande de lo que recordaba. Era gruesa, recta, perfecta.

Y Spencer lo sabía. Se quedó mirándome desde arriba, con esa sonrisa suya de sí, es real. Y es para ti.

—¿Algún problema, Reid? —preguntó, con la voz ronca.

—Solo estoy pensando por dónde voy a empezar.

Él rio por lo bajo.

—Por donde quieras. Pero empieza ya.

Así que lo hice.

Abrí la boca y pasé la lengua lentamente por la punta, sin prisas, solo para verlo tensarse.

Succioné apenas un segundo, provocándolo, y luego volví a lamerlo desde la base hasta arriba, con calma, con intención.

Spencer soltó un gruñido bajo, uno de esos que hacen que te tiemblen las piernas aunque estés de rodillas.

Le rodeé con una mano mientras con la otra le agarraba la cadera para que no se moviera.

—Joder, Belly… —murmuró, cerrando los ojos un segundo.

Me la metí más adentro, despacio, dejando que su polla me llenara la boca poco a poco.

Sentí cómo se le escapaba el aire entre los dientes mientras empezaba a marcar el ritmo con la lengua y los labios.

Lo tenía completamente bajo control.

Su respiración se volvió más rápida. Su mano acabó en mi pelo, sin apretar, solo agarrándome como si necesitara algo a lo que aferrarse.

Lo lamía con calma al principio, provocándolo, saboreándolo.

Pasaba la lengua por la punta, la giraba en círculos suaves, lo volvía a meter entre mis labios y bajaba más profundo.

Lo succionaba con ritmo, lo sacaba con un hilo de saliva brillante, y luego volvía a tragarlo casi entero, sintiéndolo endurecerse aún más en mi garganta.

Spencer empezó a soltar gruñidos entrecortados, su cuerpo ya medio temblaba.

Me soltó el pelo, como si tuviera miedo de empujar más de la cuenta, como si ya estuviera demasiado cerca.

—Joder, Belly… así no —susurró con la voz rasgada, mirándome desde arriba—. Si sigues así, me voy a correr en tu boca… y no quiero eso.

Antes de que pudiera responder o provocarle un poco más, me agarró de los brazos con fuerza y me obligó a incorporarme.

—Quiero follarte —murmuró, como una orden.

Y me llevó a la cama.

Directo.

Decidido.

Como si ya no pudiera esperar un segundo más.

Me tumbó de espaldas y se colocó sobre mí, apoyando una mano junto a mi cabeza.

Sus labios bajaron a mi cuello mientras sus dedos tiraban del vestido, deslizándolo por mis hombros, bajándolo con desesperación medida.

Me lo quitó entero, hasta dejarme completamente desnuda.

Él también se desnudó sin apartar los ojos de los míos.

No hubo pausa, ni duda, ni palabras innecesarias.

Solo esa electricidad entre los dos, a punto de explotar.

Abrió la mesilla, sacó un preservativo y se lo puso con rapidez, con la respiración acelerada y las manos firmes.

Volvió a colocarse encima, agarró mis caderas y, sin decir nada más, me penetró de una sola embestida.

—Mierda… —jadeé, cerrando los ojos, sintiéndolo llenarme por completo.

Spencer gruñó por lo bajo, se inclinó más sobre mí y empezó a moverse, marcando el ritmo.

Fuerte. Lento. Cada vez más profundo.

—Quiero oírte —susurró entre dientes—. Grita más fuerte, Belly.

—Spencer… joder… —gemí, arqueándome hacia él.

—Más —gruñó, embistiéndome más duro—. Quiero que se enteren hasta en recepción de cómo te estoy follando.

Spencer siguió embistiéndome con fuerza, sin descanso, con ese ritmo brutal que me dejaba sin aliento.

Cada movimiento suyo era exacto. Salvaje. Perfecto.

Entraba hasta el fondo, me hacía arquear la espalda contra el colchón, y volvía a salir con un gemido bajo, como si le costara despegarse de mí.

Yo no podía dejar de gemir.

Cada vez más alto.

Más sucio.

Él me agarró de la cadera con una mano y con la otra me levantó la pierna, abriéndome más, profundizando.

—Joder, estás tan apretada… —murmuró con la voz rota—. Tan malditamente perfecta.

Yo solo podía agarrarme a sus hombros y gritar su nombre mientras él me follaba como si el mundo se acabara esa noche.

—Spencer… sigue… no pares —jadeé, sintiendo cómo el calor volvía a acumularse entre mis piernas, rápido, peligroso, a punto de estallar.

Él bajó la cabeza, me mordió el cuello sin dejar de moverse, sin aflojar ni un segundo.

—Mírame —ordenó—. Quiero ver cómo te corres.

Abrí los ojos justo cuando su mano bajó entre nosotros y empezó a frotar mi clítoris al mismo ritmo de sus embestidas.

Grité. Literalmente.

Me sacudió un orgasmo tan intenso que me quedé sin aire.

Me corrí apretando los muslos, las uñas clavadas en su espalda, el cuerpo arqueado contra el suyo.

Spencer gruñó entre dientes y me embistió una última vez, profunda, fuerte, temblando sobre mí mientras se corría dentro del

condón con un gemido grave, ronco, quebrado.

Se quedó unos segundos ahí, respirando sobre mi cuello, su cuerpo pegado al mío, caliente, empapado.

Y luego, sin moverse, susurró contra mi piel:

—Recuérdame que te folle así cada vez que te pongas insoportable.

—Más te vale —susurré, sonriendo, con la voz rota—. Porque pienso serlo a diario.

20

Spencer

BOLLOS Y BESOS JUNTO AL LAGO

Me desperté con la boca seca, la espalda caliente y la polla medio dura.

No sabía qué hora era, ni me importaba.

Abrí los ojos despacio y ahí estaba ella. Belly. Dormida. Desnuda. Con el pelo enredado sobre mi almohada y una pierna encima de la mía como si le perteneciera.

Me quedé mirándola en silencio. Respiraba despacio, con la boca entreabierta y las pestañas pegadas por el sueño. Tenía una marca roja en el hombro, justo donde le había mordido anoche.

Sonreí.

No debería gustarme tanto verla así. Relajada. Mía. Pero lo hacía.

Me incorporé un poco, apoyado en un codo, solo para verla mejor.

La sábana le caía por la cintura, dejando al aire su espalda y parte del culo. Tenía la piel llena de mis huellas: mordiscos suaves, arañazos de sus propias uñas, un moretón pequeño en la cadera.

Parecía una obra de arte en resaca sexual.

Me pasé la mano por la cara, intentando ordenar la cabeza, pero no funcionó.

Lo de anoche fue… increíble. No recordaba una experiencia sexual así.

Ni por intensidad.

Ni por número de veces.

Ni por cómo me hizo sentir verla rendida debajo de mi cuerpo.

¿Lo peor? Tenía ganas de repetir una vez más. Pero no podía despertarla aún, necesitaba descansar si quería que rindiera

después.

Me levanté despacio para no despertarla, me use unos bóxers y crucé la habitación.

Fui hasta la cocina, pedí café al servicio del hotel y abrí el portátil para echar un vistazo rápido al informe de la reunión de esa tarde. Inversores. Franceses. Interesados en colaborar con Callahan & Bloom en la nueva línea sostenible.

Me llevé el café a los labios, todavía caliente, y pasé a la siguiente diapositiva del informe. Balance de impacto, proyección a tres años, gráficas de crecimiento.

Y justo entonces… Belly apareció.

Descalza, con el pelo alborotado, los ojos medio cerrados y una de mis camisas puesta, abotonada de cualquier manera y cayéndole por un hombro. La tela le llegaba justo a mitad de muslo.

Era una visión. Una visión que me hizo cerrar el portátil sin pensarlo.

Se rascó el ojo y entró en la sala arrastrando los pies.

—Huele a café… —murmuró con voz de ultratumba—. ¿Dónde está? Necesito un tanque. Entero. Para mí.

—Buenos días a ti también —respondí, sin poder evitar la sonrisa.

Se dejó caer en la butaca frente a mí, con las piernas recogidas y las manos en el regazo como si llevara ropa decente puesta. Spoiler: no la llevaba.

—No puedo con tu energía matutina —dijo, apoyando la cabeza en la mesa—. ¿Cómo puedes trabajar tan pronto después de lo de anoche? Yo tengo agujetas en sitios que no sabía que podían doler.

—Resistencia superior —dije, sirviendo café en una taza. Luego se la ofrecí.

Ella la cogió con las dos suyas, como si fuera un cáliz sagrado. Bebió. Cerró los ojos. Murmuró un «mmmm» que me puso duro otra vez.

—¿Tienes que hacer ruidos así con mi café?

Abrió los ojos despacio.

—El café está casi tan bueno como tu polla, Callahan. No lo puedo evitar —dijo, sin pestañear.

Me eché a reír.

—¿Siempre tienes que ser así de directa?

Ella dio otro sorbo y apoyó la taza en la mesa con gesto teatral.

—¿Prefieres que diga «oh, señor Callahan, su café tiene un aroma intenso con notas de chocolate y caramelo tostado»? —puso voz suave, ridícula, como si fuera una influencer de TikTok haciendo una cata de café.

—Prefiero que no digas «mi polla» en la misma frase que «café» mientras vas sin bragas y llevas mi camisa.

—Tarde —dijo, relamiéndose sin disimulo—. Ya he hecho las tres cosas.

Negué con la cabeza, cruzándome de brazos.

—¿Sabes que con una mujer como tú no hay paz mental posible, no?

—No estás aquí para tener paz mental, cariño. Estás aquí para sufrir erecciones inesperadas.

—Y van tres en menos de una hora.

—Y subiendo —dijo, alzando la taza como si brindara—. Buenos días, jefe.

Suspiré, mirándola con una sonrisita. Me gustaba su descaro. Me gustaba mucho. Demasiado.

—¿Qué quieres hacer esta mañana? No tenemos la primera reunión hasta las cuatro.

Ella ladeó la cabeza, como si estuviera considerando opciones. Dio otro trago a la taza, bajó la mirada a mis abdominales y luego volvió a mis ojos con una sonrisa lenta.

—Encerrarnos en la habitación podría ser una buena idea —dijo, sin un gramo de vergüenza—. Todo el día. Sin interrupciones. Tú, yo, esta mesa. Y luego la cama. Y luego la ducha. Y luego...

—Ya pillé el concepto —interrumpí, levantando las manos—. Pero… tengo una propuesta indecente.

—¿Otra?

—Salir. Hacer algo. Caminar. Comer algo que no seas tú.

Ella me miró como si acabara de decirle que quería ir a misa.

—¿Salir?

—Sí. Hay un pueblo a media hora de aquí, con vistas a un lago y una pastelería famosa por sus brioches rellenos de pistacho. Podríamos hacer una mini excursión.

—¿Me estás invitando a una cita?

—Te estoy invitando a salir para que tengas descanso de unas horas. Llamémoslo… mantenimiento preventivo.

Ella soltó una carcajada, dejó la taza en la mesa y se levantó de un salto. La camisa le subió lo justo para confirmarme que, efectivamente, seguía sin llevar nada debajo.

—Vale. Acepto. Vayamos de excursión. Pero si me aburro, pienso pararte en mitad del bosque y follarte contra un árbol —añadió, mientras desaparecía rumbo al dormitorio.

—Romántico —dije en voz alta—. A lo *Caperucita Zorra y el Lobo Desatado*.

***

El pueblo al que nos dirigimos se llamaba Bellagio.

Una joyita junto al lago di Como, con callejuelas empedradas, casitas de colores, balcones llenos de flores y viejas que barrían la acera como si estuvieran en un anuncio de pasta italiana.

Tardamos poco más de media hora en llegar. Conducía con una mano en el volante y la otra en el muslo de Belly, como si fuera lo más normal del mundo.

Cuando llegamos, dejamos el coche en una explanada con vistas al lago y caminamos calle abajo entre turistas, italianos con pinta de modelo retirado y alguna que otra pareja en modo escapada romántica.

Belly caminaba junto a mí como si no hubiera pasado nada la noche anterior. Como si no se hubiera corrido tres veces seguidas gimiendo mi nombre, como si no me hubiera dejado la espalda arañada. Iba con gafas de sol, vaqueros ceñidos y ese moño suyo de «me da igual todo pero sigo siendo la más sexy del sitio».

—¿Qué miras? —preguntó, sin girarse.

—A ti —respondí, sin disimulo—. Estoy intentando decidir si me molesta o me pone muy cachondo que vayas tan tranquila después

de cómo gritaste anoche.

—Mmm… diría que ambas. Estás gruñón, pero con las pupilas dilatadas —respondió ella, mirándome de reojo con una sonrisita torcida.

Yo negué con la cabeza y me reí.

Qué jodida era.

Y qué bien lo hacía.

Me metí las manos en los bolsillos para no volver a apoyarlas donde no debía. O sí. Porque entre el vaquero ajustado y el balanceo de cadera que tenía cuando caminaba, no me estaba poniendo las cosas fáciles.

Callejeamos un poco más. Ella iba delante, jugando a no mirar atrás, sabiendo perfectamente que la estaba escaneando con la mirada como un maldito adicto.

Y llegamos a la pastelería famosa. Pequeña, con fachada blanca y letras doradas en los cristales: *Dolci di Bellagio*. El escaparate parecía un sueño de azúcar y pistacho.

Brioches, tartaletas, cannoli, croissants de triple capa, todo colocado con esa perfección que solo los italianos logran sin esfuerzo.

—Dime que es aquí —dijo Belly, acercándose a la vitrina con los ojos brillando como si hubiera visto el Santo Grial.

—Es aquí.

—Me caso con este sitio —murmuró, pegando la nariz al cristal.

Entramos.

El interior olía a mantequilla caliente, azúcar y algo más… como hogar, pero versión italiana y con ganas de engordarte con gusto. Todo era de mármol blanco, con vitrinas perfectamente iluminadas y estanterías llenas de paquetes envueltos como si fueran joyas.

Un hombre mayor, con delantal impoluto, nos saludó desde el mostrador.

—Buongiorno. Prego?

—Dos cappuccinos. Y un surtido de lo mejor que tengas. Lo que sea que haga que ella no me odie por haberla sacado de la cama.

El hombre sonrió como si lo entendiera perfectamente. Asintió en silencio y desapareció tras el mostrador, dejando tras de sí el aroma a café recién molido y masa horneándose.

Belly se apoyó en la vitrina, sin dejar de mirar los brioches como si estuviera eligiendo un diamante.

—No te odio por haberme sacado de la cama —dijo, sin girarse.

—¿No?

—Te odio porque ahora quiero vivir aquí.

—¿En la pastelería?

—Imagínate despertar cada mañana con olor a mantequilla caliente y brioche recién hecho. Bajarte en pijama, saludar a Marco —dijo, señalando con la cabeza al señor del mostrador como si ya fueran amigos—, y desayunar mirando el lago sin que nadie te pida nada.

—¿Marco?

—No tengo ni idea de cómo se llama, pero le pega. Tiene cara de Marco.

En ese momento, el supuesto Marco apareció de nuevo con una bandeja tan perfecta que parecía salida de una sesión de fotos editorial.

Dos cappuccinos con la espuma decorada como si fueran obras de arte, y un plato con cinco brioches: uno relleno de pistacho, otro con crema pastelera, uno de chocolate, uno con frambuesa glaseada, y otro que directamente brillaba. Literalmente. Tenía azúcar dorado por encima.

—Grazie mille —dije, cogiendo la bandeja.

Marco, o como coño se llamara, nos sonrió, asintió con orgullo de artista satisfecho y desapareció entre las vitrinas.

Llevé todo hasta la mesa, donde Belly ya se había quitado las gafas de sol y se recogía el pelo con un coletero negro que llevaba en la muñeca.

—Voy a necesitar concentración absoluta para esto —dijo, colocándose bien en la silla como si fuera a rendir examen.

—¿Para comerte un brioche?

—No es *un* brioche, Callahan. Es *el* brioche. Respeta el momento.

—Perdón.

Cogió el de pistacho, lo levantó con delicadeza, y le dio el primer bocado como si estuviera manejando dinamita.

Cerró los ojos.

Suspiró.

Literalmente se quedó un segundo en silencio, como si el universo entero tuviera que respetar lo que estaba ocurriendo en su boca.

—Joder —murmuró—. Me estoy corriendo espiritualmente ahora mismo.

Me reí bajo.

—¿Quieres que te deje sola con él?

—Un poco, sí —dijo, sin abrir los ojos.

Se quedó masticando lento, con cara de éxtasis. Me apoyé en la silla, cruzando los brazos, sin dejar de mirarla.

La luz del sol le daba de lleno en la cara. Tenía migas en los labios, el pelo medio suelto y una paz encima que no le había visto nunca.

Y en ese instante, mientras chupaba un dedo manchado de pistacho, me dieron ganas de besarla. Solo eso. Sin sexo, sin empotramiento, sin doble sentido.

Solo besarla.

Despacito.

Como un puto idiota.

Ella abrió los ojos, me pilló mirándola y levantó una ceja.

—¿Qué?

—Nada —dije, cogiendo mi cappuccino—. Solo estoy observando el milagro religioso que estás teniendo con ese brioche.

Ella sonrió.

Y no dijo nada.

Siguió comiendo los bollos mientras yo la miraba como si no supiera qué coño estaba pasando conmigo.

***

Paseábamos junto al lago, sin prisa.

El viento movía el agua con calma, las barcas se mecían despacio, y al fondo se escuchaba música suave saliendo de algún altavoz escondido en una terraza. Todo parecía de postal. De esas que no mandas porque no hacen justicia a lo que estás viviendo.

Belly iba a mi lado, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta fina, la mirada perdida entre los árboles y ese silencio suyo que no pesaba. No hacía falta hablar todo el rato.

Estábamos bien así.

—¿Sabes que esta mañana, cuando me has dicho de salir, pensaba que era una excusa para follar en el coche? —dijo de pronto.

Sonreí.

—¿Estás un poco obsesionada con el sexo, no?

Ella me miró de reojo, sin dejar de caminar.

—Culpa tuya. Si no lo hicieras tan bien, no estaría pensando en empotrarnos contra cada superficie disponible.

—Eres una romántica —dije, fingiendo emoción—. Lo tuyo es puro Shakespeare.

Ella se rio entre dientes, bajando un poco la mirada mientras caminaba.

—En realidad… me alegro de que me hayas sacado de la habitación para esto.

La miré de reojo. No hablaba en broma.

—¿Sí?

—Sí. Los bollos estaban deliciosos, el pueblo es precioso y este lago… —hizo un gesto con la mano hacia el agua—, no sé, tiene algo.

—¿Estás diciendo que disfrutas de la compañía de tu jefe millonario, engreído y sexualmente dotado?

Ella rio por lo bajo.

—Extrañamente... sí. Quién lo hubiera dicho cuando te pillé con los pantalones bajados en ese vestidor.

—Sí, bueno... —dije, mirándola de lado—. Quién me hubiera dicho a mí que acabaría loco por la mala pécora que me chantajeó.

Debe de ser algo parecido a lo que sufren las víctimas de secuestro con el síndrome de Estocolmo.

—¿Estás diciendo que has desarrollado un vínculo emocional traumático hacia mí?

—Estoy diciendo que si alguien me hubiera contado que te iba a traer a un pueblo junto al lago para pasea y comprarte bollos… me habría descojonado.

—Soy demasiado irresistible. Era obvio que acabarías sucumbiendo a mis encantos.

—Siempre tan engreída… me encantaría meterte algo en la boca para callarte.

—¿Quién te lo impide?

Nos quedamos mirándonos.

Sonriendo.

Sabiendo perfectamente lo que estábamos haciendo.

Y entonces no lo pensé más.

La agarré por la cintura y la empujé contra el primer árbol que tuve a mano. Su espalda chocó suave contra el tronco y ella no se

movió. Solo me miró con los ojos ardiendo y la sonrisa intacta.

—Vas a mancharme de resina —murmuró.

—Me da igual.

Y la besé.

Con fuerza. Con hambre. Con toda esa mierda que venía intentando no sentir desde que esta historia empezó.

Ella me devolvió el beso sin pensarlo.

Y en ese momento, con su cuerpo pegado al mío y su boca diciéndome sin hablar que estaba igual de jodida que yo…

Supe que no estábamos jugando.

21

Belly

AMENAZAS ENTRE TELAS

Estaba en el Mercato Comunale Wagner, con los pies congelados, las manos llenas de polvo y una sonrisa de maniaca.

Entre montones de telas arrugadas, cintas pasadas de moda y señoras italianas gritando con gestos dramáticos, yo estaba en el puto paraíso.

Me había escapado temprano del hotel sin decirle nada a Spencer. Ni falta que hacía. Él estaba ocupado haciendo de Spencer Callahan con reuniones, trajes caros, postureo de CEO sexy, y yo necesitaba oxígeno.

Y allí lo tenía.

Oxígeno en forma de retales imposibles.

Telas viejas con historia.

Vestidos rotos con potencial.

Una montaña de basura textil para cualquiera. Para mí: oro puro.

Pasé los dedos por una chaqueta de los noventa con hombreras ridículas y lentejuelas despegadas. La mayoría la tiraría sin pensarlo. Yo solo pensé: córtala por la mitad, hazla crop, métele tachuelas en los hombros y póntela con botas altas. Boom: otra prenda Rebelia naciendo de la mierda.

Saqué fotos.

Grabé vídeos.

Lennox iba a flipar cuando viera todo lo que había encontrado.

Mientras rebuscaba entre un montón de tapicerías deshilachadas, la vi.

A Vivienne Blake.

Desde que Spencer y yo habíamos empezado a montárnoslo, no habíamos vuelto a coincidir. Y honestamente, me alegraba. Pero allí estaba. En mitad de un mercado polvoriento, vestida como si acabara de bajarse de un jet privado y con la cara más pálida de lo habitual.

Tenía mala cara. Ojeras marcadas. Labios secos. Pero seguía moviéndose como si el mundo entero tuviera que apartarse a su paso.

Y cuando me vio me clavó la mirada y se acercó.

No entendía nada.

¿Qué hacía una supermodelo como ella en un mercado de telas viejas?

Aquello no era su terreno. No había focos, ni champán, ni estilistas detrás corrigiéndole el pelo. Solo polvo, olores raros y gente que no sabía quién era Vivienne Blake.

—¿Qué haces aquí? —solté, antes de que ella pudiera abrir la boca.

Vivienne se quitó las gafas. Sus ojos estaban rojos, como si llevara horas sin dormir. O llorando. O ambas.

—¿Siempre tan directa? —dijo, con una media sonrisa torcida—. ¿No te enseñaron a saludar primero?

—Pensé que no éramos de las que se saludan.

Ella me observó en silencio, como si estuviera analizándome.

—Quería hablar contigo —dijo al fin—. Así que te he seguido hasta aquí.

—¿Me has… seguido? —Abrí mucho los ojos y la boca.

—Mira, no me voy a andar con rodeos —dijo ella, firme, con la mandíbula apretada—. Así que voy a ser directa contigo.

—Venga, dale. Estoy deseando oírlo —respondí, cruzándome de brazos.

—Quiero que te alejes de Spencer.

Me la quedé mirando un par de segundos.

En silencio.

Y luego solté una carcajada.

—¿Tú estás escuchando lo que dices? ¿Me estás pidiendo que me aparte como si esto fuera un puto triángulo amoroso de

instituto?

Vivienne ni se inmutó.

—No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy advirtiendo.

—Uy, qué miedo —dije, con una sonrisa torcida—. Creo que necesitarás más que una advertencia para que me tiemblen las bragas.

Hice ademán de irme, pero Vivienne me sujetó del brazo.

No fuerte, pero lo justo para que me parara.

—No sabes con quién estás hablando, cielo —dijo, con esa voz baja y afilada que usan las víboras justo antes de morder—. Tengo mucho poder dentro de la industria. Y según he oído tú tienes ciertas… aspiraciones.

Parpadee confusa.

—Creo que no te sigo.

Vivienne sonrió.

—No te interesa enemistarte conmigo si quieres tener algo más que un puesto de asistenta personal.

Me la quedé mirando en silencio.

—Sé que estás montando algo. Rebelia, ¿no? Nombre atrevido. Muy original. Pero déjame decirte algo, cariño: los diseñadores nuevos necesitan contactos. Visibilidad. Gente que los meta en el circuito. Y yo… conozco a todos los que importan. Si digo tu nombre con el tono equivocado en una cena… nadie va a querer vestir tus diseños. Si digo que eres una niñata con aires de revolucionaria y cero profesionalidad, tus sueños se van a quedar donde están ahora: en bocetos mal iluminados en la mesa de tu cuarto. Lo único que tienes que hacer para que yo cierre la bocaza es alejarte de Spencer para que regrese a mí.

—¿Crees que yo soy la culpable de que se haya alejado de ti? —pregunté, sin subir la voz—. Te equivocas. Por mucho que yo lo aleje, él no volverá contigo. Estás casada con un hombre importante, ¿por qué no te olvidas de Spencer e intentas serle fiel a tu marido?

—Tú no sabes nada de mi matrimonio —murmuró, tensa.

—Ni quiero saberlo. Lo único que sé es que estás demasiado desesperada por un tío que ya no te quiere. ¿Acaso no tienes dignidad?

Vivienne me miró con los ojos entrecerrados.

—Ya te he dicho todo lo que quería decirte. Ahora es decisión tuya tomar una decisión al respecto.

Se giró sobre sus talones con toda la intención de marcar un final dramático.

Pero no se lo permití.

—Espera un momento.

Se detuvo.

Giró apenas el rostro, como si no quisiera perder la pose pero tampoco pudiera resistirse a saber qué iba a soltar yo ahora.

—¿De verdad crees que puedes venir aquí a ponerme entre la espada y la pared como si tú estuvieras limpia de cualquier pecado? ¿Crees que no tengo información sobre ti? ¿Como por ejemplo… fotos? ¿Vídeos? ¿De tu *affair* con Spencer en el vestidor de Callahan & Bloom? Seguro que a tu marido le encantaría ver lo entregada que estabas a otro hombre mientras él firmaba contratos millonarios para comprarte bolsos nuevos.

—Estás cruzando una línea muy peligrosa —soltó, en voz baja.

—¿Tú empezaste este juego, Vivienne —dije, sin moverme—. No yo

—Yo de ti iría con cuidado —escupió, acercándose un paso más —. Porque si jugamos sucio las dos, puede que tú no tengas tanto que perder como yo… pero te aseguro que vas a acabar mucho peor parada.

No me dio tiempo a contestar.

Se giró de golpe, como si ya no necesitara decir nada más, y se marchó con el paso firme y los hombros tensos.

Se fue dejándome en medio del mercado.

Rodeada de puestos viejos, telas olvidadas y olores a polvo y cuero seco.

Me quedé allí. Sola. Con las palabras aún flotando en el aire.

Y me dije que no iba a dejar que una mujer rota me hiciera dudar de lo que estaba construyendo.

Ni de Rebelia.

Ni de mí.

Ni de lo que estaba pasando con Spencer, por mucho que asustara.

Porque sí, daba miedo.

Era intenso, jodido, impredecible.

Pero no pensaba dar un paso atrás solo porque otra me lo pidiera.

22

Spencer

EL RETORNO A MANHATTAN

Volver a Nueva York fue como un puñetazo seco en el estómago.

Todo me parecía frío.

Automático.

Sin alma.

Lo peor fue despertarme solo. Sin ese cuerpo pequeño y descarado al otro lado de la cama. Sin su pelo en mi almohada. Sin su voz burlona a primera hora de la mañana diciendo «*Callahan, tienes cara de haber soñado conmigo empujándote contra la ducha.*»

Y lo peor es que era verdad. Lo soñaba. Lo seguía soñando.

Desde que volvimos, no había podido dejar de pensar en cómo se corrió en mi boca. En cómo se agarraba a las sábanas mientras le follaba el alma con la lengua. En cómo gritaba mi nombre con la voz rota, como si se estuviera rompiendo en mil pedazos y yo fuera el único capaz de recogerlos.

Me acordaba de cómo se le arqueaba el cuerpo cada vez que se venía. Una vez… y otra… y otra más.

De lo mojada que estaba.

De cómo me temblaban los brazos de tenerla ahí, temblando, rendida, completamente mía.

Había sido una experiencia increíble, y esperaba que lo que siguiera fuera igual de increíble.

Quién me hubiera dicho que la jodida impertinente de Belly acabaría convirtiéndose en mi nueva obsesión.

Sin embargo, aunque me moría por llamarla y pedirle que se pasara por mi loft para follármela contra el ventanal del salón, ese día tenía otros planes en mente.

Había quedado con el grupo en el reservado del hotel Luxury.

Cuando llegué, todos estaban ya esperando.

Julian, impecable como siempre, con el traje bien planchado y el gesto de quien ya ha tenido que apagar tres fuegos antes de la primera copa.

Leo, tirado en el sofá como si fuera el dueño del lugar. Spoiler: lo era.

Cameron, con ese aire de «me importa todo una mierda» que no se le quitaba ni con whisky.

Y Adam, por supuesto, con el móvil en la mano y la mandíbula apretada, como si acabara de comprar media bolsa de valores desde el ascensor.

—Mira quién aparece —dijo Leo, alzando una ceja—. El extorsionado más famoso de Manhattan.

—¿Aún seguís con eso? —dije, sentándome—. ¿No os cansáis?

—Nos da la vida —respondió Cameron, bebiendo sin levantar la vista—. Mucho más entretenido que ver a Adam revisar gráficos en bucle.

—Estoy cerrando una operación —saltó Adam, sin mirar a nadie.

—Y yo cerrando esta copa —respondió Leo, levantándola como si brindara consigo mismo—. Por cierto, Spencer… ¿qué tal por Milán?

Levanté la mano y llamé al camarero sin responder, pedí un whisky sin hielo y entonces percibí la mirada de Julian. Directa y fija en mí.

—Milán estuvo bien —dije por fin, sin demasiada emoción—. Mucho evento, mucho inversor. Nada fuera de lo habitual.

—¿Segura que no pasó nada más destacable? —preguntó Leo, con media sonrisa—. Vi en la prensa que Vivienne también estaba en Milán.

—¿En serio vas a seguir con el interrogatorio? —lo corté, mirándolo con desgana—. No tengo nada que contar, así que si estáis buscando salseo, mejor preguntadle a Julian. A lo mejor él sí tiene noticias que daros.

Quería cortar con las preguntas antes de que, sin querer, acabara hablando más de la cuenta y Julian montara un circo.

Leo levantó una ceja y giró la cabeza hacia él con curiosidad.

—¿Tienes noticias que darnos?

Bien. Había conseguido desviar la atención.

Y viendo la forma en que Julian se removió en la silla y se pasó una mano por la nuca, supe que, esta vez, el foco no iba a volver a mí.

—Bueno… —empezó, con ese tono de *voy a soltar algo gordo pero voy a hacerme el interesante antes*—. Quería esperar un poco, pero… dado que hoy hemos tenido la primera ecografía y que Clementine no ha parado de llorar en todo el camino de vuelta…

Se hizo el silencio.

Uno de esos en los que el tiempo se detiene dos segundos antes de explotar.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Adam, con una ceja alzada.

—No jodas… —dijo Leo, abriendo los ojos como platos.

—¿Estáis embarazados? —soltó Cameron al mismo tiempo.

Julian asintió. Con una mezcla entre orgullo, vértigo y *no tengo ni puta idea de en qué me estoy metiendo pero allá voy*.

—Sí. Vamos a tener un bebé.

Y ahí sí. La mesa entera estalló.

Felicitaciones. Palmas en la espalda. Risas. Algún que otro «vas a ser un padrazo, tío».

Y Julian tragando saliva mientras fingía que lo tenía todo controlado.

Yo sonreí también.

No porque estuviera especialmente emocionado con la idea de un bebé en el grupo.

Sino porque ver a Julian tan fuera de lugar siempre era un espectáculo.

Pero mientras todos hablaban del futuro mini-Hawthorne, yo solo podía pensar en *ella*.

En Belly.

Me había dicho que había quedado con Clementine, y estaba convencido de que su hermana le daría la noticia también.

Me preguntaba cómo se tomaría la noticia de ser tía. Seguro que le hacía muy feliz. La conocía lo suficiente como para saber que se alegraría por ella.

Y justo cuando estaba metido en esa maraña de pensamientos que no quería tener, la voz de Leo me sacó de golpe:

—Bueno, ya que estamos con las noticias… yo también tengo algo que anunciar.

Todos giraron la cabeza hacia él al mismo tiempo.

Yo incluido. Porque si algo tenía Leo Moretti, era un talento natural para soltar bombas en el momento más inesperado.

Se recostó con calma, dio un sorbo a su copa y soltó:

—Voy a pedirle matrimonio a Riley la semana que viene.

Silencio.

Y luego, caos.

Cameron soltó un «¿¡Tú!?» con la boca abierta.

Julian casi escupe el whisky.

Adam levantó una ceja, pero no dijo nada. Lo suyo era más procesar que reaccionar.

Y yo…

Yo me reí.

No porque no me sorprendiera.

Sino porque, joder… uno tenía un bebé en camino y el otro se iba a casar.

—O sea, vas a entrar en el club de los casados —dijo Cameron, chocando los cinco con Leo por encima de la mesa.

—Hace tiempo que quería hacerlo —respondió Leo, con una sonrisa que no se le quitaba ni queriendo—. Y la semana que viene Riley se va de expedición a ver ballenas, yo la voy a acompañar… y ahí, en mitad del puto hielo, voy a hincar la rodilla.

—¿En serio? ¿Entre ballenas? —preguntó Julian, alzando las cejas.

—No se me ocurre un sitio mejor —dijo Leo encogiéndose de hombros—. Me parece perfecto pedirle que se case conmigo justo donde más feliz es.

Riley estudiaba el canto de las ballenas en un laboratorio de la universidad, así que no era raro que quisiera pedirle matrimonio así.

Tenía sentido. Poético, incluso.

Quién hubiera dicho que esos dos pasarían de mejores amigos a pareja.

—¿Alguien más tiene que hacer un anuncio de esos que cambian la vida? Porque es un buen momento —bromeó Cameron, levantando su copa.

Todos nos reímos, brindamos, y pasamos la velada, conscientes, aunque nadie lo dijera en voz alta, de que nuestras vidas como grupo de solteros sin responsabilidades más allá de las empresas que heredaríamos quedaban atrás.

Uno iba a ser padre.

Otro iba a casarse.

Y el resto… empezábamos a ver que el juego ya no iba solo de fiestas, whisky caro y evitar vínculos.

Y entre copa y copa, y risa y risa, mis pensamientos volaron una vez tras otra hacia Belly.

A su forma de mirarme como si supiera lo que pensaba antes de decirlo.

A cómo se mordía el labio cuando intentaba disimular que algo le tocaba más de la cuenta.

A cómo me hacía reír cuando menos me lo esperaba… y me jodía el mundo con un solo comentario cuando menos me convenía.

Y supe, sin necesidad de etiquetas, ni promesas, ni frases grandilocuentes, que lo mío con ella ya estaba cambiándome.

Aunque aún no se notara desde fuera.

Aunque yo me empeñara en llamarlo solo sexo.

23

Belly

¿TÍA? ¿YO?

—¿Qué? ¿Voy a ser tía?

Clementine asintió, y sonrió. Esbozó una sonrisa suave, comedida.

—Sí. Vas a ser tía, Belly. Estoy embarazada.

Me quedé congelada. Como si el mundo se hubiera parado un segundo.

—Estoy de seis semanas. Lo hemos visto hoy. El saquito. El corazón latiendo como un colibrí.

Me la quedé mirando, en shock para, segundos después, abrazarla entre lágrimas.

—Joder, Clem… qué fuerte.

—Ya —dijo ella, con la voz un poco rota—. Es una locura.

Nos abrazamos un rato, sin decir nada. Sentí su cuerpo temblar un poco. De emoción. De vértigo. De todo.

—¿Estás bien? —susurré, sin soltarla.

Clementine asintió despacio, aún aferrada a mí.

—Estoy feliz. Pero también… acojonada.

Estábamos sentamos en el sofá. Ella se recogió las piernas, yo me limpié las lágrimas con la manga.

—¿Y Julian? ¿Como se lo ha tomado?

—Está en shock también. Pero contento. No para de decir que va a aprender a cambiar pañales aunque le den arcadas.

Solté una carcajada.

—Dios… no me lo imagino. ¿Julian con un body lleno de caca en las manos? Quiero vídeo de eso. En HD.

Clementine sonrió, pero no se le fue del todo la tensión de la cara.

—Va a ser un padre brutal. Lo sé. Y yo voy a darlo todo. Pero también tengo miedo, Belly. Miedo de que algo salga mal. Miedo de no estar a la altura. Miedo de perderme a mí misma en el camino.

Me giré hacia ella, más seria.

—Ey. No te vas a perder. Solo vas a añadir una versión nueva. Clementine 2.0. Con ojeras, tetas llenas y un bebé pegado como un koala, pero igual de maravillosa. Y yo voy a estar a tu lado para ayudarte en lo que necesites.

Clementine sonrió, con los ojos brillantes.

—Gracias —dijo, bajito—. No sabes cuánto necesitaba oír eso.

—¿Lo saben nuestros padres?

Asintió.

—Los llamé esta tarde y casi se desmayan. Mamá ya está mirando cunas por internet y papá… papá preguntó si el bebé podría tener una cuenta de ahorros a su nombre.

Me reí.

—¿Y habéis pensado en nombres?

—No. Todavía no. Aún estamos procesando que hay un ser humano del tamaño de una lenteja dentro de mí.

—Oh, ¿y querréis hacer un *gender reveal*? Déjame organizarlo. Confeti, humo de colores, cupcakes rellenos, lo que queráis. Dame presupuesto y te monto un fiestón en una azotea con vistas a Central Park.

Clementine se rio, negando con la cabeza.

—Sabía que ibas a decir eso.

Estaba emocionada. Muchísimo. Mi querida hermana mayor me convertiría en tía. Y no era cualquier cosa. Era la primera vez en mucho tiempo que sentía ilusión sin ansiedad de fondo. Como si todo por fin encajara un poco.

Como si, por una vez, algo empezara bien.

—Espera, Belly —dijo Clementine, de pronto—. Antes de seguir hablando de esto… cuéntame cómo van las cosas entre tú y Spencer.

La miré de reojo.

—¿A qué viene eso?

—Estoy… preocupada.

—¿Preocupada por qué?

—Porque hice que Julian hablara con Spencer para decirle, de forma muy educada, que se mantuviera a raya contigo. Y por cómo reaccionó… no parece muy dispuesto a hacerlo. Así que, por favor, dime que no ha pasado nada entre vosotros. Que no tengo nada de lo que preocuparme.

La miré. Dudé.

Podría haber mentido. Podría haber hecho el papel de hermana menor inocente y decirle que estaba todo bien. Que no había pasado nada. Pero…

—Podría decirlo. Pero sería mentira.

—¡Belly!

—¡Clementine!

—No me hace gracia esta situación. Nada. Spencer no es para ti.

—¿Y qué significa eso exactamente?

—Significa que va a hacerte daño. Seguro. Porque él no sabe querer de otra forma.

—¿Y cómo va a hacerme daño si lo que tenemos es solo sexo? Yo no soy como tú, de las que ven una polla una vez y le son fieles hasta la posteridad.

Clementine frunció el ceño.

—Ya, seguro que sí. Belly, te conozco. Eres el tipo de tía que asegura que solo quiere sexo… y después se enamora hasta las trancas.

—Eso no es verdad.

—¿Hablamos de Cooper?

La miré, desconcertada.

—¿Quieres hablar del perro que rescaté de la calle cuando tenía diez años?

—Papá y mamá te dijeron que no podías quedártelo. Que seguro tenía dueño. ¿Y qué hiciste tú? Lo bañaste, le compraste un arnés con tus ahorros, le pusiste nombre, y le construiste una caseta en el jardín con cartón, cinta americana y la manta buena de mamá.

Y cuando apareció su verdadero dueño, lloraste durante una semana.

—Tenía diez años. Era un perro.

—Spencer también tiene cara de querer que lo bañes, le pongas nombre y le hagas una caseta —respondió, sin pestañear—. Solo digo que eres la típica persona que convierte un lío temporal en hogar.

Me quedé callada.

—No es lo mismo —dije al fin.

—No. Esto es peor —susurró ella—. Porque Spencer Callahan no va a dejar que le pongas correa. Y tú vas directa a encariñarte.

Y justo entonces sonó mi móvil.

Miré la pantalla.

Número desconocido.

Deslicé para responder, con la voz aún tensa.

—¿Sí?

—¿Señorita Reid? —La voz era formal. Hombre. Acento marcado. Algo en su tono ya me puso en alerta—. Le llamo de parte del espacio Domo 14, donde habían reservado para la presentación de su firma dentro de dos semanas…

Fruncí el ceño. Era el lugar que Lennox y yo habíamos elegido para presentar Rebelia. Un sitio industrial, con luz natural, techos infinitos y justo el punto perfecto entre underground y cool.

Habíamos firmado el contrato. Hecho el primer pago. Confirmado todo.

—Sí, claro. ¿Ocurre algo?

—Lamento informarle que vamos a tener que cancelar su evento.

—¿Cómo?

—Hemos tenido una reestructuración de agenda por una colaboración prioritaria con una gran firma, y necesitamos liberar esa fecha. Lo sentimos mucho. Fue una decisión de dirección.

—Pero… ¡estábamos confirmados! ¡Tenemos el pago hecho!

—Le haremos el reembolso íntegro, por supuesto. Le enviaremos el correo con la cancelación oficial en las próximas horas.

—No puede ser… —murmuré, sintiendo el nudo en el pecho crecer como una puñalada lenta.

—Disculpe las molestias. Y suerte con el proyecto.

Colgó.

Me quedé con el móvil en la mano, congelada.

Clementine frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado?

—Nos han cancelado la sala —dije, sin aire—. El sitio donde íbamos a hacer la presentación de Rebelia. Dentro de dos semanas.

—¿Qué? ¿Por qué?

La miré y tragué saliva. Y entonces lo supe.

No tenía pruebas, pero lo supe.

—Han priorizado una «colaboración con una gran firma».

Clementine alzó las cejas.

—¿Estás diciendo que alguien os ha quitado la fecha?

Asentí.

Despacio.

Y solo se me ocurrió un nombre.

Vivienne Blake.

Por lo visto no fue un farol.

Estaba dispuesta a jugar sucio.

Pero yo no iba a permitir que se saliera con la suya.

24

Spencer

UNA ASISTENTE MUY, MUY MALA

Tener la boca de Belly entre mis piernas era como tocar el paraíso con las manos.

Estábamos en mi despacho. Yo sentado en la silla de mi escritorio y ella de rodillas, debajo de la mesa, cumpliendo una de esas fantasías estúpidas que todo hombre tiene alguna vez. Que le hagan una mamada mientras revisa correos.

Cerré los ojos mientras empujaba con suavidad las caderas.

Su lengua era fuego lento. Precisa. Hambrienta.

La sentía deslizarse desde la base hasta la punta, con la lengua húmeda y la boca abierta, tragándosela como si le fuera la vida en ello.

Mierda.

Apoyé una mano en el borde del escritorio, la otra en su nuca.

—Así, joder… —murmuré en voz baja, sintiendo cómo mi cuerpo entero se tensaba.

Belly gemía bajito. Como si lo disfrutara. Como si tener mi polla en la boca fuera su plan perfecto para la mañana.

Y yo…

Yo me estaba volviendo loco.

Cada vez que tragaba más, cada vez que giraba la lengua, cada vez que me miraba desde abajo con esos ojos brillando de puro vicio… era un puñetero infarto.

Sabía lo que hacía.

Me tenía en su mano. Bueno, en su boca.

Y justo cuando sentí que el orgasmo subía por mi columna como un disparo, la detuve.

Con los dedos en su pelo. Con la voz más ronca que nunca.

—Para.

Belly alzó la vista, sin soltarme.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque si sigues así… me voy a correr. Y aún no te he follado.

Ella sonrió. Lenta. Peligrosa.

Y justo en ese momento, la puerta del despacho se abrió.

—Señor Callahan —dijo mi secretaria desde el umbral—, siento interrumpir, pero acaba de llegar el informe de la reunión con Tokio. Me preguntó si quería que se lo imprimiera o se lo dejaba en digital.

Me quedé congelado.

Y no por la interrupción.

Sino porque justo cuando abrí la boca para contestar, Belly se la tragó hasta el fondo. Entera.

Un movimiento firme, húmedo, brutal.

Tuve que hacer un esfuerzo descomunal para no soltar un gemido.

Cerré los ojos con fuerza, respiré hondo como si me costara encontrar el aire, como si cada célula de mi cuerpo estuviera pidiéndome rendirme. Pero me contuve. Y al fin logré articular:

—Digital —respondí, con la voz tensa, ronca, al borde—. Gracias.

Belly movió la lengua. Lenta. Deliberada. Como si quisiera empujarme al límite justo cuando estaba intentando parecer normal.

—Perfecto. ¿Necesita algo más?

Sí. Que cierres la puta puerta y no vuelvas a interrumpir jamás.

—No. Eso es todo.

—Muy bien.

La puerta se cerró con un clic suave.

Y yo me quedé ahí, con la polla todavía enterrada en su boca, el pulso desbocado y la mandíbula hecha piedra.

—¿Se puede saber qué coño ha sido eso? —le susurré, sin aliento.

Belly se limpió la comisura con el pulgar, como si no acabara de torturarme.

—¿Yo? Nada. Me he quedado quieta, como una buena asistenta.

—Una buena asistenta no se traga la polla de su jefe cuando tiene la puerta abierta.

—Entonces supongo que he sido una asistenta muy, muy mala.

La agarré del pelo.

Con fuerza.

La hice incorporarse, de espaldas, frente a mí.

—¿Ah, sí? Pues ahora vas a recibir lo que se merece una asistenta muy, muy mala.

Aún sentado, me bajé los pantalones del todo y a ella le subí la falda hasta la cintura. La sujeté por la cintura y la acerqué despacio, hasta dejarla justo donde quería, apartando las bragas a un lado.

Ella soltó un jadeo bajo, temblando un segundo antes de dejarse caer sobre mí.

La penetré con una estocada profunda y ella gimió. Estaba mojada, caliente, apretada.

—¿Te gusta? —susurré al oído, con la boca pegada a su cuello.

Belly soltó un gemido.

—Joder, Spencer…

La tenía sentada sobre mí, de espaldas, con las manos apoyadas en mis rodillas y el cuerpo temblando con cada movimiento lento, cada embestida medida. Su falda subida, mi camisa medio desabrochada, y esa sensación de que estábamos haciendo algo tan jodidamente mal… que no podía ser más excitante.

Dentro de ella. Sin condón. Porque así lo habíamos decidido.

Después de la última vez, cuando acabamos follando en mi coche y terminamos hablando de todo. De lo que queríamos. De lo que no. De que estábamos limpios… así lo decidimos.

—Contéstame —le dije, tirando de su pelo hacia atrás, haciéndola arquearse sobre mí—. ¿Te gusta?

—Me encanta —susurró ella, sin aliento.

Empecé a mover las caderas despacio, disfrutando de cada centímetro. Ella se agarró a los bordes del escritorio como si necesitara algo a lo que aferrarse para no perder el control. Su espalda contra mi pecho, su respiración desbocada, sus caderas empujando hacia atrás como si el mundo fuera a acabarse.

—Entonces dilo —le susurré, pegado a su oído—. Dime lo que soy para ti.

Ella se mordió el labio. Su cuerpo vibraba sobre el mío, caliente, entregado.

—Mi jefe —dijo, jadeando.

Tiré de su pelo un poco más fuerte, marcando el ritmo con las caderas.

—No. Inténtalo otra vez.

Ella gimió, las uñas clavadas en el escritorio, los muslos temblando.

—Mi dueño —murmuró.

Sonreí.

—Mucho mejor.

Hundí la cara en su cuello y mordí despacio, sin dejar de moverme dentro de ella. Estaba tan apretada que me costaba contenerme.

Cada vez que me apretaba así, cada vez que temblaba, cada vez que sus gemidos se rompían en su garganta… sentía que iba a

perder la cabeza.

—Míranos —le dije, apoyando una mano en su vientre mientras con la otra deslizaba la pantalla del portátil hacia un lado, dejando ver el reflejo en el cristal del mueble de enfrente—. Mírate. Follándote a tu jefe en su despacho como una chica mala.

Ella alzó la vista. Se quedó mirando. Y sonrió.

Una sonrisa de esas que sabes que te van a joder la vida.

—Dime que te vas a correr —susurró, girando un poco la cabeza para rozarme la boca con los labios.

—Tú primero —contesté, apretando más la mano en su vientre, sintiendo cómo se le tensaba todo el cuerpo.

Ella se aferró al escritorio.

Y se vino.

Así, sin avisar. Con un gemido ahogado y las piernas temblando, se corrió encima de mí, con el cuerpo arqueado, jadeando mi nombre.

Y yo… joder. Yo la seguí al infierno.

Con una embestida más. Profunda. Salvaje. Y me corrí dentro de ella con los dientes apretados y las manos marcándole la cintura.

Nos quedamos así unos segundos. Respirando como si hubiéramos corrido una maratón. Sin decir nada.

Luego ella se incorporó despacio, con las mejillas rojas y una risita traviesa en la boca.

—Esto ha sido una absoluta locura.

Se bajó la falda con calma, como si acabara de salir de una reunión cualquiera.

Y justo cuando se estaba abrochando un botón de la blusa, sonó su móvil.

Ella lo cogió sin mucho interés, desbloqueó la pantalla y abrió un correo con un gesto distraído.

Lo leyó.

Parpadeó.

Volvió a leerlo.

Su sonrisa se borró.

—¿Qué pasa? —pregunté, mientras me subía los pantalones.

Ella levantó la vista.

—Es de un centro de convenciones. Dicen que no les queda ninguna libre en esas fechas. Nos cancelaron la reserva de la sala que teníamos para la presentación de *Rebelia*. Estoy intentando buscar otro sitio, pero con tan poco margen… es una mierda.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¿Cómo que os la han cancelado?

—Se ve que tienen una colaboración con una firma más importante… y bueno, da igual —dijo, con el tono seco, sin mirarme —. Seguiré buscando. A malas, siempre podemos acabar presentando *Rebelia* en el puto parking de un centro comercial.

Me terminé de abotonar la camisa, con el ceño cada vez más fruncido.

—¿Qué centro de convenciones era?

—Domo 14 —respondió ella, mirando la pantalla con los labios apretados—. Lo teníamos reservado desde hace un mes. El pago hecho. Todo confirmado.

—¿Y ahora dicen que no?

Asintió.

—Dicen que se lo han cedido a otra firma. Una «colaboración prioritaria». Traducción: alguien con más nombre ha soltado más pasta y nos han echado como si no fuéramos nadie.

Noté cómo se le tensaba la mandíbula mientras hablaba, cómo le vibraba la voz al decirlo. No estaba solo cabreada. Estaba herida.

—¿Quieres que hable con ellos? —pregunté, ya sacando el móvil del bolsillo—. Conozco al gerente de Domo 14.

—No —se apresuró a decir, dando un paso atrás—. No es necesario. Yo me encargaré de todo. Tú no te metas.

La miré en silencio.

—Belly…

—No. De verdad. No quiero que tu apellido abra la puerta que nos acaban de cerrar en la cara. Si lo consigo, será por mis méritos. No porque tú haces una llamada y solucionas todo con un «soy Spencer Callahan, y este es mi capricho del mes».

No insistí.

Pero tampoco pensaba dejar así las cosas.

No tenía ni idea de por qué Domo 14 había aceptado cancelar un contrato cerrado, con todo firmado y pagado. Y aunque Belly no quisiera mi ayuda, yo iba a mover mis hilos.

Sabía lo importante que era para ella esa presentación, lo mucho que se esforzaba por tenerlo todo listo y lo poco que pedía a cambio. Rebelia no era solo un proyecto: era su carta de presentación al mundo. Su grito de guerra.

E iba a ayudarla. Sin que ella lo supiera.

25

Spencer

EL SITIO PERFECTO

Entré en el edificio donde estaban las oficinas de Prescott Brothers Real Estate, en la planta 27. Era el tipo de sitio donde huele a éxito, a comisiones millonarias y a egos perfectamente planchados.

Sabía que Blake Prescott ya me estaría esperando.

Era amigo mío desde la universidad. Aunque no nos veíamos a menudo, habíamos pertenecido a la misma hermandad en Yale. Él, al contrario que yo, no siguió con el negocio familiar. No heredó nada. Montó su propio imperio desde cero.

Con su hermano Ethan fundaron la empresa hace ocho años. Hoy, Prescott Brothers era una de las inmobiliarias de lujo más potentes de Manhattan.

Vendían áticos imposibles en Park Avenue, casas frente al mar en los Hamptons, chalets en Aspen y propiedades de ensueño en Tulum.

Además, también se encargaban de alquilar propiedades privadas para eventos exclusivos. Y eso era lo que me tenía allí.

Antes de eso, había intentado mover hilos por mi cuenta. Hablé con mi contacto en el Domo, pero lo único que obtuve fueron evasivas.

Frases vacías. Silencios incómodos. Alguien claramente había dado la orden de no hablar.

Mi siguiente opción, una de las salas del hotel Luxury de Leo, tampoco funcionó. Ya estaban todas reservadas para ese día.

Por eso llamé a Blake.

Blake no hizo preguntas. Solo me dijo: «Pásate el viernes y lo hablamos».

Y aquí estábamos.

Entré en su despacho guiado por su secretaria. Blake estaba sentado detrás del escritorio, revisando algo en su tablet. Alzó la vista en cuanto crucé la puerta.

—Qué puntual. Me sorprendes.

—Es importante.

Dejó la tablet a un lado, se levantó y me estrechó la mano.

—Entonces vamos al grano.

—Lo que te pedí por teléfono. ¿Lo tienes?

—Sí, aunque… me ha costado más de lo que imaginaba.

Lo miré con curiosidad, sentándome frente a él.

—¿Y eso?

Blake se encogió de hombros, acomodándose a su asiento.

—Digamos que los propietarios de los espacios más interesantes estaban encantados de alquilar… hasta que mencionaba el nombre de tu amiga. En cuanto lo oían, todos se echaban para atrás.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—No daban explicaciones. Solo decían «lo sentimos», «ya está reservado», «no nos interesa en este momento». Uno tras otro. Así que, algo me dice que tu amiguita ha cabreado a alguien importante.

Me quedé en silencio unos segundos. Con la mandíbula apretada. Solo había una persona que se me ocurriera en aquel momento. ¿Vivienne?

—Pero dices que has encontrado un espacio disponible —dije, volviendo al presente.

Blake asintió.

—Sí. Porque es mío. Lo acabamos de adquirir Ethan y yo. Es un ático sin estrenar, en un edificio de obra nueva en el West Side. Tiene unas vistas de locos y techos altos con espacio abierto. Aún no lo hemos sacado al mercado.

—¿Y está disponible en dos semanas?

—Si lo quieres, sí. —Me sostuvo la mirada—. Pero necesito que me lo confirmes hoy. Si no, se lo enseño a dos fondos asiáticos que ya están preguntando por espacios así.

—Enséñamelo —dije, directo.

Blake sonrió de lado, como si ya supiera que iba a cerrar el trato. Agarró las llaves del escritorio, se puso la chaqueta y caminó hacia la puerta.

—Vas a quererlo en cuanto lo veas.

Salimos del despacho, subimos a su coche y quince minutos después aparcó en el parking de un edificio. Tomamos el ascensor privado que llevaba directo a la terraza.

En cuanto se abrieron las puertas, supe que tenía razón.

El espacio era una maldita joya.

Doble altura. Cristal de suelo a techo. Paredes limpias. Suelo de hormigón pulido. Una terraza que parecía flotar sobre la ciudad.

Manhattan a los pies, literal.

—¿Qué te parece?

Caminé hasta el centro del salón. Imaginé las luces. El logo de Belly proyectado sobre la pared del fondo. Su colección desfilando entre columnas negras. El público mirando. El mundo observando.

Sí. Este era el lugar.

—Lo quiero —dije.

Blake asintió.

—Te haré un buen precio… a cambio de que me consigas algo.

Lo miré de reojo.

—¿El qué?

Sonrió.

—¿Recuerdas el vestido que llevaba la chica con la que te morreaste en el cóctel de *The Fashion Trust*? La mujer con la que estoy viéndome lo quiere, pero está descatalogado en la web. Edición limitada o algo así. Quiero ese vestido.

—¿En serio?

—Estoy intentando acostarme con ella desde hace un mes. Ese vestido puede acelerar el proceso. Tú me entiendes.

Me reí entre dientes.

Así era Blake Prescott.

Su nombre y el mío salían con la misma asiduidad en los tabloides, siempre acompañados de palabras como mujeriegos,

solteros de oro o ricos sin control.

Pero la diferencia entre él y yo era que yo ya no estaba jugando.

—Trato hecho. A fin de cuentas, el evento que quiero organizar aquí es precisamente el de esa firma.

Blake sonrió, satisfecho.

—Perfecto. Entonces, ya está todo dicho.

Nos estrechamos la mano.

Trato cerrado.

Y si Vivienne Blake pensaba que podía borrarla del mapa… acabábamos de demostrarle que estaba jodidamente equivocada.

Minutos después, subí al coche. Antes de encender el motor, abrí la galería, seleccioné las fotos del ático que acababa de cerrar con Blake y luego escribí el mensaje. Corto. Sin adornos.

SPENCER

¿Qué te parece esto?

Lo envié.

Y me quedé esperando.

Sonriendo.

El visto apareció enseguida, seguido de los tres puntos. Esos malditos puntos que se mueven como si tuvieran vida propia. Estaba escribiendo.

La respuesta no tardó en llegar.

BELLY

¿De dónde ha salido este sitio?

SPENCER

Digamos que el universo ha dejado de tocarte los cojones.

Otra pausa. Más puntos. Luego la respuesta:

BELLY

Joder, Spencer. Gracias, gracias, gracias. Prometo compensarte con mucho sexo y un café decente cada mañana.

Sonreí. Imaginarme a Belly feliz era mejor que cualquier «gracias» escrito.

26

Belly

ASÍ ES COMO SE ROMPEN LOS SUEÑOS

Me había pedido el día libre para preparar la presentación de Rebelia.

Estábamos en el ático, rodeados de cables, prendas colgadas por todas partes, focos apuntando a media altura y modelos amateurs vistiéndose como podían en una zona que habíamos improvisado con biombos y cortinas negras.

Caos controlado. Pero caos.

Lennox y yo llevábamos horas sin sentarnos. Ni comer. Ni respirar bien.

—¿Has visto la espalda de la chaqueta número cinco? —grité desde el portátil, revisando el pase de looks—. El bajo se le dobla cuando camina.

—Lo arreglo en cinco minutos —respondió Lennox, agachado entre un maniquí y una pistola de calor.

Me pasé una mano por la cara. Tenía los dedos manchados de sombra negra. Ni idea de cuándo me los había llevado a los ojos.

—Esto es una puta locura.

—Una locura maravillosa —dijo Lennox, asomando la cabeza con esa sonrisa suya de guerra—. Belly, estamos aquí. Lo hemos conseguido.

Le miré. Y por un segundo me tembló todo.

No sabía si era por el vértigo, el cansancio o la adrenalina de tenerlo tan cerca. Pero sí. Lo habíamos conseguido. Rebelia iba a salir al mundo. Con focos. Con gente mirando. Con música. Con modelos reales. Con nuestra ropa. Nuestra voz.

Mi móvil vibró. Una vez. Dos. Tres.

Cogí el teléfono sin pensar.

Un mensaje de Adriana, redactora de *Style District*:

«Lo siento, Belly. Me ha surgido un imprevisto y no podré asistir esta noche. Espero que todo salga genial. Un abrazo.»

Vale. Una menos.

Nada grave.

Volví al trabajo.

Otra vibración. Luego otra. Y otra.

En cinco minutos, tenía cinco mensajes más.

«Belly, al final no voy a poder ir. Mil perdones.»

«Tengo una cena con inversores. Mucha suerte con la presentación.»

«Se ha caído mi fotógrafo a última hora, así que no cubriremos el evento.»

«Me temo que no podré pasarme esta noche. Avisa si hacéis otra.»

«Nos lo han desaconsejado desde dirección. Lo siento mucho.»

Me quedé quieta.

Con el teléfono en la mano.

Con el pulso empezando a acelerarse.

—¿Lennox? —dije, sin girarme—. Algo raro está pasando.

Entonces escuché su voz, gritando:

—¡No me lo puedo creer! ¡Joder, no me lo puedo puto creer!

Me giré de golpe.

—¿Qué pasa?

Me enseñó el móvil con la cara descompuesta.

—Están diciendo barbaridades. En serio. Están escribiendo artículos sobre ti. Sobre Rebelia. ¡Sobre todo!

Le cogí el móvil y entonces lo vi.

Ahí estaban.

Titulares de mierda en webs de moda con más seguidores que principios.

«Rebelia: la marca de la becaria que se tiró a Spencer Callahan.»

«La amante del CEO ahora quiere ser diseñadora.»

«¿Real talento o enchufe sexual?»

Mi estómago dio un vuelco.

—No… —susurré.

—Hay más —dijo Lennox, apretando los dientes—. Mira esto.

Abrió otro enlace.

> Fuentes cercanas aseguran que Spencer Callahan mantiene una relación con su asistente personal, a la que ha ayudado a conseguir contactos y espacios para promocionar una marca que, según varios expertos, no tiene ni concepto ni calidad.

—¿Qué… qué coño…?

—Aquí dicen que te cogieron en Callahan & Bloom por enchufe. Que eres la cuñada de Julian Hawthorne. Que Spencer solo te da visibilidad porque te lo estás tirando.

Las palabras se me empezaron a mezclar.

Sentía un pitido en el oído izquierdo. El corazón en la garganta. Las manos frías.

—No puede ser… —dije, bajito—. ¿Quién coño ha soltado esto?

—Yo te lo digo: alguien que quiere joderte. Que ha querido arruinarlo todo a última hora. ¿Te suena una rubia despechada con hambre de venganza?

Vivienne.

Joder.

Vivienne.

—¿Y la gente? —pregunté, con un hilo de voz—. ¿Están… creyéndoselo?

—Algunos sí —dijo Lennox, con la cara más seria que le había visto en la vida—. Los comentarios están llenos de mierda. Dicen que solo estás aquí por tu «polvo de oro». Que Rebelia es puro marketing sexual. Que el feminismo se ha ido al carajo contigo. Que eres una oportunista con buen culo.

Me quedé en silencio.

Un segundo.

Dos.

Y luego, sentí cómo algo dentro de mí se rompía.

Me tapé la boca con la mano y caminé hacia una esquina, como si eso pudiera alejarme de las palabras, de las notificaciones, de la humillación pública en tiempo real.

—Esto no puede estar pasando —murmuré.

Pero estaba pasando delante de mis ojos.

Mi mayor sueño. Mi trabajo. Mi firma. Mi puta vida… convertida en un escándalo viral.

Y lo peor de todo era que por un momento… empecé a creerlo.

Empecé a preguntarme si de verdad me lo había ganado.

O si tenía razón toda esa gente que decía que lo único que sabía hacer era abrirme de piernas delante del jefe adecuado.

—Belly… —dijo Lennox, acercándose despacio—. Vamos a solucionarlo, ¿vale?

Pero yo no podía estar tan segura de eso.

¿Sobrevivir a un escándalo de semejante calibre?

¿De verdad pensaba que podía jugar con los grandes… sin acabar pisoteada?

¿Cómo había podido pensar que podría ganar a Vivienne Blake en un mundo donde ella siempre cae de pie?

Me había pasado de lista y ahora la realidad me golpeaba con la mano abierta.

Noté el nudo en la garganta, duro, imposible de tragar.

—Han empezado a cancelar porque lo han leído, ¿verdad? —susurré.

Lennox no dijo nada. En ese momento, la puerta del ático se abrió y Spencer entró por ella con el rostro compungido por una mezcla de rabia, decepción… y algo más que no supe leer.

—He venido aquí en cuanto he leído los artículos. ¿Cómo estás? —dijo, poniéndome las manos sobre los hombros.

Me quedé quieta un segundo.

Solo un segundo.

Y luego lo aparté.

—¿Cómo crees que estoy, Spencer? Están diciendo que he llegado hasta aquí acostándome contigo. Que Rebelia no vale nada. Que tú me has «regalado» todo esto. ¿Y vienes a preguntarme cómo estoy?

—He mandado a mis abogados —respondió, serio—. Les han exigido que retiren los artículos o los llevamos a juicio por difamación. En unas horas estará todo fuera de circulación.

—En unas horas Rebelia ya estará muerta —dije, sin pestañear —. Se han cargado su reputación en tiempo récord. Años de trabajo reducidos a un titular.

—Belly…

—Sabes quién ha sido, ¿verdad?

Él no dijo nada.

—Ha sido Vivienne —seguí—. Me lo advirtió. Me dijo que si seguía contigo iba a destruirme. Pensé que solo exageraba, pero no. Hablaba en serio.

Spencer apretó la mandíbula.

—No va a salirse con la suya.

—Ya lo ha hecho —dije, con la voz rota—. Porque aunque borren los artículos, aunque calléis a los medios, lo que han dicho ya ha calado. Y hay gente ahí fuera que solo va a ver una cosa cuando escuche el nombre de Rebelia: que fui la chica sin talento que se folló al jefe.

—Lo arreglaré —dijo Spencer, dando un paso hacia mí.

—No. Déjalo, Spencer. No hagas nada. Solo… márchate, ¿vale? Preferiría estar sola ahora mismo.

Hubo un silencio.

Denso.

—Bells… —murmuró Lennox detrás de mí, bajito.

Me giré sin decir nada más. Di media vuelta y caminé hacia la salida.

Lennox fue detrás, en silencio. Y yo solo pude pensar en una cosa mientras empujaba la puerta del ático: mi sueño de años, mi prioridad, acababa de hacerse añicos para siempre.

27

Spencer

SACRIFICIO

Belly llevaba desde el día anterior sin responder mis mensajes y mis llamadas, y tampoco podía culparla. Aunque no fuera culpa mía de forma directa, sí que lo era por extensión.

Me pasé la mañana en mi despacho sin poder concentrarme. Cada vez que intentaba avanzar en algo, acababa mirando el móvil como un idiota. La última conversación con ella me daba vueltas en la cabeza como una canción pegajosa.

«Márchate.»

«Preferiría estar sola ahora mismo.»

Mis abogados habían conseguido hacer desaparecer todos los artículos. Uno por uno. Algunos medios se disculparon. Otros simplemente borraron y siguieron adelante, como si nada. Pero daba igual.

El daño ya estaba hecho.

Las capturas seguían rulando por todas partes.

Las cuentas de cotilleos lo habían explotado a muerte.

Y lo que no habían dicho los titulares, lo estaban diciendo los comentarios.

Rebelia había tenido que cancelar su presentación.

Y a esas alturas, el mundo de la moda entero creía que Belly Reid era una cría enchufada que se había abierto paso acostándose conmigo.

Lo peor era que no sabía cómo arreglarlo.

Esa noche acabé en el reservado del hotel Luxury, sentado frente a cuatro caras conocidas que ya estaban bebiendo como si no tuvieran reputaciones que perder.

Julian, con el ceño fruncido y esa expresión de «esto se va a descontrolar».

Leo, reclinado como si el sofá fuera suya la maldita casa. A pesar de las circunstancias tenía expresión de felicidad absoluta, y no podía culparlo. Ya le había pedido matrimonio a Riley, le había dicho que sí y en unos meses se convertiría en el esposo de la mujer de su vida.

Por su parte, Cameron se reía de alguna gilipollez.

Y Adam, revisando su móvil cada diez segundos, como siempre.

—¿Y bien? —dijo Julian nada más verme—. ¿Alguna novedad?

—Todo sigue jodido —resoplé, dejándome caer en el sofá de cuero. Pedí whisky al camarero con una seña. Lo necesitaba.

Leo me miró por encima de su copa.

—¿Y Belly?

—No me contesta. Desde ayer. Ni un solo mensaje. Ni una llamada.

—¿Y qué esperabas? —preguntó Cameron, encogiéndose de hombros—. ¿Que te agradeciera el escándalo con un polvo de

reconciliación?

—No es culpa mía. No directamente —dije, tensando la mandíbula—. Pero eso da igual. El daño está hecho. Y lo peor es que no sé cómo arreglarlo.

Julian apoyó los codos en las rodillas, más serio.

—Yo he hablado con The Manhattan Voice, del grupo editorial —añadió, refiriéndose a su imperio de medios—. Van a publicar un artículo sobre Rebelia. Contarán cómo empezó, cómo Belly y Lennox han peleado desde la universidad para lanzar la firma, cómo han construido todo desde cero. Pero no creo que sea suficiente para limpiar su nombre.

—¿Por qué no? —preguntó Cameron, frunciendo el ceño.

—Porque mientras Vivienne siga haciendo llamadas, manipulando, soltando mierda en círculos donde su palabra pesa... cada intento por arreglar esto va a parecer una excusa mal maquillada —respondió Julian, serio—. Clementine está muy preocupada por Belly. Necesitamos contraatacar.

—¿Contraatacar cómo? —preguntó Cameron, alzando una ceja.

—Con algo que anule todo lo que ella diga. Una bomba —intervino Adam, sin levantar la vista del móvil.

Me froté la barbilla, pensativo.

¿Una bomba que lograra neutralizar a Vivienne?

¿Que terminara con su autoridad dentro del mundillo de la moda y reestableciera la credibilidad de Rebelia?

Tenía que ser algo más grande que un desmentido. Más fuerte que un artículo.

Tenía que ser… una verdad incontestable. Algo que hablara por sí solo.

—Si se supiera que Vivienne es infiel a su marido —dije en voz baja—. Y que no quiere soltar a su amante…

Cameron alzó la vista como si acabara de despertarse.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—Solo digo que si esa historia saliera a la luz, su palabra dejaría de valer. Nadie en la industria la tomaría en serio. Ni *Vogue*, ni *Elle*, ni las marcas que la contratan. Sería la hipócrita que se folla a un

CEO y luego intenta arruinar a su asistenta porque no soporta ser reemplazada.

—Pero, Spencer… eso arruinaría tu reputación —dijo Julian, frunciendo el ceño.

—Por no hablar de que sufrirías la ira de Adrian Cole —añadió Adam, levantando por fin la vista del móvil—. ¿Te has olvidado de que el marido de Vivienne es uno de los tipos más poderosos y más jodidamente vengativos de la industria musical?

Me recliné en el sofá, mirándolos a los dos.

—Mi reputación ya está en entredicho. Y sobre Adrian Cole… bueno, supongo que durante un tiempo voy a tener que mirar a lado y lado de la calle antes de cruzar. No vaya a ser que un coche sin matrícula decida que ya he vivido demasiado.

Cameron soltó una risa tensa, pero Julian no. Me miró como si no entendiera cómo podía tomármelo así.

—No sé cómo te lo puedes tomar en coña —dijo, serio—. ¿De verdad harías eso por Belly?

Suspiré. No contesté de inmediato.

—Ella no se merece estar en medio de esta mierda.

Adam alzó una ceja, sin levantar la vista del móvil.

—Tampoco te olvides de que fue ella quien te chantajeó en primer lugar.

—Sí —admití—. Me chantajeó. Pero aun así, tenía razón al quejarse de que no pintaba nada haciendo de becaria invisible. Belly es talentosa. Brillante. No solo diseña bien, tiene ojo, tiene carácter, tiene visión. Sabe leer una prenda como si fuera un mapa. Tiene algo que la mayoría de diseñadores en Callahan & Bloom no tienen. Merece estar en una pasarela de verdad. Donde todo el mundo pueda ver lo que vale. Merece que la escuchen. Que la respeten. Que la tomen en serio. Y si para eso yo tengo que cargar con la mierda… pues la cargo.

Adam chasqueó la lengua contra el paladar.

—Otro soldado herido de guerra. Creo que a estas horas solo quedo yo en pie.

Leo soltó una risa corta, apoyando la copa en la mesa.

—Bueno, dudo que sea durante mucho tiempo. Hemos caído los peores. Así que es cuestión de tiempo que te unas al club, Sinclair.

—Club de los que se comen sus propias palabras —dijo Julian, sin mirarle—. Porque el día que te enganches, vas a ser el más gilipollas de todos.

—Exacto —añadió Leo—. Y vamos a recordártelo cada cinco minutos.

Adam negó con la cabeza, medio riendo.

—Tranquilos. Estoy bien como estoy. Mientras vosotros os enamoráis, os reproducís o caéis en chantajes con final feliz… yo sigo ganando dinero, durmiendo solo y follando con mujeres atractivas cuando me apetece.

—Dale tiempo. Ese discurso lo tuvimos todos. Justo antes de caer como idiotas.

—Y cuanto más alto hablas —añadió Julian—, más fuerte suena la hostia cuando te pasa.

Adam sonrió, tranquilo, como si supiera que esa hostia aún estaba lejos. Pero todos sabíamos lo mismo: nadie se libra.

Por eso tenía la vida patas arriba y aun así estaba dispuesto a complicarla más por ella. Porque si alguien lo valía, era Belly.

28

Belly

EL ARTÍCULO QUE LO CAMBIA TODO

Me despertó el sonido insistente del telefonillo. La noche anterior me había costado quedarme dormida y había dormido a saltos, mal. Mataría a quien estuviera al otro lado.

—Belly, abre. No te vas a creer lo que ha pasado —dijo la voz de Lennox.

Gemí, abrí y esperé con la puerta abierta.

Lennox subió las escaleras como si huyera de un incendio. Cuando llegó, tenía los ojos desorbitados y el móvil en alto.

—Mira esto.

Me lo puso delante de la cara. Era una notificación de Modernoire.

MODERNOIRE // EXCLUSIVA

Spencer Callahan rompe su silencio:

«Rebelia no es un escándalo, es el futuro. Todo lo que se dice sobre la firma emergente es un invento de Vivienne Blake.»

Por Claudia Estévez

Desde hace semanas, la industria de la moda ha estado más pendiente del escándalo que del talento.

Blogs, cuentas de cotilleos y medios digitales se han hecho eco de rumores sobre Rebelia, la firma emergente de diseño sostenible fundada por Isabel Reid y Lennox Rivers.

El titular que más se ha repetido:

«La becaria que se acostó con el CEO para lanzar su marca.»

Hoy, Spencer Callahan, director ejecutivo de Callahan & Bloom y heredero de una de las casas más influyentes de Nueva York, rompe su silencio.

Y lo hace de forma clara.

«Rebelia no es un escándalo, es el futuro», declara Callahan. «Todo lo que se ha dicho sobre la firma, sobre Isabel Reid y sobre cómo consiguió lanzar su marca… es mentira. Y sé perfectamente de dónde vienen esas mentiras: de Vivienne Blake».

Callahan, que confirma por primera vez su relación pasada con la supermodelo, casada con Adrian Cole, asegura que fue Vivienne quién filtró las informaciones falsas a los medios, contactó con redactores, hizo llamadas para bloquear espacios de eventos y presionó para que cancelaran la presentación de Rebelia.

«Vivienne no soportó que nuestra relación terminara. Quiso vengarse de la forma más fácil: atacando a alguien que no podía defenderse. Isabel. Y eso no voy a permitirlo.»

Al preguntar sobre su vinculación personal con la diseñadora, Spencer no lo esquiva.

«Sí. Estoy con ella. ¿Y qué? No hay cláusulas morales para enamorarte. Pero eso no cambia lo más importante: Isabel no necesita mi apellido. Ni mi dinero. Ni mi agenda. Lo que tiene vale por sí solo. La he visto trabajar. Crear. Dirigir

un equipo. Resolver una crisis sin levantar la voz. Ella y Lennox han construido Rebelia desde cero. Sin padrinos. Sin trampa. Solo con ganas».

El CEO también confirma que ha puesto a su equipo legal a trabajar para limpiar su nombre y el de la firma.

Pero lo más impactante llega al final de la conversación, cuando le preguntamos si teme lo que Vivienne Blake pueda hacer a partir de ahora.

«Que haga lo que quiera. No pienso callarme. Rebelia no solo va a presentar su colección. Va a quedarse. Porque cuando algo está bien hecho, no hay escándalo que lo tumbe.»

Me llevé una mano a la boca, con los ojos muy abiertos.

—¿Spencer se ha vuelto loco?

Lennox pasó de largo hacia la cocina. Sudaba como si hubiera corrido una maratón.

—He venido corriendo desde mi casa al leerlo —dijo mientras abría la botella de agua—. Me ha dado un tirón en la pierna subiendo las escaleras.

No podía dejar de mirar la pantalla.

Allí estaba.

Su nombre. Su cara. Sus palabras.

Diciendo delante de toda la industria que yo no era un escándalo, que Rebelia era el futuro, que Vivienne Blake era una mentirosa vengativa.

—¿Esto es real? —murmuré—. ¿De verdad ha hecho esto?

Lennox volvió con la botella en la mano, medio jadeando.

—No solo lo ha hecho. Lo ha hecho a lo bestia.

Me pasé una mano por el pelo, de pie junto al sofá, incapaz de sentarme.

—Pero se ha puesto en el puto centro del huracán. Vivienne Blake va a ir a por él. Y Adrian Cole también. Esto no es solo una entrevista. Esto va a tener consecuencias muy graves para él.

—Pues por lo que parece, le da igual.

—Joder… —caminé de un lado a otro, con el móvil aún en la mano, los dedos sudados, la garganta cerrada—. ¿Por qué haría algo así?

—Belly, no sé cómo decírtelo sin que me lances algo a la cabeza, pero… —Lennox bebió un trago y se apoyó en la encimera, serio—. Debes gustarle mucho para hacer todo esto.

Lo fulminé con la mirada.

—Lo nuestro es solo sexo.

—¿En serio? ¿Después de leer esto… lo sigues creyendo?

Abrí la boca. Y me la volví a cerrar.

No tenía respuesta.

No una que pudiera decir en voz alta sin que se me notara el temblor.

Me senté en el sofá y en ese momento mi móvil sonó. Era un número desconocido.

—¿Sí?

—¿Con Isabel Reid? —La voz era profesional, clara, segura—. Habla Celine Laurent, redactora jefe de Maison Eight. He leído el artículo de Modernoire y…me gustaría entrevistarte. Un reportaje a fondo sobre Rebelia. Lo que hay detrás. Sin escándalos, solo su historia.

Me quedé muda. Literalmente.

Miré a Lennox. Él alzó una ceja. Yo asentí sin pensar.

—Sí. Claro. Encantada.

—¿Puedes mañana a primera hora? Puedo adaptarme a tu horario.

—Mañana está bien. A las diez.

—Perfecto. Te enviaré un correo con los detalles. Gracias, Isabel.

Colgó.

Me quedé mirando el móvil un segundo.

—Era de Maison Eight. Quieren hacerme una entrevista para hablar de Rebelia.

—Guau —dijo Lennox, con media sonrisa—. Vale, ahora sí que estás oficialmente en el mapa.

—No sé si quiero vomitar o gritar.

Me volví hacia él con los ojos muy abiertos, el pulso a mil.

—Lennox… Maison Eight. Esa revista no entrevista a cualquiera. Hace perfiles de diseñadores top. Diseñadores de verdad. De los que llevan veinte años en la industria.

—Ya. Y ahora van a hacer uno de ti. Porque lo mereces.

Negué con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—Todo esto es por Spencer… porque se ha sacrificado por mí. Porque se ha expuesto. Porque ha puesto su nombre, su apellido, su reputación… por mí. Y yo lo traté como una mierda el otro día.

—Cielo, estabas en shock. Es normal —dijo Lennox, en voz baja.

—Le dije que se fuera. Que no hiciera nada. Que no quería verle. Y él, en vez de desaparecer, se puso delante del mundo a defenderme como si yo valiera más que todo lo que él podía perder.

—Porque lo vales —dijo él, sin dudar—. Porque te quiere. Y tú a él también. Aunque sigas haciendo como que no.

Me pasé las manos por la cara, limpiándome las lágrimas con la palma, como si así pudiera barrer la culpa también.

—Lennox, necesito verlo.

—¿Y quién te lo impide? —dijo, alzando una ceja—. Ve en su busca. Seguro que él también está deseando verte.

Asentí, me calcé las deportivas sin ni siquiera cambiarme el pijama por otra cosa y salí escopetada de casa. Había sido injusta con él esos días, cuando él no había tenido la culpa de nada y, ahora, después de ver su gran gesto, no me cabía duda de que Spencer Callahan era el hombre que estaba dispuesto a perderlo todo… solo para que yo no perdiera lo mío.

¿Cómo seguir fingiendo aún que lo nuestro no era amor?

29

Spencer

¿ACEPTAS? ACEPTO

Mi padre. Mi abuelo. Algunos socios. Varios inversores. Había recibido llamadas de todos. Y no precisamente para felicitarme.

Todo el mundo estaba muy cabreado. Por haber metido a Callahan & Bloom en un escándalo mediático de semejante magnitud.

Por salir en portadas no por una colección, sino por «defender públicamente a una becaria con la que te acuestas».

Incluso hubo quien pidió que me apartara del puesto de CEO temporalmente.

«Solo hasta que amainara el temporal, por el bien de la firma», dijeron.

Sabía que eso solo sería el principio. Que venían días, incluso semanas, muy difíciles. Que cada decisión iba a ser cuestionada, cada movimiento analizado al milímetro, y que el apellido Callahan iba a estar en la boca de todos... pero no por la colección de otoño.

Y aun así, no pensaba dar un solo paso atrás.

Además, dudaba que tardasen mucho los abogados de Vivienne en llamarme para intentar frenarme, amenazarme con una demanda.

Lo estaba esperando.

Tenía claro que iba a reaccionar.

Vivienne no era de las que aceptan perder. Mucho menos en público.

Pero lo cierto era que ya me daba igual.

No dejaría que hundiera a Belly.

Nunca debí implicarla en primer lugar.

Era mi guerra, no la suya.

Fui yo quien se metió con Vivienne.

Fui yo quien pensó que podía controlarlo todo sin consecuencias.

Fui yo quien subestimó lo que era capaz de hacer cuando se sintiera desplazada.

Y Belly fue quien lo pagó.

Estaba sentado en mi despacho, con el móvil lleno de llamadas perdidas, notificaciones, correos que no pensaba abrir. Ignorándolo todo. Hasta que alguien llamó a la puerta.

—Estoy ocupado —dije, sin levantar la vista.

La puerta se abrió igual. Y entonces la oí.

—Me da igual.

Levanté la cabeza y ahí estaba Belly. Llevaba un pijama de Bob esponja y tenía los ojos rojos, como si hubiera estado llorando.

—Belly…

Cerró la puerta detrás de ella sin decir nada.

Caminó hasta el centro del despacho, despacio, como si no supiera si estaba cruzando una línea o volviendo a casa.

—Acabo de leer el artículo de *Modernoire* —dijo, con la voz un poco más baja de lo normal—. No sé si estás loco o si simplemente te da igual todo.

—¿Y si no es ni una cosa ni la otra? —respondí—. ¿Y si simplemente estoy enamorado?

Se me quedó mirando. Con esa mezcla de incredulidad y miedo que ya le conocía de memoria.

—Pensé que lo nuestro sería solo sexo —susurró.

Asentí despacio.

—Yo también lo pensé. Pero creo que desde el momento en el que entraste en este despacho para chantajearme, estuve jodido. Si hay una mujer capaz de hacerme perder la cabeza… Esa mujer eres tú.

Belly apretó los labios, como si estuviera conteniéndose.

—Vivienne va a querer acabar contigo.

—¿Crees que no lo sé? —respondí, sin dudar—. Y no me importa. Haga lo que haga, lo enfrentaré.

—No tiene escrúpulos, Spencer.

—Bueno, yo tampoco —dije, mirándola de frente—. Así que si quiere guerra, la va a tener. Pero esta vez no va a meterte a ti en medio. Contigo no se mete nadie más.

Ella bajó un segundo la mirada, como si esas palabras le pesaran en el pecho. Después volvió a clavar los ojos en los míos.

—No quiero que luches por mí si eso te va a destruir.

—No lo hago solo por ti. Lo hago por *Rebelia*. Creo que es un proyecto que merece ver la luz. Callahan & Bloom, pase lo que pase, acabará recuperándose. Tiene los recursos, los contactos, la historia. Pero *Rebelia*… es ahora o nunca.

—¿Y si no sale bien? —preguntó, casi en un susurro.

—Si te quedas conmigo —dije, bajando la voz—, ya habrá valido la pena. Sea cual sea el precio a pagar.

Ella se quedó quieta. Sin pestañear. Como si esas palabras le hubieran golpeado justo donde más dolía.

—Spencer…

—¿Qué me dices? ¿Aceptas?

Pasaron dos segundos. Tres. Y entonces dio un paso hacia mí.

—Te digo que no tengo ni idea de cómo se hace esto. Que tengo miedo. Que aún me cuesta creer que alguien esté dispuesto a arriesgar tanto por mí. Pero sí, acepto.

Me tendió la mano y yo se la cogí. Tiré de ella despacio hasta que no quedó ni un centímetro entre los dos. Y, entonces, la besé.

Sin prisa.

Sin necesidad de palabras.

Y mientras lo hacía pensé que no sería fácil. Que seguirían viniendo curvas. Que Vivienne, los medios, el miedo, todo eso seguiría ahí.

Pero también supo esto: que si estábamos juntos, iba a merecer la pena cada jodido segundo.

Epílogo

Belly

NADA QUE OCULTAR

La sala estaba llena, iluminada por una luz blanca que lo envolvía todo, con música suave de fondo y focos que caían con delicadeza sobre los maniquíes.

El logo de *Rebelia* brillaba proyectado en la pared, como si siempre hubiera pertenecido allí.

Y yo… y yo tenía el corazón en la garganta.

Habían pasado exactamente treinta y seis días desde que estalló todo. Desde que Spencer Callahan, el CEO de una de las casas de

moda más influyentes del mundo, se sentó frente a la prensa y dijo que me amaba, que Rebelia era real, y que Vivienne Blake mentía.

Treinta y seis días desde que me preguntó si aceptaba quedarme con él.

Treinta y seis días desde que le había dicho que sí.

Desde entonces, las cosas entre nosotros no habían sido perfectas. Pero habían sido reales. Y aunque discutíamos, porque claro que discutíamos, éramos nosotros, siempre terminábamos en el mismo sitio: juntos.

Respecto a las consecuencias de su artículo, no fueron inmediatas, pero llegaron. Spencer tuvo que dar explicaciones al consejo. Hubo reuniones tensas, inversores que se bajaron del barco, prensa que quiso seguir exprimiendo el drama todo lo posible. Y, por supuesto, Vivienne intentó negarlo todo.

Mandó comunicados.

Llamó a periodistas.

Se hizo la víctima.

Dijo que Spencer había manipulado la historia por despecho y que yo era una oportunista con suerte.

Pero ya no colaba.

La gente empezó a ver la otra cara.

Y por primera vez, su nombre no generaba respeto, sino sospechas.

Incluso Adrian Cole le había pedido el divorcio. Gracias a Dios no parecía dispuesto a vengarse.

No fue una victoria inmediata.

Pero sí fue un cambio.

Y con el tiempo, las aguas se calmaron. Callahan & Bloom no cayó. Spencer tampoco.

Y Rebelia…

Rebelia encontró su hueco.

Y lo llenó.

Empezaron a escribir de nosotros en serio. No sobre si me lo tiraba o no, sino sobre los tejidos reciclados, los cortes asimétricos,

las colaboraciones pequeñas pero potentes.

Nos invitaron a ferias independientes. Nos mencionaron en editoriales. Y esta noche… presentábamos por primera vez nuestra colección en una galería abierta al público, con todo vendido y más solicitudes de invitación de las que podíamos gestionar.

Caminé por la pasarela improvisada entre columnas, saludando a los invitados con media sonrisa. Tenía los dedos fríos y el estómago en la garganta.

—¿Lista? —preguntó Lennox a mi lado, ajustando el cuello de su americana con aire de pasarela.

—No —respondí, sonriendo—. Pero eso nunca nos ha detenido.

Y entonces empezó.

Luces. Música.

Las modelos salieron una a una, cada una con una prenda que habíamos diseñado entre cafés fríos, noches sin dormir y trozos de tela que nadie quería.

Cada paso sobre esa pasarela improvisada era una pequeña victoria.

Cada mirada del público, un recordatorio de que no estábamos locos.

Que valía la pena.

Que Rebelia ya no era solo un sueño de dos universitarios con una máquina de coser prestada.

Era real.

Y estaba ocurriendo delante de todos.

Cuando todo terminó, la música bajó. Las luces se quedaron fijas sobre la pasarela. Y durante unos segundos, no se escuchó nada. Ningún murmullo. Ningún movimiento. Solo silencio.

Ese tipo de silencio que pesa. Que se siente. Que se clava.

Y entonces… el público aplaudió.

Fuerte. De pie. Sin disimulos. Sin miedo. Como si no solo estuvieran celebrando una colección, sino todo lo que nos costó llegar hasta aquí.

Vi a Clementine entre la gente, con las manos juntas y los ojos brillantes.

Julian, a su lado, sonriendo orgulloso.

Mis padres también estaban allí. Mi madre me aplaudía con lágrimas en los ojos. Mi padre solo asentía, como si no supiera qué decir, pero le bastara con verme.

Y entonces lo vi a él.

Spencer subió a la pasarela, cruzándola con calma.

Con su traje negro impecable, y ese gesto suyo que decía *sé exactamente lo que estoy haciendo*.

En una mano llevaba un ramo de rosas blancas.

Cuando llegó hasta mí, me lo tendió.

—Esto es por ti —dijo, sin micrófono, sin poses—. Por lo que has creado. Por todo lo que viene.

Me lo quedé mirando.

Y antes de que pudiera decir nada, me besó.

Ahí.

En el centro de la pasarela.

Con todos mirando.

Con todos sabiendo que ya no había nada que ocultar.

Por fin había cumplido mi sueño de presentar Rebelia al mundo.

Y lo hacía con el apoyo del amor de mi vida a mi lado.

¿Qué más podía pedir?

Nada.

Absolutamente nada.

Extra

Spencer

YA ESTAMOS TODOS

Estaba en el reservado del hotel Luxury, bebiendo con los chicos. Julian, Cameron, Leo. Todos con una copa en la mano y la lengua un poco más suelta de lo habitual. Solo faltaba Adam.

Y cuando por fin apareció, nos sorprendió a todos. No por llegar tarde. Sino porque no tenía su cara de siempre. Esa expresión neutra, esa mirada de androide.

Por primera vez en años, parecía humano.

—Tíos —dijo, plantándose en medio del grupo sin sentarse—. La he jodido.

Todos lo miramos al mismo tiempo.

Silencio.

Julian fue el primero en hablar:

—¿Qué has hecho?

Adam se pasó la mano por la cara, algo que jamás hacía.

Suspiró.

Y nos miró como si no supiera por dónde empezar.

—He roto mis propias reglas —murmuró—. Quedé con una mujer que conocí en una app para ligar, tuve una noche de sexo alucinante con ella y esta mañana, cuando he llegado al trabajo… he descubierto que es mi nueva secretaria.

Solté una carcajada.

—Espera, espera… ¿no fuiste tú el que me dijo, literalmente, «nunca se me ocurriría mezclar negocios con placer?»

Adam me fulminó con la mirada.

—No lo sabía —gruñó Adam, visiblemente molesto—. ¡No tenía ni idea de quién era hasta que la he visto entrar hoy en mi despacho

acompañada de Recursos Humanos!

—Hostia —soltó Leo, dejando la copa sobre la mesa—. ¿Y ella qué ha dicho?

Adam se dejó caer por fin en una de las butacas.

—Nada. Me ha mirado, ha sonreído… y ha fingido que no me conocía.

Nos quedamos todos en silencio.

Y mientras Adam se frotaba la cara como si le doliera pensar, yo di un trago largo y solté, medio en voz baja:

—Ya estamos todos.

Porque sí. Estaba convencido de que hasta Adam estaba a punto de caer.

SINOPSIS MULTIMILLONARIO INSACIABLE

Una noche sin compromiso. Un desconocido irresistible. Y una sorpresa que lo cambia todo.

Soy Olivia Park, tengo veintisiete años y acabo de salir de una relación larga, aburrida y predecible.

Después de meses intentando recomponerme, me di cuenta de una verdad incómoda: en esta ciudad es más fácil pedir un préstamo que conocer a un hombre decente.

Así que me descargué una app de ligues.

Y ahí apareció él.

Guapo, directo, con una voz que sonaba a pecado y una propuesta imposible de rechazar: una sola noche, sin nombres, sin promesas, sin mañana.

Acepté.

Y durante esas horas… me olvidé del mundo.

De todo.

Hasta de mí misma.

Lo que no esperaba era que, días después, al llegar a mi nuevo trabajo, lo vería otra vez.

El hombre con el que tuve la mejor noche de mi vida… es mi nuevo jefe. Y yo, la secretaria que tendrá que fingir profesionalidad cada vez que tome notas mientras recuerdo cómo me hizo temblar.

Porque, aunque juramos que fue solo una noche, el destino o el más cruel de los caprichos decidió encerrarnos en la misma oficina, día tras día, con la tensión subiendo como una bomba a punto de estallar.

Lo que encontrarás en esta historia:

✓ Romance prohibido entre jefe y secretaria.

✓ Una noche que se convierte en deseo constante.

✓ Un millonario racional incapaz de controlar lo que siente.

✓ Tensión, sarcasmo y química explosiva.

✓ Una historia de amor que demuestra que las reglas están para romperse.

¡YA EN PREVENTA!

Capítulo especial

Spencer

UNA NAVIDAD EN MANHATTAN

Faltaban pocas semanas para Navidad y nevaba.

Pero no de esa forma dramática de película.

Nevaba suave, en silencio, como si la ciudad por una vez no tuviera prisa.

Y ahí estábamos nosotros, paseando por Central Park con un café en la mano, pegados como si el frío no pudiera tocarnos.

Belly llevaba el gorro rojo que decía que no le gustaba pero siempre se lo ponía y una bufanda que había «robado» de mi armario y que me quedaba mejor a mí.

Yo solo caminaba a su lado, con las manos en los bolsillos y la vista en su sonrisa.

Porque cuando ella sonreía así, se me olvidaba todo.

—Esto parece una postal —dijo, con la nariz roja por el frío—. Mira eso. Luces, nieve, chocolate caliente...

Hizo un gesto hacia el carrito de castañas, una pareja sacándose fotos frente a un árbol iluminado y un grupo de niños tirándose bolas de nieve como si fuera deporte olímpico.

—Es todo tan… perfecto que da miedo.

—Yo lo único perfecto que veo en este sitio eres tú —dije, sin pensarlo demasiado.

Ella giró la cabeza y me miró con esa mezcla entre «qué cursilada y «me ha gustado».

Seguimos caminando. La magia de la Navidad nos envolvió durante el paseo, de esa forma silenciosa y casi tramposa en la que todo parece más fácil de lo que es. Las luces colgaban de los árboles como si alguien las hubiera puesto ahí solo para decorar nuestro momento.

Y entonces sonó el móvil. Lo miré. Era Blake Prescott, mi colega de la universidad.

—¿Tienes que cogerlo? —preguntó Belly.

—Sí. Se lo debo —respondí, sacando el teléfono del bolsillo—. Fue el único que estuvo dispuesto a alquilarme un lugar para tu presentación… cuando todo el mundo nos cerraba la puerta en la cara.

Belly asintió y deslice para contestar.

—Dime.

—Tío, necesito un favor. Es urgente.

Su voz sonaba impaciente.

—¿Qué pasa?

—He mentido. A lo grande.

—¿Has mentido en qué?

—En que tengo novia. Y no una cualquiera, no. Le he dicho a un inversor español que tengo una novia también española.

Me llevé una mano a la frente.

—¿Por qué coño dirías eso?

—Porque el tío quería anular una inversión por culpa de mis escándalos en la prensa. Ya sabes cómo funciona esto. Hasta hace poco tú eras como yo. Me pilló de improviso, y no sé… supongo que en un intento de parecer adulto, responsable y emocionalmente estable, le solté que tenía pareja. Española.

Me quedé en silencio dos segundos.

—¿Y en qué se supone que te puedo ayudar?

—Tú conoces a mucha gente —dijo, con ese tono de *voy a pedir algo que sabes que no deberías aceptar*—. ¿No conocerás a una española dispuesta a fingir que está loca por mí durante una cena de negocios?

Me pasé la mano por la cara y se me escapó una risa, una de esas incrédulas.

—Estás loco, tío. No seré yo quien te invite a fingir una relación, no después de la que lie con Belly hace unos meses.

Belly levantó una ceja y me miró de reojo, claramente sin saber de qué demonios hablábamos.

—¿Perdón? ¿Mentir sobre una relación? ¿Me he perdido algo?

—Luego te cuento —dije antes de concentrarme en Blake de nuevo—. ¿Y si le dices la verdad? —le propuse.

Blake resopló al otro lado.

—No puedo. El inversor es un tipo chapado a la antigua, conservador hasta la médula y obsesionado con las apariencias. Le sueltas la palabra «soltero» y cree que estás a dos pasos de acabar en la cárcel.

—Pues solo puedo decir que preguntaré por ahí, pero no te prometo nada —respondí, medio riendo.

—Gracias, tío.

Colgué.

Belly me miraba con los brazos cruzados y la típica expresión de *me estoy divirtiendo más de lo que admito*.

—¿Y bien? —preguntó.

—Creo que mi querido amigo acaba de meterse en un lío… uno que promete convertirse en la próxima comedia navideña del año. Con mentiras, tensión sexual y acento español incluido.

Belly soltó una carcajada.

—Pobre de la chica.

—Pobre de él —corregí, con una media sonrisa—. Todavía no sabe que la española le va a arrasar la vida.

Nos sonreímos el uno al otro.

Cómplices.

Cansados, felices, llenos de historia.

Y seguimos caminando por Central Park, rodeados de luces, nieve cayendo suave y ese silencio tranquilo que solo llega cuando todo por fin encaja.

SERIE REGÁLAME UN CEO POR NAVIDAD

¡Hola, princesas!

Falta muy poquito para Navidad, mi época favorita del año, y este año quería regalaros algo especial.

Por eso he escrito dos novelas románticas llenas de magia, amor y espíritu navideño, que forman parte de la nueva serie «Regálame un CEO por Navidad».

En ellas conoceréis a los hermanos Blake y Ethan Prescott, dos hombres irresistibles, poderosos y con corazones mucho más tiernos de lo que imaginan. Dos historias independientes pero conectadas por el amor, la familia y esa chispa especial que solo se siente en diciembre.

«Novia del CEO por Navidad» y «Atrapada con el CEO por Navidad» son mis cartas de amor a la ilusión, a los nuevos comienzos… y a esos romances que calientan el alma cuando fuera nieva.

¡YA EN PREVENTA!

7 y 21 de diciembre, días de lanzamiento.

Novia del CEO por Navidad

Una mentira navideña. Un pacto imposible de resistir. Y la chispa que amenaza con convertirse en fuego.

Soy Valeria Martín, trabajo como junior en una empresa de Nueva York, y tengo un problema inmenso: mi jefe quiere que me haga pasar por su novia durante las fiestas navideñas.

Al parecer, un inversionista español no quiere cerrar un trato con él por culpa de su reputación. Y no es para menos: Blake Prescott, mi jefe, es multimillonario, mujeriego y tiene fama de coleccionar conquistas más rápido que acuerdos.

Su propuesta es sencilla: fingir ser su pareja estas navidades.

A cambio, me promete un ascenso, unas vacaciones en casa y… poner fin a mi interminable sequía en la cama. Porque desde que mi

ex me plantó a pocas semanas de la boda hace tres años, mi vida íntima es inexistente.

Lo que no esperaba es que, entre luces de Navidad, galletas caseras y besos bajo el muérdago, la línea entre el pacto y el deseo se volviera cada vez más difusa.

Porque Blake no solo sabe cerrar negocios. También sabe exactamente cómo volverme loca en todos los sentidos.

¿Podré seguir fingiendo cuando mi corazón empiece a creerse esta farsa navideña?

Lo que encontrarás en esta historia:

✓ Romance entre jefe y empleada.

✓ Enemigos a amantes con chispas navideñas.

✓ Una falsa relación que se complica (y se calienta).

✓ Tradiciones, nieve, galletas y… mucha química.

✓ Un jefe millonario que no cree en la Navidad.

Atrapada con el CEO por Navidad

Una tormenta invernal. Un pueblo perdido en el mapa. Y un jefe tan irritante como irresistible.

Soy Kayla Morris, asistente personal de Ethan Prescott, y tengo un problema enorme: me he quedado atrapada en un pueblo remoto con mi jefe después de que nuestro avión fuera desviado por culpa de una tormenta de nieve.

¿El contratiempo?

La única posada disponible cree que somos un matrimonio recién casado y solo tiene una habitación libre.

¿La solución?

Compartir cama con Ethan, multimillonario y encantador, pero también el último hombre con el que debería dejar que se me acelere el corazón.

No nos queda otra opción que aguantar unos días en Mapple Hollows hasta que pase la tormenta, fingir que somos pareja y tratar de sobrevivir sin volvernos locos en el intento.

Lo que no imaginaba es que, entre paseos por el pueblo nevado, concursos navideños y roces imposibles de evitar, la tensión acabaría derritiendo hasta el hielo más duro.

¿Podré seguir fingiendo indiferencia cuando mi corazón empiece a querer convertir esta farsa en algo real?

Lo que encontrarás en esta historia:

✓ Romance entre jefe y empleada.

✓ Convivencia forzada en un pueblo navideño.

✓ Una sola cama y demasiada tensión.

✓ Momentos tiernos, cómicos y muy románticos.

✓ Un CEO encantador que nunca imaginó enamorarse en Navidad.

¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?

Puede que no lo sepas, pero cada valoración y reseña que dejas en Amazon tiene un impacto enorme.

Es como si dijeras: «Esta historia me llegó, y quiero que más lectoras puedan descubrirla».

No hace falta escribir un texto largo; una frase, una emoción, incluso solo las estrellas… todo ayuda muchísimo.

Eso sí, hay algo importante que quizá no sabías: en Amazon, una valoración por debajo de 4 estrellas se interpreta como que el libro no te ha gustado, aunque tú solo quieras expresar que te gustó «un poquito menos».

Por eso, si disfrutaste la lectura, dejar 4 o 5 estrellas ayuda a que la historia pueda seguir llegando a más lectoras.

Gracias, de corazón, por cada palabra, cada reseña y cada gesto de cariño.

Detrás de cada historia hay una autora que sonríe al leerte.

¡MUCHAS GRACIAS!

¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

¡Hola, princesa!

Gracias por dejarte arrastrar por la intensidad, el fuego y las contradicciones de Belly y Spencer, por acompañarlos entre el caos de la moda, los titulares, el deseo y las segundas oportunidades.

Gracias por vivir con ellos cada mirada desafiante, cada palabra no dicha, cada beso robado en el momento más imposible.

Belly es una mujer que representa a todas las que se niegan a ser invisibles.
La becaria que se atrevió a desafiar un imperio, a alzar la voz y a reclamar su propio lugar en un mundo donde pocos apuestan por las soñadoras. Su historia es la de quienes no temen empezar desde abajo para brillar con luz propia.

Spencer, en cambio, es la prueba de que incluso los hombres que parecen tenerlo todo pueden perderse… hasta que una mujer valiente les enseña lo que de verdad importa. El CEO arrogante, el

millonario acostumbrado al control, que tuvo que perder su poder para descubrir el valor del amor.

Escribirlos fue un torbellino: deseo, ambición, orgullo, redención. Pero también una historia sobre creer en uno mismo, incluso cuando el mundo entero intenta derribarte.

Gracias por haber estado ahí, leyendo, suspirando, riendo, soñando con ellos.
Por cada reseña, cada palabra compartida y cada vez que recomendáis esta historia a otra lectora que, como vosotras, cree en el amor que nace del caos.

Si al cerrar este libro sentiste que el corazón también puede ser un acto de rebeldía, entonces todo ha merecido la pena.

Con cariño y gratitud,

Leila Yoon

P.D. Sígueme en redes sociales.

Instagram:

https://www.instagram.com/leilayoonautora/

Facebook:

https://www.facebook.com/profile.php?id=61572377692065

Date de alta en mi boletín de novedades y recibirás un relato gratis:

https://www.leilayoon.com/